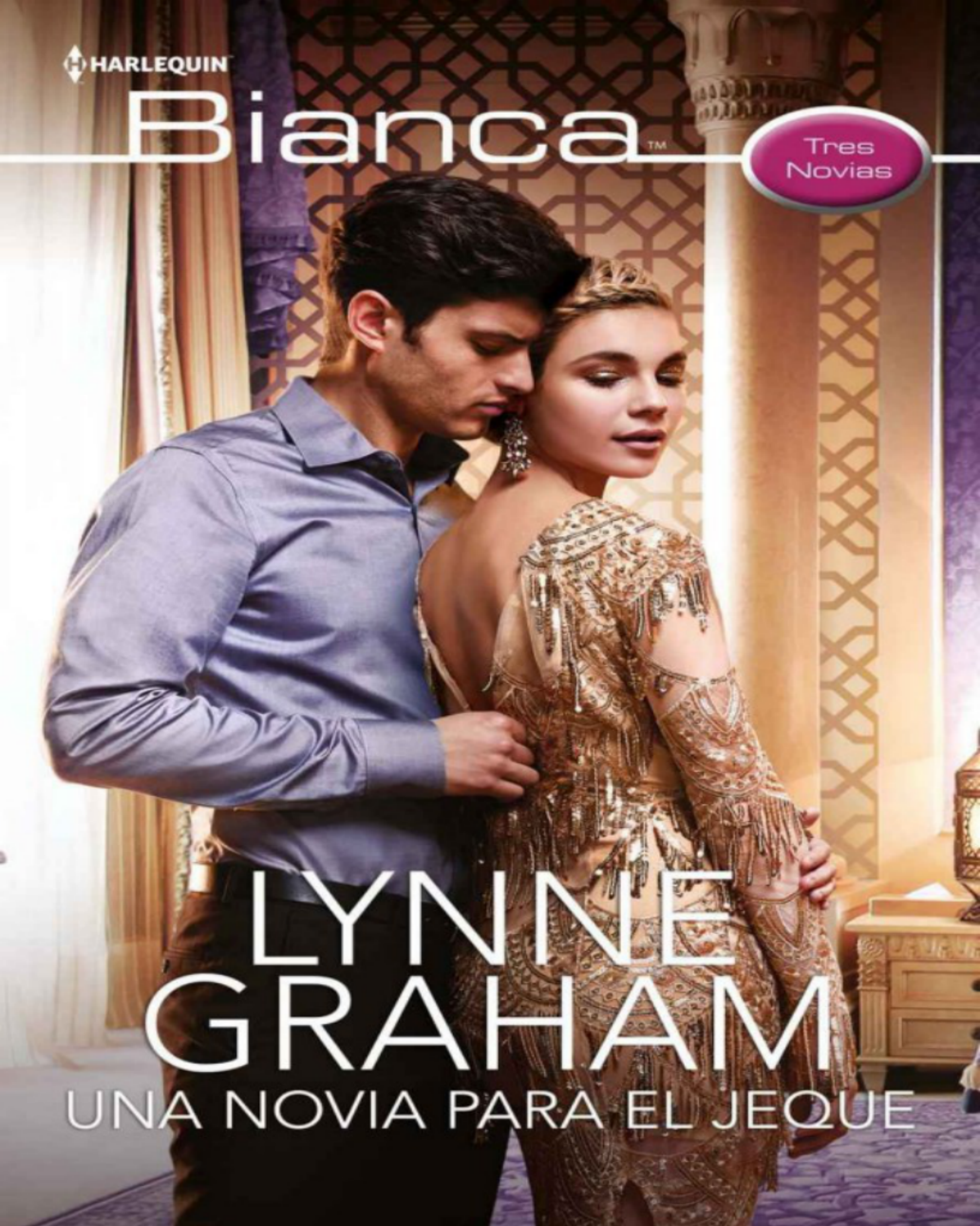

HARLEQUIN
Bianca
Tres Novias
LYNNE GRAHAM
UNA NOVIA PARA EL JEQUE

Bianca

UNA NOVIA PARA EL JEQUE

Lynne Graham



Créditos

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una novia para el jeque, n.º 154 - 12.7.19
Título original: The Sheikh Crowns His Virgin
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-340-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

ZOE bajó la escalerilla del jet privado de su abuelo y sonrió feliz cuando el sol de Maraban la envolvió. Era primavera y el calor aún era soportable. Y ese día lo más importante era que estaba dando el primer paso, un paso muy valiente en lo que iba a ser su nueva vida.

Iba a ser independiente, por fin, libre de las restricciones que sus hermanas le habían impuesto, pero, sobre todo, lo que era más importante, libre del pobre concepto que sus hermanas tenían de ella, de que no servía para gran cosa.

A Winnie y Vivi les había sorprendido que, sin que se apoderase el pánico de ella, hubiese accedido a irse a vivir unos meses al extranjero. Y también se habían quedado anonadadas de que hubiese accedido a casarse con un hombre mucho mayor para cumplir su parte del trato al que habían llegado con su abuelo, Stamboulas Fotakis.

¿Y por qué no?, se había dicho ella. Tampoco iba a ser un matrimonio real. Para su futuro «marido» solo se trataba de sacar rédito político casándose con ella porque su abuela había pertenecido a la familia real del extinto reino árabe de Bania.

Antes de que ella naciera los dos pequeños reinos de Mara y Bania se había unido, formando el reino de Maraban, y al parecer su difunta abuela, la princesa Azra, había gozado de una inmensa popularidad entre los súbditos de ambos países.

El príncipe Hakem, hermano del actual soberano de Maraban, quería casarse con ella por su linaje y, una vez la hubiese convertido en su princesa, viviría en el palacio durante unos meses. Allí disfrutaría de una soledad gloriosa, sin que nadie la molestara, sin que sus hermanas le preguntaran constantemente cómo se sentía o si no necesitaba más sesiones de psicoterapia para ayudarla a sobrellevar su día a día. De hecho, aunque no le había ocurrido en meses, seguían pendientes de ella todo el tiempo, temiendo que volviera a tener otro ataque de pánico.

Adoraba a sus hermanas, pero su constante preocupación era un

lastre para ella, le había impedido tener la independencia que necesitaba para recuperar su autoestima y forjar su propio camino. Por eso había tenido tan claro que acceder a aquel absurdo matrimonio fingido era lo único que le permitiría alcanzar finalmente esa libertad.

Sus padres de acogida, John y Liz Brooke, iban a perder su casa, y cuando ellas habían acudido a su abuelo para pedirle ayuda, les había impuesto como condición que sus hermanas y ella se casaran con los hombres que él eligiera.

Winnie y Vivi ya habían cumplido su parte del trato. En su caso, como ya se habían efectuado los pagos atrasados de la hipoteca poco después de la boda de Vivi, su abuelo no la había presionado para que se casase ella también. Sí, pensó con ironía, ni siquiera su despiadado abuelo se había atrevido a presionarla, porque, igual que sus hermanas, la consideraba frágil y emocionalmente vulnerable. Nadie la creía capaz de ser fuerte, se dijo con pesar, y por eso era tan importante que se demostrase a sí misma que sí podía serlo.

Al igual que sus hermanas, había pasado por varios hogares de acogida, y un aterrador incidente que había vivido a los doce años la había dejado traumatizada. Cuando John y Liz se habían hecho cargo de ellas, había enterrado todo ese dolor y ese miedo, pero sus inseguridades habían vuelto a apoderarse de ella al empezar sus estudios de Botánica en la universidad.

Cosas como el tener que desenvolverse en un ambiente mixto o que sus amigas le preguntaran por qué no quería tener novio no habían hecho sino ocasionarle una tensión tremenda. Los ataques de pánico habían vuelto y, aunque en un principio había sido capaz de ocultárselo a sus hermanas, cuando sus ataques habían empeorado se había sentido incapaz de seguir afrontando sola sus problemas. Unas semanas antes de los exámenes finales había sufrido una fuerte crisis nerviosa, y había tenido que dejar las clases para recuperarse.

Y aunque más tarde había retomado sus estudios, se había licenciado y había recibido varias sesiones de psicoterapia y esa incapacitante ansiedad ya no controlaba todos y cada uno de sus pensamientos y de sus actos, sus hermanas seguían tratándola como si fuese a recaer en cualquier momento.

Comprendía que la sobreprotegían porque la querían, pero su actitud la hacía más débil, y tenía que valerse por sí misma. Por eso, ahora que sus hermanas estaban casadas, y que una vivía en Grecia y la otra en Italia, aquel viaje a Maraban era una

oportunidad única para demostrar que había dejado atrás su infeliz pasado.

Zoe subió a la limusina que estaba esperándola. Era un alivio que se hubiera previsto que su llegada a Maraban fuera tan discreta. El príncipe Hakem había tenido la deferencia de insistir en que no se requiriera de ella ninguna aparición pública puesto que, aunque él era el hermano del rey, no tenía un papel institucional como él.

Se suponía que su abuelo iba a acompañarla en ese viaje, pero un asunto urgente se lo había impedido, y le había preguntado si podría arreglárselas sola hasta que él llegara al día siguiente. Por supuesto que podía arreglárselas sola, pensó alegremente, mirando por la ventanilla, con interés, las bulliciosas calles de Tasit, la capital, que era una mezcla de pasado y modernidad.

Había edificios antiguos, mezquitas con coloridos minaretes, y también zonas con rascacielos y bloques de oficinas. Era evidente que Maraban se hallaba en medio de un proceso de modernización.

La riqueza que le proporcionaban recursos como el petróleo y el gas natural habían transformado el país. Zoe había leído toda la información que había podido encontrar sobre Maraban, y le había sorprendido que nadie pareciera saber por qué su abuela, la princesa Azra, no se había casado con el rey Tahir, el entonces monarca, como todo el mundo esperaba.

Se había negado a casarse con el rey, que ya tenía tres esposas, y se había fugado con el hombre que se convertiría en su abuelo, Stamboulas Fotakis. Esa era la verdad, pero probablemente se había ocultado para preservar la dignidad del monarca. Por fortuna, sin embargo, su abuelo le había contado todo lo que necesitaba saber sobre su difunta abuela.

Cuando el chófer tomó un desvío y Zoe vio que se dirigían a las puertas de una imponente verja de hierro flanqueadas por dos guardias. Zoe escudriñó por el parabrisas, tratando de entrever la enorme propiedad mientras la limusina se adentraba en ella y atravesaba un vasto complejo de edificios antes de detenerse junto a uno de ellos.

Antes de que pudiera tomar aliento la condujeron a su interior y se encontró, algo decepcionada, con que era una vivienda moderna. Una vivienda muy grande, pero moderna, con sofisticados muebles con acabado en dorado.

Una sirvienta la saludó con una ligera reverencia y le pidió que la siguiera al piso de arriba, donde la condujo a una suite de varias habitaciones. La decepción que había sentido al descubrir que no iba a alojarse en un antiguo palacio se diluyó cuando vio lo

acogedores y agradables que eran sus aposentos.

Era un problema que ninguno de los miembros del servicio hablase inglés, pero estaba segura de que podría entenderse con ellos, aunque fuera con gestos, se dijo para animarse, cuando la sirvienta le indicó de ese modo que iban a traerle algo de comer. Además, seguro que antes de que volviese a Londres habría aprendido unas cuantas frases útiles para comunicarse mejor.

Había llegado una doncella, que se puso a deshacerle las maletas, cuando llamaron a la puerta de la suite. Zoe fue a abrir y se encontró con una enfermera y un hombre joven y delgado.

–Soy el doctor Ward –se presentó este–. Me han dado órdenes de que le ponga una vacuna –le dijo con cierta aspereza.

Zoe contrajo el rostro, contrariada, no solo porque odiaba las inyecciones, sino también porque antes de salir de Inglaterra se había puesto todas las vacunas necesarias para viajar a Maraban. Claro que… no iba a saber ella más que un médico… Los dejó pasar, se sentó, se subió la manga y aguardó en silencio mientras la enfermera y él preparaban el material. Sin embargo, no pudo evitar fruncir el ceño al ver como temblaba la mano con que el médico sostenía la jeringuilla, y cuando alzó la vista se fijó en que tenía la frente perlada de sudor. ¿Estaría nervioso porque llevaría poco tiempo ejerciendo la medicina? Se sintió aliviada cuando la enfermera, sin decir nada, le quitó la jeringuilla y, sin más, le puso ella la inyección.

Apenas se hubieron marchado llegó un sirviente con una bandeja de comida, y Zoe se sentó a la mesa para comer. Se sentía mareada y tenía la cabeza embotada, pero supuso que sería cosa del jet-lag. Sin embargo, mientras comía empezó a sentirse peor. Se levantó para ir al cuarto de baño, y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla para no perder el equilibrio. Parpadeó, tambaleándose, la oscuridad la engulló y se desplomó.

Su alteza real, el príncipe Faraj al-Basara, estaba en una reunión de alto nivel en Londres sobre la producción de petróleo y gas natural en su país cuando notó vibrar su móvil en el bolsillo. Poca gente tenía su número privado, así que debía tratarse de un asunto importante. Se excusó y salió fuera, preocupado. ¿Le habría pasado algo a su padre? ¿Habría ocurrido alguna calamidad en Maraban?

Maraban era un pequeño estado en el golfo Pérsico, pero también uno de los países más ricos del mundo. Si se produjera un atentado terrorista, se paralizaría el país porque su ejército era muy

modesto y dependían de su riqueza y de la diplomacia para mantener la seguridad.

Cuando pensaba en su país, con nostalgia, siempre tenía la imagen de un lugar de grandes contrastes, donde vehículos todoterreno y helicópteros sobresaltaban a su paso a los rebaños de ganado en el desierto, y donde los valores conservadores de una sociedad de Oriente Medio luchaban por adaptarse a las costumbres y los vertiginosos cambios del mundo moderno.

Sin embargo, no visitaba su patria desde hacía ocho años porque su padre, el rey, lo había relegado de su puesto como heredero y lo había obligado a exiliarse porque se había negado a entrar en el ejército y por haberse negado, aún con más vehemencia, a casarse con la mujer que había escogido para él. No, no había sido un hijo obediente, reconoció para sus adentros con pesadumbre. Había sido un hijo cabezota y rebelde y, por desgracia para él, para su pueblo no había un pecado mayor.

Sin embargo, Raj se había abierto camino en el mundo de los negocios, donde gracias a su astucia, su intuición y su habilidad para identificar tendencias en los mercados se había asegurado un ascenso meteórico. También había aprendido cómo conducir a Maraban hacia el futuro más allá de sus fronteras, consiguiendo aliados, atrayendo empresas y capital extranjero, además de impulsando al mismo tiempo el crecimiento de las infraestructuras públicas necesarias para que el país se pusiese al día en las nuevas tecnologías. Y la recompensa que había obtenido por todo ese esfuerzo era que Maraban, su amada patria, estaba floreciendo.

Se llevó una agradable sorpresa cuando contestó la llamada a su móvil y oyó la voz de su primo Omar. Había sido su mejor amigo desde los oscuros días de la academia militar en la que sus padres los habían matriculado contra su voluntad en su adolescencia, una época de incesante acoso y agresiones por parte de sus compañeros cuyo recuerdo aún lo hacía estremecer.

Su condición de príncipe heredero había sido como si le hubiesen puesto una diana en la espalda, y su padre había dado instrucciones al director de la academia de que hiciesen la vista gorda ante ese acoso porque creía que eso lo beneficiaría, que lo haría más fuerte.

–Omar… ¿Qué puedo hacer por ti? –le preguntó alegremente, aliviado.

Si su padre hubiese enfermado, no habrían escogido a Omar para ponerlo al corriente. Lo habría llamado alguien de la casa real.

Había perdido a su madre con solo nueve años, y el recuerdo

todavía hacía que se le encogiese el corazón, porque no había muerto por enfermedad o un accidente: se había quitado la vida. Le había llevado mucho tiempo aceptar que la infelicidad que embargaba a su madre había sobrepasado su amor por su hijo, pero jamás podría olvidar lo abandonado que se había sentido al perderla, el modo en que su pequeño mundo se había visto despojado de toda calidez y cariño.

–Estoy en un lío, Raj, y creo que eres el único que sabe lo suficiente como para poder ayudarme –le explicó Omar en un tono apagado, cosa inusual en él, que era muy alegre–. Me he visto arrastrado a algo en lo que no querría haberme visto envuelto, y es serio. Sabes que soy monárquico, y muy leal a nuestro país, pero hay algunas cosas que no puedo…

–Ve al grano –lo cortó Raj con el ceño fruncido–. ¿Qué asunto es ese en el que te has visto envuelto?

–Esta mañana recibí una llamada de alguien de palacio, pidiéndome que me hiciera cargo de un «paquete» y que lo mantuviera a salvo hasta que me dieran más instrucciones. Y ese es el problema, que no me han traído un paquete… sino una mujer.

–¿Una mujer? –repitió Raj con incredulidad–. ¿Es una broma?

–Ojalá lo fuera. Todas las mujeres de la tribu están indignadas y me han echado de mi tienda para que esté más cómoda –se lamentó Omar–. Mi esposa cree que estoy metido en una red de trata de blancas o algo así.

Eso sería impensable, porque en Maraban a quien cometía esa clase de delito se le condenaba a pena de muerte, aparte del hecho de que su padre luchaba con ahínco por arrinconar en su país la prostitución y el tráfico de drogas.

–El caso es que, aunque la orden provenía de palacio, y de alguien del más alto nivel, no deberían pedirme que retenga a una mujer contra su voluntad.

–¿Cómo sabes que provenía de alguien del más alto nivel? –inquirió Raj.

Su primo le dijo el nombre de la persona y Raj apretó los dientes. Bahadur Abdi, el consejero militar de mayor confianza dentro del círculo más próximo a su padre. No podía haber hecho eso más que por órdenes del rey, y aquello le hizo ver aquel asunto del secuestro de un modo completamente distinto, porque significaba que su padre estaba implicado personalmente.

–Pero… ¿quién diablos es esa mujer?

–No te van a gustar nada las sospechas que tengo al respecto –le advirtió su primo–, pero me puse en contacto con palacio tan

pronto como descubrí que el «paquete» era una persona, y me dijeron que es descendiente de la familia al-Mishaal. Me quedé helado. ¡Creía que ya no quedaba ningún al-Mishaal vivo! Por cierto, ¿sabías que mi padre se divorció de mi madre hace dos meses?

Raj se quedó de piedra y lo escuchó con atención mientras Omar le refería la negativa de su madre a hablar de su divorcio y lo mucho que le extrañaba la calma con que se había tomado el fin de su matrimonio, que había durado casi cincuenta años y del que habían nacido cuatro hijos, que a su vez les habían dado casi una docena de nietos.

El príncipe Hakem, padre de Omar y tío suyo, sin embargo, era un hombre resentido y ambicioso que, desde su exilio, había estado haciendo todo lo posible para convertirse en el heredero al trono en su lugar.

Lo irónico era que ni siquiera podía culparle por su ambición porque había pasado toda su vida al lado de su hermano, el rey, aunque prácticamente ignorado y sin ningún poder, ya que este se había negado a concederle ningún tipo de responsabilidad institucional. Además, solo el rey podía designar el heredero al trono, y su tío Hakem ansiaba desde hacía mucho tener poder y el aumento de estatus que ese poder le conferiría.

–¿Y qué conexión tiene mi padre con esa mujer?

Cuando Omar compartió con él sus sospechas, Raj palideció y sintió que le hervía la sangre de solo pensar que se pudiera estar fraguando un complot tan manipulador tras los muros de palacio.

–Eso no puede ser verdad…

–Puede que no. Debo admitir que, por el aspecto de esa mujer, jamás diría que lleve en sus venas sangre marabaní. Tiene el cabello rubio claro; parece salida de ese cuento de hadas… *La bella durmiente*.

Raj, que tenía apretados los labios, los entreabrió y dijo:

–La princesa Azra de Bania era hija de un explorador danés. No sé mucho de su fuga con Fotakis, el magnate griego con el que se casó, salvo que él estaba trabajando en Maraban, pero sí sé que fue un gran escándalo porque se suponía que iba a convertirse en la cuarta esposa de mi padre.

–Vaya, no lo sabía… –murmuró Omar–. En fin, dame algún consejo diplomático porque no sé qué hacer. Es evidente que la han secuestrado. Nuestro médico dice que la han drogado, así que está inconsciente y no lleva encima ningún documento de identidad. Pero, aunque de verdad sea descendiente de los al-Mishaal, no

puedo creer que una mujer tan joven accediera a casarse con un hombre tan mayor para ella como mi padre…

–Te sorprendería las cosas que están dispuestas a hacer algunas occidentales para convertirse en la esposa de un rico príncipe árabe. Y si a eso le añades que podría llegar a ser reina, todavía más –murmuró Raj con sorna.

El recuerdo de las amargas experiencias por las que había pasado y la terrible traición que había sufrido tensó sus atractivas facciones. Lo peor era que aquello había ocurrido después de que hubiera destruido para siempre la relación con su padre. Incluso años después de aquella decepción de juventud seguía sintiendo el peso de su estatus y su fortuna en Occidente. Hasta las mujeres inteligentes entraban en efervescencia cuando lo tenían en su radio de acción, desesperadas por atraerlo y llevárselo a la cama.

Pero por desgracia para ellas no le gustaba nada que lo persiguieran, que lo adularan o que intentaran seducirlo, porque prefería ser él quien tomara la iniciativa. Además, después de lo traicionado que se había sentido tras el suicidio de su madre, se había reafirmado en su convencimiento de que no podía confiar en las mujeres.

–No creas que me sorprendería tanto –replicó Omar con tacto. Probablemente él también estaba pensando en aquel humillante suceso del pasado que aún hería a Raj en su orgullo–. Pero puedo decirte que, si lo que pretende mi padre es hacerse con el trono casándose con esa chica, el pueblo no aprobaría ese matrimonio. Mi padre no goza de demasiada popularidad: es tan de la vieja escuela como tu padre. No conozco a nadie que esté dispuesto a aceptarlo como heredero en tu lugar. ¡Aunque haya conseguido que resurja el fantasma de la familia real de Bania con esa joven!

Raj llevaba mucho tiempo al margen de los asuntos de palacio, pero no había olvidados las intrigas de poder que se producían en la corte. Si llegase a contraer matrimonio con su tío Hakem, esa nieta de la princesa Azra se convertiría en un mascarón de proa de un valor incalculable para este. La mitad de la población de Maraban tenía sus raíces en el reino de Bania, y veían con descontento que la alianza entre los dos reinos no se hubiera formalizado con el enlace previsto entre su princesa y el rey de Mara. Se sentían engañados por la ausencia de sangre baniana en la familia real del nuevo reino de Maraban.

Verían como un triunfo que el príncipe Hakem se casase con esa nieta de la princesa Azra, lo que sin duda haría que aumentara la popularidad de su tío. Y precisamente tenía sentido que su padre

hubiese planeado el secuestro para impedir ese matrimonio: el rey Tahir no toleraba tener competencia, y menos de su hermano menor, del que consideraba que estaban empezando a subírsele los humos a la cabeza. Porque estaba claro que, con esa estrategia con evidente afán de notoriedad, lo que pretendía su tío Hakem era ser nombrado sucesor al trono, ocupando su lugar como príncipe heredero.

–¿Qué hago con esa mujer? –le preguntó su primo Omar, interrumpiendo sus pensamientos. Aunque a su juicio aquel matrimonio sería totalmente inapropiado, le enfurecía que hubieran secuestrado a una mujer inocente para impedirlo–. ¿Qué puedo hacer para librarme de esta espantosa responsabilidad?

Con una claridad que le sorprendió tanto como a su primo, Raj le dijo lo que iban a hacer, se despidieron y colgó. Volvió a entrar en la sala de reuniones para excusarse, diciendo que le había surgido un problema familiar del que debía ocuparse de inmediato, y se marchó.

Se puso en contacto con una agencia de detectives a la que había contratado en una ocasión y con la que había quedado muy contento, y les solicitó un informe sobre aquella joven a la que su tío pretendía convertir en su esposa. Necesitaba esa información, y la necesitaba lo antes posible.

Aunque le irritaba que fuera a tener que lidiar con otra mujer mercenaria y sin escrúpulos, también sentía un cosquilleo en el estómago ante la idea de volver a ver su tierra natal por primera vez en ocho años.

Zoe despertó de un sueño pesado e intranquilo. Alguien le puso un vaso de agua en la mano y la ayudó a llevárselo a los labios. No conseguía enfocar la vista y se notaba desmadejada, pero necesitaba ir al baño y lo dijo. Alguien la ayudó a levantarse y la sujetó –había al menos dos personas–, porque estaba demasiado débil como para caminar por sí misma.

Intentó mirar a su alrededor para averiguar dónde estaba, pero las paredes parecían extrañamente combadas y cerró los ojos mientras la ayudaban a volver a la cama. La habían drogado y la habían llevado a algún sitio, pensó llena de miedo, esforzándose, sin éxito, por mantenerse consciente y centrada. ¡Tenía que protegerse de algún modo, tenía que protegerse!, se repetía, como una letanía, pero ni siquiera el pánico que la invadía pudo evitar que la oscuridad volviera a envolverla y perdiera de nuevo el

conocimiento.

Cuando Raj recibió el informe de la agencia de detectives sobre Zoe Mardas, se dio cuenta de que se había equivocado al prejuzgarla. ¿Por qué diablos querría una mujer tan joven casarse con un hombre casi tan mayor como su abuelo?

Además, no parecía probable que su motivación fuese el dinero, siendo como era nieta del multimillonario Stamboulas Fotakis. Otras preocupaciones empezaron a asaltarlo. El magnate griego no se quedaría de brazos cruzados cuando se enterara de que su nieta había sido secuestrada, ni permitiría que aquello se tapase.

Sin embargo, por lo que decía el informe, parecía como si hubiese sido él quien había promovido aquel matrimonio de conveniencia entre su tío Hakem y Zoe. ¿Qué sacaba Fotakis de aquello? ¿Tal vez un negocio lucrativo como contrapartida? ¿O simplemente que su nieta tuviera un título? Raj decidió que lo mejor sería ponerse en contacto con él.

Cuando Zoe volvió a despertarse, alguien estaba cepillándole el cabello y susurrando algo en una lengua extranjera. Al abrir los ojos vio que estaba tendida en una especie de lecho bajo. Arrodillada a su lado había una mujer que le sonrió y continuó cepillando con cuidado y admiración su larga melena rubia.

No parecía hostil ni amenazadora, así que Zoe se dejó llevar por su instinto de supervivencia y se obligó a esbozar una sonrisa. Hasta que supiera qué estaba pasando se comportaría como una buena prisionera, siguiéndoles el juego a sus secuestradores, hasta que su abuelo fuera a rescatarla. Porque si algo tenía claro era que su abuelo no tardaría en aparecer. Se pondría furioso cuando descubriera que había desaparecido, y removería cielo y tierra hasta encontrarla.

Apartó suavemente la mano de la mujer, se incorporó y la mujer se levantó y la condujo al cuarto de baño.

Ahora que ya no estaba desorientada se dio cuenta de que la noche anterior sus ojos no la habían engañado cuando le había parecido que las paredes eran extrañas. Ya no estaba en el palacio de Maraban, sino en una tienda de campaña. Una tienda muy amplia y lujosa, decorada con ricos tapices y amueblada con opulencia, pero una tienda, al fin y al cabo.

El cuarto de baño era como una tienda adosada. Zoe, que estaba sudorosa y acalorada, miró con ansia la ducha, pero no quería arriesgarse a desnudarse, porque así sería aún más vulnerable. Se refrescó un poco la cara con agua fría, se secó y frunció el ceño al bajar la vista y ver que llevaba una especie de túnica blanca en vez de la falda y la blusa que se había puesto para el viaje.

Ese inquietante médico tan nervioso y la enfermera en la villa del príncipe Hakem…, recordó estremeciéndose. Debían haberla drogado. ¡No volvería a confiar nunca en un médico! ¿Y por qué la habían raptado?

En realidad nadie le había dicho que la casa a la que la habían llevado a su llegada fuera la villa del príncipe Hakem; simplemente había dado por hecho que lo era. Parecía que alguien no quería que se celebrara aquella boda… Si ese era el motivo no habría hecho falta que la drogaran y la llevaran a aquel lugar. Ella se habría vuelto a casa encantada y sin rechistar.

Más aún, estaba segura de que esa habría sido también la reacción de su abuelo, que había exigido al príncipe Hakem que le asegurara que estaría a salvo en Maraban, y se horrorizaría cuando se enterara de lo que le había pasado. Dudaba que para su abuelo fuera tan importante que se convirtiese en princesa, como su abuela Azra, si eso suponía que su vida corriera peligro.

Cuando volvió a la tienda principal, se encontró con que dos mujeres estaban preparando una mesa con comida. Con el mayor disimulo posible, fue hasta la entrada de la tienda, con la esperanza de poder huir, pero lo que vio la dejó paralizada: un círculo de tiendas como aquella y más allá dunas de arena que se extendían hasta el horizonte.

Estaban en el desierto, así que escapar sería casi imposible porque al menos necesitaría un medio de transporte y un mapa. El descubrir que estaba en un paraje tan inhóspito la puso aún más tensa y más nerviosa.

Por encima de una de las tiendas vislumbró las hélices de un helicóptero. ¿Sería así como la habían llevado hasta allí, en helicóptero? Otro pensamiento aún más aterrador la asaltó: había dado por hecho que la habían secuestrado para impedir la boda, que debería haberse celebrado al cabo de dos días, pero quizá no fuera ese el motivo.

Su abuelo era un hombre muy rico, y cabía la posibilidad de que la hubieran secuestrado para exigirle un rescate. Esa hipótesis parecía mucho más probable, pensó, y el estómago le dio un vuelco. Cuando una de las mujeres se acercó y la cubrió con una especie de

chilaba, Zoe notó todos los síntomas de un inminente ataque de pánico.

Se imaginó todo tipo de cosas horribles, como que podrían apalearla para hacerle una foto y mandársela a su abuelo para exigirle el pago de un rescate. Con el corazón desbocado apartó la vista de la entrada de la tienda y no vio entrar a un hombre al que las dos mujeres hicieron una reverencia antes de marcharse.

Zoe tenía un nudo en la garganta y le costaba respirar. Estaba temblando a pesar del calor, y se tambaleó ligeramente, presa del miedo. «Soy una mujer fuerte. No voy a desmoronarme», se repitió para sus adentros. Sin embargo, ese mantra, que solía ayudarla a mantener la calma, en ese momento parecía inútil porque el pánico la dominaba.

Detrás de ella oyó la voz de un hombre y una mano le rozó el hombro. Sobresaltada, aterrada, reaccionó de forma automática con las técnicas de autodefensa que había pasado meses aprendiendo. Se giró rápidamente, y trató sucesivamente de asestarle un codazo en el pecho, un puñetazo en la garganta y un rodillazo en la entrepierna.

Raj, que no se habría esperado nunca un ataque así de una mujer tan menuda y delicada, se quedó desconcertado una milésima de segundo antes de reaccionar y, ligero como un bailarín, bloqueó los golpes antes de reducirla contra la alfombra.

–¡Suéltame, bastardo! –le chilló la joven forcejeando, y tratando de morderle y de arañarle.

Lo único que consiguió, sin embargo, fue que se le descolocara el pañuelo que llevaba en la cabeza.

Aún desconcertado, Raj retrocedió unos pasos porque no podría seguir conteniéndola sin hacerle daño. Ella se apartó, frenética, y se sintió avergonzado al ver la expresión de pavor en su rostro, blanco como el papel, y en sus ojos.

–Estás a salvo; nadie va a hacerte daño –le dijo, poniéndose en cuclillas para estar a su misma altura.

Pero ella retrocedió, como un animal acorralado, hasta que su espalda chocó contra un baúl de madera. Se rodeó las rodillas con los brazos y se balanceó hacia delante y hacia atrás.

–Te juro por mi honor que no va a pasarte nada –le aseguró.

Pero ella no estaba mirándolo, y tampoco parecía que estuviera escuchándolo. Su primo debería haber enviado a su esposa Farida, que hablaba inglés, para que le hubiera explicado que no tenía nada que temer, se dijo irritado. Pero sobre todo maldijo a su padre para sus adentros porque estaba seguro de que era él quien había

ordenado el rapto de aquella joven con la que pretendía casarse su tío Hakem.

¿Sería consciente del precio que aquello podría costarle? ¿No se daba cuenta de que estaba desatando un escándalo que podría hacer mucho daño a su país? No, era imposible que su padre, el rey Tahir, hubiera puesto aquello en un contexto de causa y efecto. Seguramente estaba tan obsesionado con frustrar los planes de su hermano para aumentar su estatus, que ni había pensado en las posibles consecuencias de lo que había hecho.

Irritado, se arrodilló junto a Zoe Mardas y la instó a que inspirara y espirara lentamente para intentar calmarla. Ella lo miró nerviosa con sus hermosos ojos, verdes como esmeraldas y bordeados por espesas y largas pestañas, y por un instante Raj se quedó traspuesto por su belleza escandinava.

La instó de nuevo a inspirar profundamente, contener el aliento y luego soltarlo muy despacio, y esa vez ella le hizo caso, pero al cabo de un rato, cuando él le susurró «Así, muy bien», Zoe lo miró exasperada, algo que no le había pasado con ninguna otra mujer.

–¡Sé hacerlo sola! –protestó con aspereza.

–Perdona, es que de adolescente sufría ataques de pánico, y era lo único que lograba calmarme –murmuró Raj, sorprendiéndose tanto a sí mismo como a ella con esa confesión.

Había tardado años en superar las secuelas que le había dejado el acoso que había sufrido por parte de sus compañeros en la academia militar. No solía hablar de ello, y si le había hecho esa confesión probablemente era solo porque al verla tan vulnerable había sentido la necesidad de tranquilizarla.

Zoe lo miró admirada. Muy pocos hombres reconocerían abiertamente algo así. Sin embargo, antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta para satisfacer su curiosidad, él se levantó. Lo observó mientras se alisaba con las manos la túnica blanca con botones que llevaba, y recogía del suelo su *kufiyya*, el tradicional pañuelo blanco que llevaban los hombres en la cabeza, que se le había caído durante el forcejeo.

Era la primera vez que se encontraba mirando a un hombre con interés. No sabía quién era, pero no podía negar que era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Su cabello, negro azabache, era ondulado y lo llevaba algo largo. Tenía unos pómulos perfectos, piel aceitunada y unos ojos negros y brillantes. Una ligera sombra de barba rodeaba sus sensuales labios, que se tensaron cuando notó que estaba mirándolo.

Zoe se sonrojó y se apresuró a apartar la vista, y se reprendió

por habérsele quedado mirando, aunque estaba segura de que siendo tan guapo estaba acostumbrado a que lo miraran, se excusó, incómoda por lo rápido que le latía de repente el corazón y cómo se le habían endurecido los pezones.

No era de esa clase de mujeres, se recordó con firmeza. El sexo no le interesaba. Básicamente los hombres no le interesaban. No había tenido un desarrollo normal después del intento de violación que había sufrido a los doce años y que la había dejado destrozada. Desde ese día se había encerrado en sí misma, y evitaba la compañía de los hombres a menos que fuesen miembros de su familia. No tenía ningún problema con sus cuñados, Eros y Raffaele, ni tampoco había sentido nervios al tener que tratar con los padres de los niños en la guardería en la que había trabajado varios meses después de una recaída importante que había tenido, años después. Aunque había estudiado Botánica, por entonces su prioridad había sido dar un primer paso de vuelta al mundo real, y no se había sentido preparada para buscarse un empleo a jornada completa en su campo.

–¿Quién eres? –preguntó sin rodeos.

–Puedes llamarme Raj. No soy nadie importante por aquí –contestó él. No tenía intención de permanecer allí más de una hora; no quería arriesgarse a ser descubierto y que lo arrestaran–. Pero mi primo, el jeque Omar, es el líder de este campamento nómada.

Zoe se levantó también, y se encontró deseando como tantas veces ser al menos unos centímetros más alta. Medía un metro y medio, y siempre se sentía en desventaja cuando tenía que convencer a alguien para que la tomara en serio. Raj era más alto que ella, pero no tanto como sus cuñados, que para ella eran como gigantes.

–¿Ese Omar es quien me ha traído aquí contra mi voluntad? –inquirió ella con el ceño fruncido.

–Por supuesto que no –replicó Raj–. Omar no mataría ni a una mosca, pero me ha pedido que viniera porque él no habla inglés.

–¿Entonces quién me ha raptado y me ha traído aquí? –exigió saber ella, irguiéndose y levantando la barbilla.

Según su libro de autoayuda favorito, aunque uno no tuviera confianza en sí mismo podía fingir que sí la tenía, y al hacerlo su autoestima mejoraría.

–Me temo que no puedo decírtelo –contestó Raj.

Los ojos de Zoe relampaguearon.

–¿Por qué no?

–No te serviría de nada.

Zoe tuvo que hacer un esfuerzo por no perder los estribos. Esa actitud condescendiente, esa superioridad, le daba dentera, como el chirrido de una tiza en una pizarra.

–Eso soy yo quien debe decidirlo –le espetó.

Raj, que estaba poniéndose la *kufiyya*, puso los ojos en blanco, divertido por lo belicosa que estaba resultando ser aquella joven, que parecía una muñeca, con ese pelo rubio tan largo y lo diminuta que era, pues apenas le llegaba al pecho.

–No me estás tomando en serio –lo increpó ella.

–Lo siento, pero es que yo solo he venido para arreglar este desafortunado asunto y es lo que pienso hacer.

Raj se alejó unos pasos. Estando tan cerca de ella no hacía más que admirar sus carnosos labios sonrosados, su reluciente melena rubia, y las suaves curvas femeninas que apenas se insinuaban bajo la túnica que llevaba. La punzada de deseo que sintió en la entrepierna le sorprendió. Siempre mantenía bajo control sus reacciones; jamás permitía que lo controlaran, y nunca había entendido eso que decían otros hombres de que el deseo podía embriagarlo a uno y anular su voluntad. En su caso solo una mujer había puesto a prueba su capacidad de autocontrol, pero no había conseguido doblegarlo.

–Mi intención es hacer que te lleven de vuelta a casa lo antes posible… a menos que no estés dispuesta a renunciar a esa boda con mi tío, el príncipe Hakem –murmuró Raj–. Sospecho que mi tía, que ha sido su esposa durante muchos años y de la que se ha divorciado hace poco, se sentiría aliviada si ese ingrato volviera a su lado, a pesar de que no se merece su perdón ni su comprensión…

Capítulo 2

ZOE lo miró boquiabierta, sus facciones se contrajeron y palideció.

–¿Estás diciéndome que el príncipe Hakem ya estaba casado cuando mi abuelo y él acordaron ese matrimonio? –inquirió Zoe.

–No hace falta que finjas; está claro que ya lo sabías –dijo Raj con desdén–. Llevaba años felizmente casado. Tiene cuatro hijos y un montón de nietos. Aunque supongo que tu abuelo no estaba dispuesto a aceptar que su nieta se convirtiera en la esposa de un bígamo, y obligó a mi tío a divorciarse de mi tía antes de acceder esa unión.

Zoe estaba atónita. No podía creer lo que Raj estaba diciéndole, pero conociendo a su abuelo se temía que aquella desagradable acusación podría ser cierta. Era probable que su abuelo hubiera estado tan obsesionado con convertirla en princesa que hubiese presionado al príncipe Hakem a divorciarse como condición para que aquel matrimonio se llevase a cabo.

La sola idea le espantaba. Debería haberse informado antes de acceder a los planes de su abuelo en vez de descubrir de sopetón algo así cuando ya era demasiado tarde para cambiar nada.

–No lo sabía… ¡Te juro que no sabía que estaba casado! –le aseguró con vehemencia, enrojeciendo por el terrible sentimiento de culpa que la invadía–. Jamás habría accedido a esto si hubiera sabido que iba a divorciarse de su esposa solo por un matrimonio de conveniencia que solo iba a durar unos meses.

Raj no la creía. Zoe Mardas tenía todo el aspecto de una princesa de cuento o un ángel del cielo, pero él desconfiaba de las mujeres hermosas y tenía una visión un tanto cínica de la humanidad. Zoe era muy hermosa por fuera, sí, pero eso no implicaba que no pudiera moverse por unos motivos innobles y que estuviera ocultándoselos. Hacía tiempo que la experiencia le había enseñado que la belleza exterior con frecuencia escondía una terrible fealdad interior.

Además, era imposible que fuera tan ingenua como pretendía. Por fuerza tenía que saber por qué su tío tenía tanto interés en ese

matrimonio. Los habitantes de la antigua Bania inundarían las calles para festejar ese enlace entre su tío y ella, nieta de la princesa Azra. Su tío Hakem había estado a punto de marcarse un tanto que habría aumentado de forma espectacular su popularidad.

–Entonces, ¿estás dispuesta a volver a casa? –inquirió Raj.

A veces le maravillaba la paciencia que era capaz de tener, como en ese momento, cuando, independientemente de su respuesta, estaba decidido a sacarla de Maraban fuera como fuera.

–¡Por supuesto que estoy dispuesta a irme a casa! –le espetó ella–. ¡Por amor de Dios, no quiero casarme con un hombre al que ni siquiera conozco y que se ha divorciado de su esposa solo para casarse conmigo! ¿Tan desesperada parezco?

Raj apretó la mandíbula y levantó la barbilla con altivez.

–Bueno, yo apenas te conozco. No tengo ni idea de cuáles son, o eran, tus motivaciones –contestó Raj.

Zoe enrojeció de ira. Con un par de frases se había distanciado de ella, subrayando su indiferencia por cómo se sintiera ella respecto a todo aquello. Estaba distinto con aquel pañuelo blanco cubriendo su alborotado cabello negro. La *kufiyya* enmarcaba y acentuaba sus perfectos pómulos y resaltaba también sus ojos negros, pero también lo hacía parecer algo mayor, y más serio.

–Sin embargo, debo confesar que me sorprende que no hayas conocido siquiera a mi tío antes de acceder a ese matrimonio –añadió Raj–. Aunque todavía se hacen esos matrimonios concertados de forma ocasional aquí, en Maraban, ya no son la norma, y nunca hubiera pensado que una mujer de tu clase estaría dispuesta a casarse con un hombre al que ni siquiera ha visto –le confesó, mirándola de arriba abajo.

¿De su clase? Zoe apretó los puños. El desprecio que destilaba su voz había sido como una bofetada. Aunque, como él mismo había dicho, no la conocía, se atrevía a juzgarla.

–¿Quién diablos te crees que eres para hablarme así? –masculló. El modo en que estaba mirándola, como si fuese un ser inferior, le había hecho perder la paciencia y estaba furiosa–. Vine a este maldito país de buena fe, ¿y qué trato recibo? ¡Me han drogado, raptado, y he pasado mucho miedo! Y ahora tú te atreves a juzgarme sin conocer siquiera los hechos.

–Es verdad que no conozco los hechos, pero tampoco necesito conocerlos –replicó Raj, desconcertado por esa respuesta tan apasionada.

No estaba acostumbrado a que le respondieran así. No estaba

acostumbrado en absoluto a que lo trataran así. Desde niño había sido muy reservado, le habían inculcado que no debía bajar nunca la guardia, y constantemente le habían recordado quién era y qué era lo se esperaba de alguien de su rango.

Después de la trágica muerte de su madre, había tenido que aprender a ocultar sus sentimientos y sus inseguridades; había tenido que aceptar que exteriorizar esas cosas no iban en sintonía con su estatus.

Las circunstancias de su nacimiento le habían aprisionado en una categoría separada, negándole vivir con libertad y poder relajarse en compañía de amigos de verdad. Cuando finalmente había escapado de esa prisión, había descubierto, para consternación suya, que esas maneras frías que alejaban a la gente de él, habían acabado convirtiéndose en parte de él.

–¡Pues vas a escuchar los hechos, lo quieras o no! –le espetó Zoe con aspereza–. Fue tu tío Hakem quien contactó con mi abuelo para proponerle este matrimonio, no al revés. Y no pedí conocerlo antes de acceder a su propuesta porque no iba a ser un matrimonio normal y no me pareció necesario. Se suponía que se celebraría la ceremonia y yo viviría unos meses en su hogar. Juró que me trataría como a una hija y que no tendría exigencias de ninguna clase conmigo. Y luego podría volver a casa y divorciarme de él.

Raj parpadeó sorprendido. Ahora comprendía por qué su tía había accedido al divorcio sin armar jaleo. Su tío debía haberle prometido que volvería a casarse con ella cuando se divorciara de Zoe, y su tía, que sin duda lo apoyaba en su ambición por llegar al trono, se habría mostrado dispuesta a hacer ese sacrificio.

–Pero… ¿qué ganabas tú con ese acuerdo tan peculiar? –insistió, frunciendo el ceño–. Dudo que fueras a hacerlo por dinero, cuando tu abuelo es un hombre tan rico…

–¡Mejorar mi estatus! –Zoe casi escupió esas palabras, como si le doliese pronunciarlas. Y, de hecho, así era–. Me habría convertido en princesa y, aunque eso a mí me daba igual, significaba mucho para mi abuelo, y quería complacerlo. Ha hecho tanto por mis hermanas y por mí…

–Pues convertirte en princesa no te habría servido de mucho consuelo durante esos meses en que habrías vivido en el hogar de mi tío Hakem –le dijo Raj con aspereza–. Todo el mundo en Maraban conoce a su esposa y sus hijos, y gozan de una gran popularidad entre la población. La gente te habría detestado.

–Bueno, pero ese matrimonio ya no se va a producir, así que da igual –le espetó Zoe, dándole la espalda para alejarse hasta el

extremo opuesto de la tienda–. Y después de todo lo que ha pasado, como no me aten de pies y manos, ¡no pienso quedarme ni un minuto más en Maraban!

A Raj le desconcertó encontrarse de pronto fantaseando con Zoe atada de manos al cabecero de una cama, con el rubio cabello desparramado sobre la almohada, y esos apasionados ojos verdes mirándolo mientras él se deleitaba admirando como subían y bajaban sus pequeños y pálidos senos.

Se puso tenso y cambió el peso de un pie al otro, incómodo, mientras se esforzaba por apartar esas imágenes de su mente.

–No pretendo ser grosera ni melodramática –comenzó Zoe con voz trémula, aún de espaldas a él.

–¿Quieres decir que no quieres serlo, pero no puedes evitarlo? –inquirió Raj incisivo.

Su libido lo tenía descolocado, y aquellas sensuales imágenes que su mente había conjurado, en vez de desvanecerse, se habían vuelto aún más vívidas.

Zoe se volvió hacia él.

–¡Eres tú quien está siendo grosero! –lo increpó ella. La intensa mirada de Raj hizo que se le cortara el aliento–. ¡Comportándote como si un rapto fuera algo normal y negándote a decirme quién lo orquestó!

–No puedo darte esa información porque no hay posibilidad alguna de que esa persona sea castigada –admitió él con voz ronca.

¿Qué tenía su mirada, que hacía que se le erizase el vello y un cosquilleo le recorriese la espalda?, se preguntó Zoe. ¿Por qué de repente se sentía acalorada? ¡Era ridículo! ¿Y por qué tenía mariposas en el estómago? Una punzada de deseo afloró en su vientre, y parpadeó, sorprendida y avergonzada, notando que se le subían los colores a las mejillas al comprender por qué estaba reaccionando así. Se sentía nerviosa, en tensión, como un gato intentando atravesar un lecho de brasas calientes, pero se esforzó por sobreponerse a su agitación y concentrarse en la conversación.

–¿Y eso por qué? –le preguntó.

–No voy a hablar de eso contigo. Si me haces el favor de vestirte, nos marcharemos.

–¿A dónde? –inquirió ella, sorprendida.

–Primero iremos hasta Dubái, y de ahí a Londres, donde podrás reunirte con tu abuelo –le explicó Raj–. A él le ha parecido bien, así que he dado por hecho que a ti también te lo parecería.

–¿A mi abuelo? –repitió ella con el ceño fruncido, avanzando hacia él–. ¿Quieres decir que has hablado con él?

–Pues claro –contestó Raj en un tono seco y formal–. Estaba muy enfadado por tu desaparición y tuve que asegurarle que estabas a salvo para tranquilizarlo. Le prometí que me encargaría personalmente de llevarte de vuelta con él lo antes posible.

Zoe no se había esperado que se hubiera atrevido a ponerse en contacto con su abuelo. La mayoría de la gente evitaba a Stam Fotakis cuando estaba furioso, y trataba de rehuir cualquier responsabilidad ante él. De hecho, la única persona que conocía que era capaz de enfrentarse a su abuelo cuando estaba de mal humor era su hermana Vivi, que era tan temperamental como él.

Fuera quien fuera aquel Raj, parecía que no le tenía miedo a nada, pensó con envidia, porque cuando su abuelo empezaba a rugir como un león, ella era incapaz de hacer otra cosa que agachar la cabeza y ponerse a cubierto.

–Tengo prisa –le dijo Raj–. Nos iremos tan pronto como estés lista. No puedo quedarme aquí mucho tiempo, así que te agradecería que tardases lo menos posible.

–Para vestirme necesitaría mi ropa, y no sé qué han hecho con ella –le contestó ella con aspereza, levantando la barbilla.

Raj se alejó hasta la entrada de la tienda para llamar a alguien. Apareció una mujer menuda, y después de que él le dijera algo en su idioma, se marchó y regresó al poco rato con la ropa de Zoe, recién lavada y doblada.

Zoe entró en el cuarto de baño y miró anhelante la ducha. Raj le había dicho que se diera prisa, pero… ¿qué demonios?, pensó desafiante, ¡no iba a ponerse la ropa limpia cuando ella estaba toda sudorosa!

Cuando oyó el agua de la ducha, Raj salió de la tienda siguiendo los principios que le habían inculcado en su niñez, aunque ahora no le parecieran más que costumbres anticuadas. Zoe estaba soltera y él también lo estaba, pero en Maraban un hombre soltero ni siquiera podía hablar a solas con una mujer y, si con él se había hecho una excepción, había sido solo por su rango. Aun así, se había fijado en que varias de las mujeres de la familia de Omar merodeaban cerca para asegurarse de que se atendrían a lo que marcaban la decencia y el decoro.

Era un alivio que nadie se hubiese enterado de que ella lo había atacado, porque toda la tribu se habría quedado de piedra. Su gente no comprendería que una mujer tuviese necesidad alguna de aprender técnicas de defensa propia para protegerse. Allí eran los parientes varones quienes debían proteger a las mujeres de la familia.

Sin embargo, saltaba a la vista que a Zoe Mardas no la habían protegido, se dijo pensativo, preguntándose qué le habría ocurrido para que hubiese estado a punto de sucumbir a un ataque de pánico al verlo entrar en la tienda. Probablemente no llegaría a saberlo porque no iba a preguntarle. No solía tener conversaciones profundas con ninguna mujer. Sus relaciones –si podían llamarse así– eran superficiales: basadas en el sexo y poco más. Dudaba que pudiera querer nada más de una mujer. ¿Para qué?, una vez se había enamorado y el amor lo había hecho comportarse como un estúpido. Había renunciado a todo por ese amor, y había acabado con el corazón destrozado y la sensación de que había cometido un tremendo error.

De pronto apareció Omar corriendo, sin aliento y con la cara roja por el esfuerzo, porque era un hombre bajo y más bien rechoncho que nunca tenía prisas por nada.

–¡Raj! –exclamó jadeante–. Tienes que irte. Me ha llamado uno de los comerciantes de camellos para decirme que vienen para acá varios helicópteros militares.

–Estarán haciendo prácticas –dijo Raj, negándose a dejar que el pánico se apoderara de él–. Le he dicho a Zoe que se dé prisa, pero ya sabes cómo son las mujeres…

–¡Raj, si te encuentran aquí, podrían arrestarte, o meterte en la cárcel! –le insistió Omar, lleno de frustración–. ¡Saca a esa mujer de la tienda, subíos al helicóptero y marchaos!

Un ruido de hélices acercándose les hizo levantar la vista al cielo.

–¿Ves los colores que tienen? ¡Son de la flota real!, ¡tu padre va en alguno de ellos! –gimió Omar espantado.

–Demasiado tarde para huir. Tendré que hacerle frente.

–¡No, vete! –lo urgió Omar–. Vete y deja aquí a esa mujer. Creo que todo esto del rapto no era más que una trampa. Me la endosaron porque sabían que te llamaría para pedirte ayuda. No sé cómo no lo vi antes. ¡En nombre de Alá, Raj, jamás me lo perdonaré si te pasa algo por culpa de mi mala cabeza!

¿Una trampa? Raj sopesó aquella posibilidad, pero la descartó de inmediato. No tenía sentido que su padre, que lo había considerado una decepción como hijo casi desde el día de su nacimiento, lo hubiera hecho ir hasta allí para tenderle una trampa. Que lo hubiera empujado al exilio, librándose así de él, del hijo y heredero que lo enfurecía, había sido la mejor solución para ambos, se dijo apesadumbrado.

–Mi padre siempre me advirtió de que el tuyo era un hombre

retorcido y calculador –susurró Omar, preocupado.

–Y lo es –asintió Raj–, pero no hay razón alguna para hacerme venir aquí después de haberme desterrado. ¿Por qué iba a hacer algo así? Te apuesto lo que quieras a que solo viene para organizar un consejo entre las tribus para hablar de los problemas de las lindes entre los territorios de unas y otras y las disputas de sus rebaños de camellos. Esa clase de cosas le encantan. Le recuerda a su juventud.

–Mira, los helicópteros del ejército están rodeando el campamento en avanzadilla para aterrizar –le dijo Omar.

–Es una práctica habitual de seguridad cuando escoltan al monarca –contestó Raj, quitándole importancia.

–Te digo que no –replicó Omar, cada vez más frustrado ante la falta de preocupación de su primo–. Es una trampa y no sé cómo vas a salir de esta…

Capítulo 3

AL oír ruido fuera Zoe se vistió a toda prisa, e hizo un mohín irritado al ver como se le pegaba la ropa a la piel, pues no había podido acabar de secarse. Pero cuando una mujer entró en el baño a por ella, agradeció haberse apresurado, y la siguió fuera, impaciente por salir de aquel lugar y volver a casa.

Para su sorpresa, sin embargo, la mujer no la condujo al helicóptero que había visto antes, posado a unos metros, sino a otra tienda, donde un grupo de mujeres estaban sentadas, en torno a una fogata. Les hicieron sitio.

–El rey ha venido de visita –le explicó una de las mujeres, sentada justo frente a ella, en un inglés perfecto–. Mi marido, Omar, solo puede recibirlo en su tienda, que era en la que estabas, así que tendrás que esperar aquí con nosotras.

–¿Tu marido? –inquirió Zoe, mirando con curiosidad a aquella atractiva morena, adornada con un sinfín de joyas de oro. Nunca había visto a una mujer tan enjoyada.

–El jeque Omar. El rey es su tío. Me llamo Farida. ¿Y tú?

–Zoe –contestó ella. Le pasaron una tacita de café solo y un plato con fruta pelada y cortada que aceptó con una sonrisa–. Gracias.

Esperaba que no tardaran mucho en salir, se dijo mientras masticaba con apetito una rodaja de manzana.

–¿Dónde está Raj? –preguntó–. Creía que tenía prisa por marcharse.

Farida enarcó las cejas.

–El príncipe Faraj está saludando a su padre.

Zoe se sonrojó, preguntándose si la habría ofendido que lo hubiera llamado por lo que supuso que era un diminutivo.

–No sabía que era un príncipe –murmuró–. Me dijo que no era nadie importante.

Para su sorpresa, Farida soltó una risita, y miró a un lado y a otro, traduciendo sus palabras a las otras mujeres, que prorrumpieron en risas.

–El príncipe te tomaba el pelo –le dijo luego–. Es el hijo de nuestro rey.

Zoe puso unos ojos como platos y tragó saliva.

–¿Él es el «mal hijo»? –exclamó, antes de caer en que quizá no debería haber usado esas palabras.

–¿Mal hijo? –repitió Farida, contrayendo el rostro–. Mi marido le tiene un gran aprecio, y ha corrido un gran riesgo viniendo aquí.

Al ver que Farida no tradujo a las otras sus palabras, decidió que debía tener más cuidado con lo que decía. Según Raj aquellas personas no tenían nada que ver con su secuestro y la habían tratado bien y habían cuidado de ella. No quería ofenderlas.

Además, apenas sabía nada de Raj, solo había leído ese calificativo en un artículo que había leído en Internet, en el que se explicaba que el rey de Maraban lo había desterrado años atrás porque lo había contrariado.

–¿Un gran riesgo? –repitió curiosa–. ¿Qué clase de riesgo?

–Eso te lo tendrá que explicar él… si es que puede –respondió Farida, de un modo evasivo–. Pero no olvides que es el único hijo del rey. Nació de su tercer matrimonio, cuando casi había perdido la esperanza de llegar a tener un heredero.

Zoe se limitó a asentir por prudencia, y decidió que era mejor guardarse otras preguntas como esa que estaba segura que nadie, y menos Farida, querría contestar. ¡Ese estúpido Raj!, pensó exasperada. ¿Por qué diablos no le había dicho quién era en realidad? ¿Cómo podría haber imaginado que era de sangre real? Se sentía como una tonta, sobre todo recordando cómo lo había atacado cuando había entrado en la tienda, pensó apretando los dientes. Pero la culpa era de él. No debería haber aparecido así, de repente.

Una niñita adorable se acercó a ella por detrás y alargó el bracito hacia un trozo de manzana en su plato. Al ver que Farida parecía estar regañándola, Zoe hizo un gesto apaciguador con la mano, diciéndole que no importaba, y le dio el trozo de manzana a la niña.

–No es igual; mi hija debe aprender buenos modales –le contestó Farida.

–¿Cómo se llama? –inquirió Zoe.

La pequeña se le sentó en el regazo y la miró con unos ojos castaños que asomaban curiosos bajo sus rizos azabache.

Farida se relajó un poco y empezó a contarle cosas de ella y de sus otros dos hijos.

Acompañado de Omar, Raj entró en la tienda de este, donde lo aguardaba su padre, sentado junto al fuego.

–Pensé que te encontraría aquí –dijo su padre, con una mirada de considerable satisfacción–. Estás muy alto, hijo. Te has hecho un hombre. Omar, puedes irte –le dijo a su primo–. Ya hablaremos luego.

Raj lo miró con preocupación porque su padre había envejecido mucho. Habían pasado ocho años desde la última vez que se habían visto. Cuando él había nacido, hacía veintiocho años, su padre pasaba ya de los cincuenta, y la agilidad que antaño había distinguido al rey se había esfumado.

Lo había visto desde lejos entrar lenta y penosamente en la tienda. Era evidente que la artritis reumatoide que le habían diagnosticado a los sesenta había empeorado a pesar de las muchas intervenciones quirúrgicas a las que se había sometido. Se lo veía muy delgado y agarrotado, las arrugas de su rostro barbado se habían acentuado, aunque sus ojos negros seguían siendo tan vivaces y perspicaces como siempre.

–Siéntate, Raj –le dijo–. Tenemos mucho que hablar y poco tiempo.

Raj se sentó en el suelo, frente a él, y aguardó pacientemente mientras un sirviente preparaba café para ambos. Cuando les hubo servido, tomó la tacita en su mano derecha y se preparó para uno de los largos sermones de su padre. Tahir era un padre autoritario, y se había vuelto más crítico y mordaz tras la muerte de su tercera esposa, la madre de Raj, justo cuando él más había necesitado su consuelo y su comprensión. Y en vez de eso lo había mandado a una academia militar donde había sufrido palizas y un acoso inmisericorde por parte de sus compañeros. Desde que había terminado sus estudios allí, la relación entre su padre y él se había vuelto difícil.

–Sabía que Omar acudiría a ti en busca de ayuda. Nunca ha sido capaz de mover un pie antes del otro sin preguntarte a ti –comentó con una sonrisa afectuosa–. No vamos a hablar del pasado, hijo. Eso no haría sino que volviéramos a enzarzarnos en las discusiones de siempre.

–Lo siento, pero lo de esa mujer… –comenzó Raj.

Sabía que era una descortesía interrumpirlo así, pero necesitaba averiguar por qué su padre había hecho aquello, y por qué se había arriesgado a que se produjera un escándalo tremendo solo para

bajarle los humos a su hermano.

–La paciencia nunca fue una de tus virtudes –murmuró su padre con un suspiro–. Ten el suficiente respeto como para escucharme antes de hacerme preguntas. Quiero que vuelvas a casa, Raj, al lugar al que perteneces, como mi heredero.

Raj se quedó patidifuso. Permaneció un instante mirándolo boquiabierto. Su padre levantó una mano para pedirle que le dejara continuar.

–No lamento nada, ni voy a disculparme por nada –le dijo–. Pero, si no te hubiera desterrado, ese estúpido hermano mío no habría intrigado para ocupar tu lugar –apuntó sombrío–. Durante estos ocho años he seguido tu trayectoria, desde la distancia. Sé que has estado trabajando con lealtad por los intereses de nuestro país, dando lo mejor de ti. Tu corazón sigue con nuestra gente.

Raj apretó los labios y bajó la vista a su taza de café, aturdido por el que era el primer elogio que recibía en su vida por parte de su estricto y exigente padre.

–¿Quieres volver a casa? ¿Quieres volver a ser el príncipe heredero de Maraban?

Una honda melancolía inundó a Raj, y los hombros se le pusieron rígidos por el esfuerzo que tuvo que hacer para refrenar sus emociones. Tragó saliva con dificultad.

–Sí, sí que quiero –murmuró con voz ronca.

–Claro está que mi generosidad tiene un precio –le advirtió el rey, con cierta aspereza.

Su respuesta no sorprendió a Raj, que inspiró lenta y profundamente.

–Me da igual con quién tenga que casarme –le contestó, confiando en que no fuera esa la condición que iba a imponerle su padre–. Ese aspecto de mi vida ya no es tan importante para mí.

–Ah, así que has dejado de ser un romántico –observó su padre, con palpable alivio–. Eso es bueno. El sentimentalismo te haría demasiado blando para ocupar el trono. Y ya es tarde para convertirte en un militar, pero respecto al matrimonio… es algo en lo que no puedo transigir.

–Lo entiendo –le concedió Raj.

El sirviente le ofreció otra taza de café, pero la declinó. Su padre escogería a una joven de buena familia, y a él no le quedaría más remedio que hacer de tripas corazón. Tendría que comprometerse, y sería todo un reto para él. Bueno, estaba acostumbrado a los retos; lo de comprometerse ya no se le daba tan bien… Pero tendría que

aprender a resignarse, porque lo más probable era que no tuviera demasiado en común con la mujer que su padre eligiera.

–Debería darle las gracias a Hakem por descubrirme a esa nieta de Fotakis, porque ni siquiera sabía de su existencia –murmuró su padre, con evidente satisfacción–. Me puse furioso cuando descubrí lo que tramaba mi hermano. Y aún más cuando me di cuenta de que no me quedaba otra opción más que negociar con el propio Fotakis… el hombre que me robó a la hermosa Azra. Pero me ha dado su permiso.

Raj, que estaba empezando a comprender lo que proponía el anciano, dio un respingo, sorprendido.

–¿Quieres que me case con ella?

–Y que lo hagas ya, hoy mismo. He traído conmigo al imán de palacio –le dijo su padre de sopetón–. Este matrimonio sería un gesto de buena voluntad por tu parte, una manera de demostrarme que a partir de ahora te comprometes a actuar como un hijo sensato. Cásate con ella y te prometo que nada se interpondrá en tu camino.

–¡Pero es que ella quiere irse a casa! –le espetó Raj, que no acababa de creerse lo que le estaba proponiendo–. No querrá casarse conmigo.

–Su abuelo ha dado su consentimiento –apuntó el rey frunciendo el ceño, contrariado–. Iba a casarse con un príncipe, y tú también lo eres. Además, mi hermano Hakem te dobla la edad; a ojos de Fotakis eres una opción igual de aceptable. Y en esto no tienes elección: esa chica es demasiado valiosa como para ceder ante tu tío, será un presente perfecto para nuestra gente. No podríamos encontrarte una novia que goce del favor del pueblo como la nieta de Azra. Celebraremos una boda de estado por todo lo alto. Además, creo que es tan hermosa como su abuela; deberías estar contento.

Raj apretó los labios; su padre se había vuelto loco. Hablaba como si las mujeres aún se casasen obedientemente con los maridos que les escogiese su pariente varón más anciano. Incluso allí, en Maraban, eso ya pertenecía al pasado. Solo los hombres de la edad de su padre se consideraban aún con el derecho a decirles a sus vástagos con quién debían casarse.

–Ella me ha dicho que quiere volver a casa –le repitió con firmeza.

–Pues tienes dos horas para persuadirla de lo contrario. Ya he preparado el comunicado que se hará desde palacio –le dijo el rey muy solemne–. Anunciaremos a nuestro pueblo que su príncipe ha

regresado y que por fin va a cumplir con su deber.

–Pero es que ella había accedido a ese matrimonio con Hakem con la condición de que solo duraría unos meses y luego se divorciarían –apuntó Raj.

–Lo sé. Y no tiene por qué ser de otro modo en este caso. Podrás escoger tú mismo a tu segunda esposa –le dijo Tahir, con la altivez de estar concediendo una gracia a súbdito indigno de ella–. No interferiré en tu elección, aunque solo haré una salvedad: esa furcia… Nabila… bajo ningún concepto la aceptaré en nuestra familia.

Al oírle mentar ese nombre, acompañado de un término tan ofensivo, Raj palideció y bajó la vista, descompuesto, al descubrir que su padre sabía lo que había ocurrido hacía ocho años entre él y su primer amor.

Sin embargo, con aquella advertencia le quedó claro que la reunión había terminado, así que se puso de pie.

–Por eso no tienes que preocuparte. No he vuelto a verla desde hace años –le confesó con aspereza.

–Bien. Ve y prepárate para esa boda –lo urgió su padre, como si no contemplara siquiera la posibilidad de que Zoe pudiera negarse a casarse con él–. ¡Y dile a Omar que venga!

Después de ese frugal desayuno, llevaron a Zoe a otra tienda y la dejaron allí sola. Miró su reloj y cambió el peso de un pie a otro, irritada, porque no sabía por qué estaba retrasándose su marcha.

Cuando oyó a alguien entrar, se volvió, y cuando vio que era Raj vaciló al recordar que era un príncipe y que no lo había tratado como debiera. Pero la culpa era de él, se recordó, levantando la barbilla. Para su sorpresa, vio que Raj parecía tenso, y sus ojos negros la escrutaban de un modo extraño.

–Creía que tenías prisa por que nos marcháramos –le dijo Zoe.

¿Por qué el notar su mirada sobre ella la hacía sentirse acalorada e incómoda? Si la atracción sexual era eso, preferiría no sentirla. Esas reacciones físicas interferían con su capacidad de comportarse como un ser racional.

–Mi padre ha hablado conmigo y… bueno, nuestra situación ha cambiado –admitió Raj, girándose hacia la entrada de la tienda para rehuir su mirada y poder concentrarse en la conversación.

Y es que a cualquier hombre le costaría no quedarse mirándola. Se había recogido el cabello en una trenza, pero se había grabado en su mente la imagen de esa hermosa melena suelta. La falda

dejaba al descubierto sus torneadas piernas, la blusa, en tonos pastel, dejaba entrever el contorno de sus senos redondeados, y las sandalias de tacón que llevaba eran el calzado más absurdo que una mujer podría escoger para un sitio como aquel. Claro que tampoco podía haber sabido que la iban a secuestrar y que al volver en sí iba a encontrarse en medio del desierto.

En cualquier caso, aquellos altísimos tacones, que a pesar de todo no la hacían mucho más alta, eran un peligro para andar por allí. Y, aun así, no podía negar que había algo decididamente femenino y adorable en aquellas pequeñas sandalias de tiras con adornos brillantes. ¿Adorable?, se repitió apretando los dientes. ¿En qué diablos estaba pensando? Sus pensamientos parecían los de un adolescente ávido de sexo. ¿Desde cuándo le resultaba tan difícil mantener a raya su libido? No recordaba haber tenido antes esa clase de problema.

–¿Nuestra situación? –repitió Zoe, tensa y sorprendida por cómo lo había formulado.

–Sí, nuestra –insistió él–. No sé cuánto sabes acerca de mí.

–Bueno, me dijiste que no eras nadie importante, pero Farida me ha contado la verdad, que eres el hijo del rey –contestó ella en tono de reproche–. Y también sé que tu padre te desterró hace unos años.

–Hace ocho años –la corrigió él, sombrío, volviéndose finalmente hacia ella–. Me negué a casarme con la mujer que había escogido para mí porque estaba enamorado de otra persona. Hubo otros motivos, pero básicamente eso fue lo que causó ese largo distanciamiento entre nosotros. Puede que no lo sepas, pero en mi mundo se espera que un hijo obedezca a su padre y, siendo justo con él, la verdad es que fui un rebelde desde el primer día.

Desconcertada por esa explicación tan personal de la complicada relación que tenía con su padre, Zoe se sonrojó, y sus ojos verdes escrutaron el serio rostro de Raj, que dejaba entrever las fluctuantes emociones que se estaba esforzando por ocultar. No se daba cuenta de que sus expresivos ojos lo delataban. Incapaz de contener su curiosidad, le preguntó:

–¿Y qué pasó con esa mujer a la que amabas? ¿Te casaste con ella?

–No, me fue infiel.

–Vaya… Lo siento… –murmuró ella, deseando no haber preguntado.

–No tienes que disculparte. Ocurrió hace mucho tiempo, cuando era joven, confiado e ingenuo. Ahora soy un hombre distinto.

Había cambiado porque esa mujer le había roto el corazón, pensó Zoe, recordando a su hermana, Winnie, que se había quedado destrozada al descubrir que el hombre al que amaba estaba casado. Ella nunca había experimentado algo así de intenso, y no estaba segura de querer pasar por ello.

Claro que tampoco había tenido nunca un novio. Desde el intento de violación que había sufrido, temía y evitaba a los hombres. Había tenido uno o dos amigos varones en la universidad que le habían dado tiempo y espacio con la esperanza de ganarse su confianza y que les diera una oportunidad, pero eso no había ocurrido. Había mantenido las distancias, permaneciendo en su torre de marfil, y tendía a pensar que era lo mejor: si no corría riesgos, no podrían hacerle daño, ni romperle el corazón, ni se haría esperanzas y soñaría imposibles de un futuro feliz para que luego la decepcionaran.

–Antes has dicho «nuestra» situación –le recordó, ansiosa por reconducir la conversación, fuera de aquellas aguas revueltas–. ¿A qué te referías?

–Mi padre me ha hecho una sugerencia inesperada –comenzó a explicarle Raj, escogiendo con cuidado las palabras. Sus ojos estaban fijos en los de ella, brillantes como esmeraldas en su rostro de porcelana–. Me ha pedido que vuelva a palacio y recupere mi sitio como heredero.

–¡Pero esa es una noticia estupenda! –exclamó Zoe, pero luego vaciló–. Bueno… si es lo que quieres…

–Ansiaba volver a mi hogar, con todo mi corazón. Es la primera vez en ocho años que piso el suelo de mi país –le confesó Raj con amargura–. Pero por desgracia la proposición de mi padre viene acompañada de una estipulación ineludible: me ha pedido que ocupe el lugar de mi tío Hakem y me case contigo.

Zoe parpadeó con incredulidad y se quedó mirándolo. El corazón le latía tan deprisa que los ecos de esos latidos resonaban en sus oídos.

–Pero… ¿por qué? ¡Es una locura!

–No si tienes en cuenta quién eres –apuntó Raj con una sonrisa socarrona–. La mitad de la población de Maraban es originaria del reino de Bania, al que se unió el nuestro, Mara, hace años. Se quedaron resentidos cuando tu abuela, su princesa, se fugó con otro hombre en vez de casarse con mi padre, porque la familia real actual no refleja los dos linajes. Si yo, el hijo del rey, me casara contigo, que eres nieta de su princesa, la princesa Azra, ganaríamos en popularidad. Ese el motivo principal por el que mi padre quiere

que nos casemos.

–Pero es que yo ni siquiera llegué a conocer a mi abuela. Murió antes de que yo naciese –arguyó Zoe–. El que esté emparentada con ella es algo puramente circunstancial.

–No, eres su descendiente, y para su pueblo eres un símbolo viviente que les recuerda a su princesa y al país que ahora existe solo como parte de Maraban –replicó Raj–. Por cierto, también deberías saber que mi padre se puso en contacto con tu abuelo, supongo que a través de un intermediario, y que hablaron de la posibilidad de que te casaras conmigo en vez de con mi tío.

–¡Por amor de Dios…! Entonces… ¿mi abuelo está al tanto de todo esto?

–Tu abuelo está de acuerdo –le dijo Raj.

Zoe palideció de ira.

–¿Y qué pasa conmigo? ¿Con lo que yo quiera? –le espetó.

–Por eso he venido… a preguntarte qué opinas –respondió Raj con sorna–. Tu abuelo y mi padre se creen que con su consentimiento basta, pero yo no lo veo así.

La ira de Zoe se disipó.

–Gracias a Dios que alguien tiene sentido común –murmuró.

–Bueno, estabas dispuesta a casarte con mi tío Hakem sin saber siquiera qué aspecto tiene –le recordó Raj.

A Zoe le flaquearon las piernas y se dejó caer en una mullida otomana que tenía cerca. De repente se encontraba entre la espada y la pared.

–Eso es distinto. Fue antes de que pasara todo esto y descubriera que tu tío se había divorciado de su esposa para casarse conmigo –replicó incómoda–. Cometí un error al aceptar. Ahora lo único que quiero es olvidarme de todo este absurdo y volver a casa.

–Lo sé, pero quiero pedirte que te quedes y te cases conmigo –le dijo Raj–. Y te lo pido por motivos puramente egoístas.

Desconcertada por esa confesión, Zoe levantó la cabeza para mirarlo.

–¿En serio?

–Sí. Supondría el fin de mi exilio y del distanciamiento entre mi padre y yo –le explicó Raj–. Además, al pueblo le encantaría que me casara con la nieta de Azra. No sé qué podrías sacar tú de esto aparte de la adquisición de un título completamente inútil, pero cuando menos sería lo mismo que habrías obtenido si te hubieras casado con mi tío. También te prometo que te trataré tan bien como él lo habría hecho. Es un buen hombre, aunque por desgracia lo

pierde la necesidad sin sentido de competir con mi padre.

Zoe agradecía la sinceridad que había tenido con respecto a lo que sacaría él de aquel matrimonio, pero su mente era un torbellino de pensamientos agitados por la indecisión. Había estado dispuesta a volver a casa y renunciar a esa búsqueda que había iniciado para ser más independiente, pero ahora Raj estaba ofreciéndole otra opción.

Sin embargo, casarse con él se le antojaba una perspectiva mucho más intimidante que con su tío, mucho mayor, que le había jurado que la trataría como a una hija. Raj era mucho más joven, más agresivo, más viril…, pensó, mirándolo con recelo.

Su apuesto rostro permanecía serio mientras aguardaba su respuesta, y esos gloriosos ojos negros brillaban con impaciencia, aunque era demasiado educado e inteligente como para expresarlo en voz alta.

Sabía que significaría mucho para él que respondiese que sí. Y la verdad era que ella seguía anhelando la oportunidad de vivir una vida independiente, sin que su familia se preocupara constantemente por ella. Pero, sobre todo, quería demostrarse a sí misma su valía, ser fuerte y no tener que depender de nadie. Y no quería huir corriendo a casa con el rabo entre las piernas y decepcionar también a su abuelo.

–¿Qué tendría que hacer para que me dijeras que sí? –la presionó Raj, como hábil negociador que era.

Zoe se sonrojó, como si él hubiera encendido un foco justo encima de ella, y agachó la cabeza.

–Bueno, no sé qué expectativas tendrás al respecto, pero lo que sí puedo decirte es que no querría que hubiese sexo –murmuró–. El sexo no me va. Es algo sin lo que puedo vivir, pero… ¿y tú?

Raj decidió que lo más prudente sería no decirle que no podía mirarla sin pensar en el sexo. Pero, al mismo tiempo, una enorme curiosidad lo asaltó: ¿qué la habría hecho renegar del sexo? ¿Una mala experiencia?, ¿una agresión? Sin embargo, no podía hacerle esas preguntas, así que reprimió el impulso de ahondar en la cuestión y lamentó para sus adentros ese muro que ella había levantado de entrada entre los dos. No quería hacerlo con él. Nunca se había encontrado con una mujer que lo rechazara, pero ignoró ese golpe a su amor propio porque le parecía arrogante sentirse desdeñado y porque, viéndolo desde una perspectiva más amplia, aquello no tenía relevancia alguna.

–Puedo ofrecerte el mismo acuerdo marital que te convenció para casarte con mi tío –le propuso.

Zoe dio un respingo, sorprendida. Algunos mechones del rubio flequillo se le estaban pegando a la frente por el sudor que la perlaba, aunque probablemente lo acalorada que se sentía se debía en buena parte a la conversación que estaban teniendo. Le daba vergüenza hablar de sexo, pero tenía que ser franca con él. No había otra manera, y no podía permitirse que hubiese malentendidos, pero no podía acabar de creerse que estuviera considerando aceptar lo que le estaba proponiendo. No era propio de ella correr riesgos, y su sexto sentido le decía que aceptar aquella proposición sería correr un gran riesgo.

–¡Pero no eres tan mayor como para tratarme como a una hija, como me dijo que haría él! –le espetó.

–Pero sí soy lo bastante maduro como para no presionar a una mujer que no quiere sexo conmigo –replicó Raj sin vacilar–. Comprendo que para ti sería un acto de fe porque solo puedo ofrecerte mi palabra, pero la cumpliré. Y lo que te digo es verdad: nunca he presionado a una mujer en ese sentido, y jamás lo haré.

–Está bien –murmuró Zoe–. Tengo que reconocer que me gustaría quedarme y explorar un poco mis raíces.

–Y yo podría hacer eso posible –le dijo Raj.

–¿Dónde viviríamos?

–En el palacio, que no es, debo admitirlo, precisamente moderno –contestó él.

A él esas cosas le eran indiferentes, siempre y cuando uno contara con lo básico. La cosa era que su padre, por desgracia, sentía veneración por la historia, y le había costado horrores convencerlo para que permitiera que se construyeran cuartos de baño y una cocina modernos en el antiguo palacio. De hecho, los huéspedes se alojaban en una de las villas contemporáneas construidas dentro de los terrenos de palacio, para que disfrutaran de las comodidades modernas, a la vez que se preservaba la intimidad del monarca.

–No me importa –murmuró Zoe–. No soy una persona remilgada. Mis hermanas y yo hemos vivido en algunos sitios que eran auténticos cuchitriles antes de conocer a nuestro abuelo hace un par de años y que nos propusiera mudarnos a una casa que tiene en Londres.

–Bueno, nuestro palacio desde luego un cuchitril no es –respondió Raj divertido–. En fin, entonces… ¿estarías dispuesta considerar mi proposición?

–Lo estoy pensando. Estoy sopesando si puedo confiar en ti –

aquella confesión se le escapó a Zoe sin darse cuenta, y sus mejillas se tiñeron de rubor.

–Yo siempre cumplo mi palabra… siempre –proclamó Raj orgulloso. Sus ojos negros brillaban con convicción–. No tienes que temer nada. Si aceptaras, me estarías haciendo un gran favor, y lo último que haría sería hacerte daño. De hecho, si haces esto por mí, te protegeré y no permitiré que te pase nada malo.

Zoe no pudo evitar pensar una vez más en lo atractivo que era mientras lo miraba, allí plantado, tan erguido, y tan apasionado. Nunca había conocido a un hombre que rebosase tanta pasión que fuese incapaz de contenerla. Y jamás había conocido a un hombre al que le resultase tan fácil comprender. Sus ojos brillaban con una mezcla de esperanza y emoción, y en la mente de Zoe aún resonaba el eco de esa promesa de protegerla de cualquier amenaza. No podía despegar sus ojos de los de él.

–Pero… el acuerdo al que había llegado con tu tío de divorciarnos tras unos meses, ¿se mantendría? –le preguntó nerviosa.

–Por supuesto. ¡No queremos tener que aguantarnos el uno al otro por el resto de nuestros días! –contestó él divertido.

Zoe se sintió algo molesta por su sinceridad, pero se reprendió por ser tan susceptible. Normal que no quisiera encontrarse atrapado de por vida en un matrimonio con una mujer a la que no amaba. Y ella tampoco lo quería. Lo único que Raj había hecho había sido exponer la realidad.

–En ese caso… –murmuró Zoe levantándose. Estaba nerviosa por tomar una decisión así sin consultarlo con sus hermanas, que probablemente se habrían opuesto enérgicamente–. Estoy dispuesta a casarme contigo, y solo espero que ese matrimonio te brinde esas ventajas que crees que te traerá.

Raj dio un paso hacia ella y alargó los brazos antes de dejarlos caer de nuevo y retroceder.

–Perdona. He estado a punto de tocarte, cuando estoy seguro de que preferirías que no lo hiciera.

–Sí, lo prefiero –dijo Zoe. Pero estaba mintiendo.

Raj había estado a punto de rodearla con sus brazos y de estrecharla entre ellos, y se había desinflado como un globo al verle vacilar y echarse atrás. Era apasionado, y sospechaba que algo impulsivo, la clase de hombre que en determinadas circunstancias se dejaba llevar por sus emociones y actuaba sin pensar. Le habría gustado que le hubiera dado ese abrazo, ese contacto no sexual, sino cálido y reconfortante, pero era mejor así, que respetara los

límites que ella le había puesto, se dijo con firmeza.

–¿Y cuándo será la boda? –inquirió.

–Hoy.

–¡¿Hoy?! –exclamó ella patidifusa.

–Mi padre no permitirá que vuelva a palacio si no le doy una muestra inmediata de que he cambiado mi actitud –le dijo Raj–. Ha traído al imán de palacio con él.

–Entonces… ¿nos vamos a casar aquí… ahora? –repitió ella con incredulidad–. ¿Y qué se supone que me voy a poner?

–Mi padre no deja nada al azar. Sospecho que su esposa habrá traído ropa apropiada para ti.

–¿Cuál de sus esposas? –inquirió ella con curiosidad.

–La única que aún vive, la reina Ayshah, su primera esposa. Mi madre, que era su tercera esposa, murió cuando yo tenía nueve años, y la segunda había muerto diez años antes.

Zoe inspiró despacio, profundamente. Iba a casarse con Raj y a aventurarse sola en un nuevo rumbo. Se quedaría unos meses en Maraban, demostraría que podía valerse por sí misma y ya no tendría más ataques de pánico. Aprendería algo de la lengua del país, aprendería su historia, y ahondaría en la cultura de su abuela. Sería una aventura, una aventura gloriosa, se dijo con firmeza. Raj esbozó una sonrisa radiante, y de pronto le pareció que la palabra «atractivo» se le quedaba corta…

Capítulo 4

MI padre me ha dicho que el rey está organizando una boda de estado para dentro de dos semanas, y que en esa ceremonia podrás lucir un vestido de novia occidental –le susurró Farida a Zoe–. El rey quiere dar la mayor visibilidad posible a esta unión que te hará parte de la familia.

A Zoe, que ya estaba bastante nerviosa por la ceremonia que estaba a punto de celebrarse, habría preferido no saber que iba a hacerse otra y que iba a ser un gran acontecimiento público. La sola idea la hizo sentirse mareada, pero reprimió su miedo. «Paso a paso», se dijo, tratando de calmarse. Se preocuparía solo del momento presente; angustiarse por lo que estaba por pasar no la ayudaría en nada. Bastante tenía con digerir el hecho de que estaba a punto de casarse, de casarse de verdad, con un hombre al que acababa de conocer.

Claro que casarse con el tío de Raj habría sido lo mismo, se recordó. Y al menos Raj, a diferencia de él, no venía con otras ataduras, como esposas, hijos y nietos. Sí, era un alivio que no fuera a casarse con el príncipe Hakem. Además, Raj estaba soltero y era un hombre sincero, algo difícil de encontrar. Y le había confesado que en el pasado él también había sufrido ataques de pánico. Incluso le había confesado que había desafiado a su padre por la mujer a la que amaba, para luego descubrir que le había sido infiel. Debía de haber sido un golpe muy duro para él. Muy pocos hombres contarían algo así, y que hubiera sido tan franco con ella la había impresionado.

Rodeada por las mujeres de la tribu que revoloteaban a su alrededor, mientras la reina Ayshah lanzaba órdenes, sentada en un rincón, toda vestida de negro, Zoe se miró en el espejo de pie frente a ella. Tenía tantas capas de ropa y tantas joyas encima, que era increíble que pudiera siquiera moverse.

Un velo le cubría el cabello, llevaba un tocado de oro sobre la cabeza y unos pendientes largos muy pesados, también de oro, igual que los collares que colgaban de su cuerpo y tintineaban cada vez

que se movía, mientras que las manos y los pies se los habían adornado con elaborados arabescos dibujados con henna.

El resto de su cuerpo estaba envuelto en un caftán blanco ricamente decorado con abalorios y coloridos bordados. Debajo llevaba varias capas de seda tan fina como una gasa, que se abotonaban en la espalda. Cuando tuviera que desvestirse sería todo un desafío.

Al ver a las otras mujeres, que ya estaban vestidas con sus mejores galas para la boda, había insistido, eso sí, en que la dejaran maquillarse sola, porque todas iban exageradamente pintadas: unas con muchísimo colorete, otras con los párpados de un azul intenso… Farida era la única que iba maquillada con discreción.

–Los festejos de mi boda duraron una semana –comentó esta.

–¿Una semana? –repitió Zoe anonadada.

–Sí, pero los de la tuya se limitarán a esta tarde. El rey no quiere pasar aquí la noche. Pero confío en que la celebración de la boda en palacio sí será más larga –continuó charlando la esposa de Omar–. A todo el mundo le encantan estos eventos porque se reúnen la familia y los amigos, pero hoy, como ha habido tan poco tiempo para los preparativos, será una boda sencilla íntima. Aunque debo decir que las joyas que te ha traído Raj son fabulosas.

–¿Quieres decir…?

–Que todas las joyas que llevas pertenecen a la familia real. Es tradición que la novia reciba joyas de la familia de su esposo como regalo de boda.

–Debe haberlas traído el rey consigo –murmuró Zoe.

–Sí, ¡ibas a casarte hoy lo quisieras o no! –comentó Farida riéndose–. ¿Pero quién podría decirle no a Raj?

Zoe sintió que le ardían las mejillas, y se sintió aliviada cuando se oyó música fuera y todas las mujeres corrieron a la entrada de la tienda. Las siguió, y al mirar fuera vio que los hombres estaban haciendo lo que parecía una danza ceremonial con mandobles de cimitarras y chasquidos de látigos. Otros saltaban por encima de una hoguera, en una especie de competición de valor que hizo a Zoe dar un respingo y cerrar los ojos en un momento dado. Las demás mujeres la sacaron de la tienda, muy excitadas, y la llevaron a otra tienda más grande llena de gente. La condujeron hasta el frente de la muchedumbre, donde un anciano venerable pronunció lo que parecía una especie de bendición antes de entregarle un anillo. Farida le indicó en qué dedo debía ponérselo. Mientras el anciano hablaba, vio a Raj, que estaba muy apuesto con una túnica de seda de color azul ceñida con un fajín, aunque también muy serio. Buscó

su mirada, pero él la rehuyó.

Otro hombre aún más viejo pronunció también unas palabras y alguien le acercó un bolígrafo y un largo pergamino, donde firmó. De hecho, varias personas más lo firmaron, y entonces le tocó el turno a ella, que hizo lo propio antes de que las mujeres se la llevaran de allí sin que pudiera cruzar una palabra o una mirada con Raj.

–¡Y ahora vamos a festejarlo! –le susurró Farida al oído con una sonrisa traviesa.

–¿Quieres decir que… ya está? ¿Ya estamos casados? –exclamó Zoe perpleja.

–Ya has firmado el contrato matrimonial; no hay nada más que hacer. Te lo habría traducido, pero no quería ofender al rey, hablando durante la ceremonia –le explicó Farida–. Ya eres la princesa consorte de Maraban.

–¡Pues no me siento distinta! –le confesó Zoe divertida.

Sin duda a su abuelo le daría rabia haberse perdido la ceremonia, pero suponía que sí asistiría a la boda de estado. Y seguramente sus hermanas acudirían también, se dijo, sonriendo animada por ese pensamiento.

Farida la condujo a otra tienda llena de mujeres que parloteaban entre ellas, y se empezó a oír una música de fondo. Farida se las fue presentando y comenzaron a llegar platos y platos de comida.

No había ningún hombre presente. Farida le explicó que en el banquete tras la boda de estado no se separaría a los hombres de las mujeres, pero que las bodas rurales eran más conservadoras. Zoe tomó un sorbo de té de menta y paseó la mirada pro la tienda mientras algunas mujeres comenzaban a bailar. Estaba casada…, pensó. No podía creérselo.

Bueno, no era un matrimonio de verdad, se recordó, porque Raj y ella no vivirían juntos como una pareja casada. Se preguntaba cómo se sentiría él en esos momentos. ¿Desearía que en vez de ser ella la novia fuera su antiguo amor, la mujer que lo había traicionado? Quizá para él aquello no tenía significado alguno porque a ella no la amaba. O tal vez simplemente se sentía feliz de estar de regreso en Maraban y de que su padre se hubiese reconciliado con él.

En un momento dado, a pesar del jolgorio a su alrededor, Zoe se quedó dormida, y fue Farida quien la despertó, apretándole la mano con suavidad. Zoe abrió los ojos y parpadeó, confundida, porque en ese momento no se acordaba ni de dónde estaba. Fuera estaba oscuro y dentro de la tienda la celebración había decaído un poco.

Ya solo había un par de mujeres bailando, y el resto estaban sentadas, charlando en grupos.

Cuando se disculpó con Farida por haberse quedado dormida, esta sacudió la cabeza y le dijo:

–Probablemente tu cuerpo aún no ha eliminado del todo el narcótico que te inyectaron en palacio. El médico dijo que pasarían un par de días hasta que se te pasara por completo el efecto. Siento todo esto que te ha ocurrido –murmuró con sinceridad.

–No es culpa tuya; te has visto involucrada en esto contra tu voluntad –apuntó Zoe con suavidad.

–Y por desgracia el instigador de tu secuestro lo único que está celebrando ahora es que ha recuperado a su hijo –murmuró Farida con tristeza.

Aquella era la pieza del puzle que le faltaba, y Zoe enarcó las cejas, sorprendida, al comprender que había sido el rey, y que sin duda lo había hecho para impedir que su hermano Hakem se casara con ella. Por eso Raj le había dicho que quien había ordenado su rapto no recibiría ningún castigo. Y por eso se sentía responsable en parte del calvario por el que había pasado.

–Ya es hora de que te retires –le dijo Farida, en respuesta a una señal que le había hecho la reina Ayshah.

Zoe se levantó torpemente, sintiéndose como un elefante con todas aquellas molestas capas de ropa, y rogó por que fuera hiciera más fresco que dentro, pero al salir, acompañada de las demás mujeres, sus esperanzas cayeron en saco roto, porque el calor húmedo la envolvió y a cada paso que daba sus zapatos se hundían en la arena. Un hombre se acercó con un camello e hizo que se agachara frente a ella. Farida le dijo que se subiera al animal, y aunque no le fue nada fácil con el peso de la ropa y las joyas finalmente lo consiguió. El hombre hizo levantarse al camello y lo guio por las riendas en medio de vítores de las mujeres que los seguían a pie.

–Es algo simbólico –le explicó Farida–: la reina Ayshah hace las veces de tu madre y te lleva junto al novio.

A Zoe le parecía que era más como si fuera un paquete que llevaban a su destino para ser entregado, aunque, por suerte, pensó, Raj no contaba con quitarle el «envoltorio».

Cuando se detuvieron y desmontó, pensó que, cuando menos, el día de su boda estaba siendo mucho más emocionante que el de sus hermanas, aunque se preguntó cuándo iban a devolverle su teléfono móvil para poder hablar con ellas y contárselo todo.

Sin embargo, cuando entró en la tienda, se quedó paralizada al

ver la gran cama que había dentro, y comprendió que se suponía que, al ser su noche de bodas, se esperaba que compartiera el lecho con su marido.

No había contado con que pudiera ocurrir algo así, aunque, al fin y al cabo, nadie sabía del acuerdo al que había llegado con Raj, y no era algo que fuesen a contarle a nadie más allá de sus parientes más cercanos.

Cuando las mujeres se hubieron marchado, respiró aliviada y se sentó en un diván a esperar a que llegase Raj, pero tenía tanto calor que acabó por levantarse y entrar en la pequeña tienda adosada donde estaba el cuarto de baño. Sobre un cofre había un espejo, y se colocó delante para quitarse las pesadas joyas y dejarlas a un lado, sobre la tapa, junto con el tocado y el velo.

En ese momento se oyeron silbidos y voces fuera, y cuando regresó a la tienda principal vio entrar a Raj, que dejó caer la tela que cubría la entrada con visible alivio.

–Todo el mundo se deja llevar por la emoción en las bodas –comentó con ironía.

Al sentir su intensa mirada sobre ella, Zoe sintió que se le subían los colores a la cara.

–Quizá también esté celebrando el regreso de su príncipe –sugirió.

–Es posible –concedió él.

Zoe sentía envidia de la confianza que proyectaba. Le parecía imposible que hubiera sufrido ataques de pánico, como le había dicho. Parecía tan tranquilo, tan seguro de sí mismo… Pero, por lo que poco que había descubierto acerca de él, era evidente que su pasado estaba regado de drama y decepciones. Sin embargo, lo había superado, y ella querría poder decir lo mismo de su pasado.

–¿Sabes dónde están mis maletas? Tengo en ellas el resto de mi ropa y mis cosas. ¿Seguirán en la casa donde me secuestraron? –inquirió incómoda.

–Trataré de averiguarlo mañana por la mañana –le contestó Raj.

–¡Pero es que no tengo ni un cepillo de dientes! –protestó Zoe.

Aferrarse a las trivialidades era más fácil que lidiar con sus inseguridades en la situación en la que se hallaba.

–Yo te proporcionaré uno –le dijo Raj en un tono tajante.

Zoe tragó saliva y una profunda exasperación se apoderó de ella. ¿Qué se suponía?, ¿que tenía que acostarse desnuda y sin quitarse siquiera el maquillaje? No era culpa de Raj que no tuviera sus

maletas, se recordó; no debía pagarlo con él. Lo que tenía que hacer era aceptarlo, se ordenó a sí misma, y volvió al cuarto de baño para quitarse el ornado caftán. Sin embargo, cuando intentó desabrochar la primera de las combinaciones que llevaba debajo, no conseguía alcanzar los minúsculos botones y pronto empezaron a dolerle los brazos y a empapársele el rostro de sudor. Azorada, regresó al «dormitorio». Raj, que estaba hablando por el móvil, se despidió de la persona con quien estaba hablando, colgó y la miró interrogante.

–Me temo que necesito tu ayuda con todos estos botones –murmuró Zoe vergonzosa, girándose un momento para señalarle los botones de la espalda–. No quiero hacerles un jirón a estas combinaciones…

–Eso sería muy embarazoso –apuntó Raj yendo junto a ella–. Parecería que te las había arrancado yo.

Zoe, cuya respiración se había tornado agitada, se volvió para que pudiera desabrochar los botones.

–Lo que no entiendo es por qué quien hace estas combinaciones le pone todos esos botones minúsculos en un sitio tan difícil –se quejó.

–Es que se supone que no tienes que quitártelas tú –le explicó Raj.

Zoe se estremeció por dentro cuando notó que empezaba a desabrochar los botones. Nunca había dejado que un hombre se le acercara tanto, y menos que la desvistiera.

–Se supone que es el novio quien debe quitarle a la novia las combinaciones, y hacerlo despacio y de un modo seductor. Es la tradición.

–Ah –musitó Zoe, sonrojándose aún más.

–Debe haber sido cosa de Ayshah, porque ya hay pocas novias que las lleven el día de su boda –añadió Raj en un susurro. Le bajó la primera combinación por los brazos para dejarla caer a sus pies, y comenzó a desabrochar la segunda–. Y es una lástima.

–Ya. Vamos, que es como la versión nupcial del baile de los siete velos o algo así, ¿no? –murmuró Zoe nerviosa, y contrajo el rostro por la tontería que acababa de decir.

Raj puso los ojos en blanco y apretó los dientes. Quitarle aquellas combinaciones de seda estaba poniendo a prueba su capacidad de autocontrol. La piel de Zoe relucía a través de la fina tela, y el aroma que desprendía, a rosas y almendras, era increíblemente femenino y seductor. Le bajó también la segunda combinación, la dejó caer y se apartó, cuidándose mucho de no

mirarla ahora que solo la cubría la última combinación. Sería una tentación demasiado grande.

Al notar que se había detenido y apartado de ella, Zoe se giró.

–No quiero dormir con esto puesto –murmuró incómoda–. Estas combinaciones son muy preciadas para tu madrastra. Me las pusieron con tanto cuidado como si fueran de oro.

–No es mi madrastra –la corrigió Raj con aspereza–, es la primera esposa de mi padre.

–Ah, sí, es verdad, perdona –se disculpó Zoe. Parecía que le había tocado la fibra sensible al referirse a la reina Ayshah como su madrastra, pero es que no estaba muy informada de las complejas relaciones de las familias polígamas–. Pero ¿qué voy a ponerme para dormir?

Raj se vio obligado a mirarla, y al hacerlo se quedó paralizado. Era tan ingenua que tuvo que tragar saliva para contener la respuesta impaciente que le habría espetado. Aquella combinación casi transparente no dejaba demasiado a la imaginación.

Se traslucían sus pequeños senos, los pezones sonrosados y los pálidos rizos de su pubis. Raj tragó saliva.

–Te prestaré algo mío –le dijo. Su voz sonaba ronca.

–Siento causarte tantas molestias –murmuró Zoe.

Raj fue hasta un rincón, donde había una bolsa de viaje, la abrió y se puso a rebuscar en su interior.

–No he traído mucha ropa porque no pensé que me fuera a quedar mucho tiempo –le dijo con un suspiro.

Finalmente sacó unos boxers y se acercó para tendérselos. Zoe los tomó, ansiosa, y se dio la vuelta.

–¿Puedes desabrocharme los botones? –le pidió–. Ya no te daré más la lata.

Raj reprimió un gemido y sus ojos se posaron en las dulces curvas de sus nalgas. Su imaginación se disparó de nuevo, y sintió una punzada de deseo en la entrepierna. Desabrochó torpemente el primer botón, pensando en cuánto le gustaría arrojarla sobre la cama y enseñarle las consecuencias de atormentar así a un hombre. Sin embargo, no pudo evitar sonreír con sorna porque era evidente que ella no se daba cuenta del efecto que tenía en él. Además, jamás tocaría a una mujer que le había dejado tan claro que no quería que la tocara. De hecho, nunca se había encontrado con una mujer menos consciente de su poder de seducción sobre un hombre, y aunque al principio le había parecido una novedad agradable que no flirteara con él ni lo lisonjeara, su ingenuidad estaba empezando a hacerle cada vez más difícil resistirse a sus encantos.

–Ya está, ya puedes ir a cambiarte –le dijo.

Al oír lo tensa que sonaba su voz, Zoe se volvió y vio que había un brillo irritado en sus ojos negros.

–Raj… ¿qué ocurre? –inquirió preocupada.

–¿Puedo ser sincero contigo? –le preguntó Raj.

–Por supuesto que puedes. De hecho, para mí es muy importante que lo seas.

–¿Aunque te haga sonrojar? –inquirió Raj.

–Aunque me haga sonrojar –asintió ella sin vacilar.

–Estás medio desnuda, y eres preciosa –murmuró Raj–. He jurado que no voy a tocarte, pero soy un hombre, y me tientas con tu belleza. No tienes que temer, porque cumpliré mi palabra, pero te agradecería que…

Raj no terminó la frase porque Zoe había huido a toda prisa al cuarto de baño con cara de susto y el rostro encendido.

Separada de Raj solo por la pared de lona de la tienda, más pequeña, que formaba el habitáculo del baño, Zoe se miró en el espejo y enrojeció aún más, muerta de vergüenza. Como hasta ese momento no se había visto en un espejo, no sabía lo transparentes que eran aquellas combinaciones de seda. Decir que estaba «medio desnuda», como había dicho él, era decir poco, cuando se le veía todo.

Raj había dicho que lo tentaba con su belleza. ¿Habría pensado que estaba flirteando con él, que le había pedido que le desabrochara las combinaciones para seducirlo? Esperaba que no. Se quitó la combinación, la dejó con cuidado sobre el arcón y se puso debajo de la ducha, con la esperanza de que el agua fría la calmase un poco. En ese estado no se sentía capaz de volver al dormitorio y mirarlo a los ojos.

Se mantuvo de pie bajo el chorro de agua fría tanto rato como pudo antes de cerrar el grifo y envolverse en una toalla. Raj había sido franco con ella, y se lo agradecía. En adelante tendría que ser más cuidadosa. Por suerte la camiseta que le había dejado la cubría por debajo de las rodillas.

–¿Zoe? –la llamó Raj.

Ella apartó un poco la tela que hacía de puerta del baño para asomar la cabeza, y vio a Raj, que le tendía un neceser.

Cuando se hubo lavado los dientes, ya no le quedó más remedio que volver al dormitorio, pero cuando salió rehuyó su mirada y se metió de inmediato en la cama.

Mientras se daba una larga ducha bien fría, Raj trató de recordar cuándo había sido la última vez que había practicado sexo. De eso hacía semanas y semanas. Debería poner remedio a aquello, se dijo con firmeza. Estaba seguro de que si tuviera relaciones sexuales con más frecuencia no se sentiría tan tentado por la belleza de Zoe.

Sin embargo, hacía años que no tenía relaciones sexuales con regularidad. Últimamente solo tenía relaciones esporádicas, y jamás se quedaba a dormir con las mujeres con las que se acostaba. Había descubierto que las mujeres se hacían esperanzas cuando uno pasaba demasiado tiempo con ellas, y eso a él lo hacía sentirse atrapado. «Una noche y basta», era como se refería a su rutina. No le iban las relaciones serias, ni tener novia, ni tener citas. Nabila lo había empujado a eso. En cambio, Zoe, la esposa a la que no podía tocar, estaba resultando ser todo un reto para él.

Cuando salió del baño, vestido únicamente con unos boxers, Zoe lo siguió con la mirada con unos ojos como platos, admirando los trabajados músculos de su torso aceitunado. Era una obra de arte, pensó aturdida. Le costaba creer que ese pensamiento hubiese cruzado por su mente, y que por primera vez se encontrara admirando la belleza del cuerpo masculino, que hasta ese momento solo le había inspirado temor.

Pero Raj era distinto; Raj estaba en otra categoría completamente distinta con respecto a otros hombres, aunque no sabría muy bien decir por qué. Era uno de los hombres más viriles que había conocido: su aire de distinción, la barba de unos días, su físico atlético… Cerró los ojos con fuerza, puso la mente en blanco y al poco rato sintió que empezaba a quedarse dormida.

La pesadilla que la asaltó ya la había tenido otras veces. Estaba tendida en el suelo de una vieja cabaña, y unos brutos sonreían burlones a su alrededor mientras otro le hacía jirones la ropa con una navaja. Estaba atrapada, y cada vez que gritaba recibía otro puñetazo y tenía unos dolores horribles porque le habían roto un brazo y una pierna, y sospechaba que también varias costillas. Apenas podía ver por lo hinchados que tenía los ojos, pero sí podía oír las cosas depravadas que estaban amenazando con hacerle. Estaba petrificada, perdía y recuperaba la consciencia, sentía náuseas… y fuera había una tormenta con rayos y truenos que intensificaban la sensación de que había caído en el mismísimo infierno.

–No pasa nada, no pasa nada… –oyó que le susurraba una voz–. Estás a salvo.

Se aferró a ella como un bañista que se estuviera ahogando, y dejó que la sacara de aquel mal sueño.

–No… –dijo temblorosa, en un hilo de voz–. Nunca volveré a estar a salvo…

Se oyeron más truenos y dio un respingo al darse cuenta de que sí estaba lloviendo fuera, como la noche en que aquel grupo de bestias casi la había violado.

–No me gustan las tormentas… –murmuró, aferrándose a su cuerpo, cálido y sólido.

–Estabas teniendo una pesadilla. Te oí gimiendo y gritando para pedir ayuda –le explicó Raj–. Llevaba un rato intentando despertarte, y me ha costado.

–La tormenta me ha confundido, y creo que al final es lo que me ha despertado. En mi pesadilla también había una tormenta… solo que no era una pesadilla; es algo que me ocurrió de verdad… Pero hacía años que no soñaba con ello –le explicó Zoe temblorosa–. Lo siento.

–No tienes que disculparte. No podemos controlar nuestros sueños –replicó Raj, apartándose de ella para encender el farol que había junto a la cama.

Zoe abrió mucho los ojos cuando se iluminó la tienda, porque no estaba acostumbrada a encontrarse con un hombre medio desnudo en la cama. Y no había duda de lo viril que era Raj, pensó al ver como se expandían los músculos de su espalda cuando se volvió para alcanzar un vaso con agua.

Cuando se lo tendió, ella lo tomó azorada y se bebió hasta la última gota. No le gustaba lo que le estaba pasando, que saltaran a su mente esos pensamientos calenturientos. Le asustaba el estar tan cerca de Raj y querer tocarlo. ¿Tocarlo? ¿Pero qué locura se había apoderado de ella? ¿Cuándo había sentido el deseo de tocar a ningún hombre?

Y, sin embargo, de repente se imaginaba tocando a Raj, deslizando las manos por la piel dorada y tersa que cubría sus músculos. Apenas había dejado el vaso en el suelo cuando el retumbar de otro trueno la hizo refugiarse de nuevo al abrigo de Raj.

Para este nunca había supuesto un problema encontrarse con una mujer entre sus brazos, pero cuando esa mujer era Zoe, la cosa cambiaba. Al tenerla tan cerca de sí no podía evitar excitarse, pero no se atrevía a bajarse de la cama porque temía que ella se diese

cuenta del motivo, y pensase que no podía confiar en él.

Al saber que esa pesadilla que había tenido, que la había hecho gritar en sueños, pidiendo ayuda y suplicando una y otra vez «no, por favor…», tenía su origen en algo que le había ocurrido en la realidad, lo embargó una ira ciega. ¿Qué le habían hecho a ella, una persona tan delicada e indefensa, para que se hubiese visto obligada a suplicar, con un miedo y una desesperación tan palpables?

La rodeó con sus brazos y le susurró palabras tranquilizadoras mientras se esforzaba por refrenar aquellos impulsos de los que le parecía que debería avergonzarse.

–¿Te violaron? –le preguntó en un tono áspero por la rabia que lo inundaba ante la sola idea.

Zoe dio un respingo y se estremeció antes de alzar la vista hacia él.

–No, tuve suerte. Me dieron una paliza y pretendían violarme, pero me rescataron antes de que eso ocurriera.

Raj enarcó las cejas.

–¿Suerte? –repitió, aturdido por lo que acababa de oír, pero también halagado de que le hubiera confiado ese terrible secreto.

Zoe se rio y esbozó una sonrisa espontánea.

–Sí, mucha suerte. Soy una superviviente.

Aquella sonrisa tan hermosa e inesperada fue más de lo que Raj podía soportar. Se perdió en sus bellos ojos y agachó la cabeza para tomar sus labios.

Un nuevo trueno retumbó fuera y los relámpagos iluminaron la tienda, pero Zoe no oyó ni vio nada porque la magia de aquel beso la había atrapado, un beso distinto a los que había recibido antes. No, no era la primera vez que la besaban. Durante sus años de universidad se había besado con varios chicos para saber qué se sentía, pero eso había sido todo. Había temido que la invadiera el miedo de haber intentado ir más allá, y que alguno se hubiera enfadado y se hubiera negado a parar.

Cuando Raj deslizó la lengua entre sus labios entreabiertos, una ola de calor que jamás había experimentado afloró entre sus muslos. Le acarició el cabello con las manos, y sintió que los pechos se le hinchaban y que los pezones se le endurecían. Le gustaba el calor que desprendía su cuerpo y el aroma de su piel, una combinación irresistible de colonia y olor a hombre que parecía despertar sus instintos más básicos.

La lengua de Raj acarició la suya, pero luego se retiró, dejándola insatisfecha, con cada terminación nerviosa de su cuerpo en llamas.

Y finalmente la apartó de sí y aspiró tembloroso por la boca mientras la miraba como si fuera la única mujer de la tierra, haciéndola estremecerse por dentro.

–Perdona –murmuró con voz ronca–. He roto la promesa que te había hecho de que no te tocaría.

–Bueno, como verás no me he puesto a chillar, ni he salido corriendo –dijo Zoe.

El abrupto fin del beso la había dejado aturdida, y su cuerpo aún palpitaba de deseo.

Raj apretó los labios, y Zoe vio que sus ojos negros relampagueaban, como si estuviera enfadado consigo mismo.

–No voy a escudarme en ninguna excusa, y puedo asegurarte que no volverá a ocurrir. Duérmete, Zoe; no voy a hacerte nada.

Como no tenía otra elección, Zoe le dio la espalda y se acurrucó bajo las sábanas. No podía culparlo de cómo se sentía. Ella le había dicho que el sexo no le interesaba, le había expresado su temor, él le había jurado que no la tocaría, y era normal que estuviese enfadado consigo mismo por no haber mantenido su palabra. Algo le decía que era algo que no solía pasarle, y que probablemente despreciaba a quienes eran incapaces de cumplir sus promesas. Pero le había advertido que la encontraba atractiva, y que la situación en la que se encontraban le haría difícil resistirse.

Sin embargo, era la primera vez en su vida que deseaba a un hombre, y era poco probable que fuese a olvidar el deseo y la agitación que había desatado en su interior. De hecho, pensó avergonzada, la tentación había sido más fuerte para ella que para él, porque había sido Raj quien había echado el freno.

Ella, en cambio, habría querido atraerlo de nuevo hacia sí y hacer que siguiera besándola. Y no solo eso, porque en su subconsciente sabía que habría querido más que eso. No sabía cómo ni cuándo había pasado, pero sentía que por fin estaba preparada para probar el sexo, para experimentar. Sin embargo, en el acuerdo al que habían llegado no había sitio para el sexo, sobre todo cuando se suponía que aquel matrimonio solo estaba destinado a durar unos meses.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Raj no estaba, pero vio una de sus maletas cerca de la cama. Se levantó con una sonrisa aliviada y fue a abrirla antes de ir a lavarse. Unos minutos después, ya vestida, con una camiseta, unos pantalones de algodón y unas sandalias, al volver al «dormitorio» la esperaba allí el desayuno. Se

lo comió todo con gran apetito, y cuando salió de la tienda se encontró con una explosión inesperada de color: un campo de flores se extendía ante sí, y avanzó maravillada por aquel despliegue en un paraje tan aparentemente inhóspito.

–¡Zoe, quédate donde estás! –le gritó Raj, irritado al verla salir sin la menor protección.

Zoe, que se había acuclillado para ver mejor las flores, de color rosa, malva y púrpura, levantó la vista contrariada.

–¿Por qué?, ¿qué pasa?

Raj, en vaqueros y camiseta, y con el cabello negro brillando al sol, avanzaba a zancadas hacia ella, aplastando las flores, claramente insensible a la belleza del paisaje. Al llegar junto a ella, la alzó en volandas, y soltó un improperio en árabe.

–¿Pero qué calzado llevas puesto? –la increpó con incredulidad.

–¡Sandalias! –exclamó ella–. ¿Por qué?, ¿qué es lo que pasa?

–Estabas al lado de un *asphodelus fistulosus* –masculló Raj–. ¡Debajo de esos macizos de flores suele haber escorpiones y serpientes! Cuando vayas a salir tienes que ponerte zapatos cerrados que te protejan.

–Lo siento; no lo sabía –balbució Zoe, sorprendida por sus conocimientos de Botánica–. Es que las flores me parecieron tan bonitas…

Mientras la llevaba dentro de la tienda, Raj pensó que jamás olvidaría esa imagen de ella en medio de ese mar de flores, el rubio cabello cayéndole hasta la cintura, resplandeciente como platino bruñido, y cómo lo había mirado, aturdida, con esos enormes ojos verdes, cuando la había alzado en volandas.

Obviamente había actuado de esa forma imprudente porque lo había hecho sin pensar, sin ser consciente de que estaba en un entorno que podía ser muy hostil. Pero su deber era cuidar de ella, protegerla. Y esa responsabilidad de pronto le parecía una carga muy pesada, porque hasta entonces jamás había sido responsable de otra persona.

Ni quería serlo, se dijo con firmeza. Por eso cuidaría de ella lo mejor que pudiera, pero sin olvidar que no era su esposa de verdad. Aquel matrimonio no era más que algo temporal. Se mantendría frío como el hielo, inmune a sus encantos. No iba a permitir que se complicasen las cosas entre ellos. Se había puesto unos límites muy estrictos y tenía intención de respetarlos, reservando sus más tiernos sentimientos, si es que alguna vez pudiera volver a experimentar esa clase de emociones, para la que fuera su verdadera esposa en un

futuro. No iba a dejarse llevar por la atracción que sentía por Zoe, por muy adorable que le hubiese parecido entre las flores.

Tenía el suficiente sentido común para guardar las distancias con ella; ya había aprendido la lección con Nabila, se dijo con amargura.

Además, que fuera inocente no implicaba que fuera virgen. ¡Jamás volvería a creer la palabra de una mujer a ese respecto! El que una mujer fuera adorable no significaba que se pudiera confiar en ella. Nabila le había dicho una mentira tras otra, y él había sido incapaz de darse cuenta. No, que una mujer fuera adorable no significaba que fuera digna de su amor. «Adorable» era una palabra que debería borrar de su vocabulario porque enamorarse de la mujer equivocada le había hecho mucho daño y no tenía la menor intención de cometer otra vez el mismo error.

Capítulo 5

TRAS un trayecto de apenas una hora en helicóptero estaban de regreso en palacio. Cuando Zoe cruzó la antigua entrada porticada, se sintió como si se hubiese transportado a otro mundo y otra época. Estaban en un vestíbulo inmenso, con columnas y paredes cubiertas con elaborados mosaicos, donde se habían congregado decenas de sirvientes, algunos de ellos con lágrimas en los ojos, para darle la bienvenida a su príncipe heredero, que por fin había vuelto a su hogar.

Visiblemente azorado por sus lisonjas, Raj les dio las gracias y se adentró con Zoe en el edificio mientras los seguía un pequeño séquito.

–Por desgracia mi padre ha dado orden de que se nos aloje en la parte más antigua del palacio –le dijo Raj a Zoe–. Aunque es donde han estado siempre los aposentos del príncipe heredero, así que tampoco puedo culparlo por seguir la tradición.

–¿Por qué «por desgracia»? –inquirió ella intranquila, aunque no podía dejar de admirar, maravillada, cuanto la rodeaba.

Estaba fascinada por los exóticos patios con árboles y plantas que había visto desde las escaleras, las magníficas vistas del desierto que se divisaban por las ventanas, la mampostería, las cúpulas y los guardias de palacio, vestidos como si hubieran salido de un cuadro medieval, con sus uniformes y sus cimitarras. El palacio era justo como había imaginado que sería, pero aún más grandioso y misterioso.

–Porque nos han preparado un dormitorio que tendremos que compartir –le explicó Raj, y apretó la mandíbula–. No podrás tener mucha intimidad.

–Nos las arreglaremos –replicó Zoe, con una despreocupación que habría creído imposible antes de conocerlo.

Sabía que podía confiar en él, que jamás intentaría forzarla, aunque no sabría explicar por qué tenía esa fe en él. Tal vez porque la noche anterior le había mostrado empatía, ternura y amabilidad.

–Es muy generoso por tu parte que digas eso, pero va en contra de nuestro acuerdo –apuntó Raj.

–¿Qué le vamos a hacer? –murmuró Zoe. Le faltaba el aliento porque iba intentando seguirle el paso por los largos pasillos y las escaleras–. ¡Madre mía!, esto es enorme…

–Sí, pero no cuenta con demasiadas comodidades modernas –repuso él.

Abrió una puerta antes de que un sirviente pudiera hacerlo por él, y la hizo pasar a una amplia estancia con una cama en una esquina.

–Bueno, pero espacio desde luego no nos va a faltar –insistió Zoe, empeñada en ver el lado positivo de las cosas.

Vio que el resto de sus maletas ya estaban allí esperándola, junto con la que le había entregado Raj en el campamento. Una de las doncellas que los habían seguido empezó a deshacer su equipaje, mientras Raj se paseaba por la enorme alfombra persa que cubría el suelo, como un león enjaulado, buscando algo más de lo que quejarse.

Zoe abrió una puerta que había en la pared y descubrió que era un enorme vestidor.

–Estos aposentos no los ha usado nadie desde que los ocupó mi padre hace unos cincuenta años –le explicó Raj–. Como puedes ver, porque no se ha hecho ninguna reforma desde entonces.

–¿Tú no los usaste mientras vivías aquí?

–No. La costumbre es que, mientras no se case, el heredero viva en la parte del palacio que ocupa el rey.

Zoe entró en el cuarto de baño. Era tan grande que resultaba ridículo, y tenía un techo de bóveda decorado con azulejos de estrellas. Sin embargo, aparte de los sanitarios, pegados a las paredes, se veía un poco desangelado.

–Bastaría con poner algún mueble –le dijo a Raj con buen ánimo–. Podríamos poner un diván en el centro, y yo me tumbaría en él a comer uvas, como Cleopatra.

Los ojos negros de Raj se posaron en ella, y su intensa mirada hizo que sintiera en el vientre un ligero temblor y después calor.

–¿Desnuda?

–Si eso es lo que te excita… –murmuró ella.

Lo había dicho por seguirle la broma, pero no pudo evitar sonrojarse y tuvo que apartar la vista cuando se encontró imaginándose tendida desnuda en un diván allí mismo para deleitarle la vista. Era una fantasía ridícula, se reprendió. Su figura

no era particularmente sexy; apenas tenía curvas.

Raj se contuvo para no especificar que para excitarlo le bastaría con verla desnuda, ya fuera tumbada en un diván o donde fuera. Nada de flirtear con ella, se ordenó, nada de tonterías.

–Luego te presentaré a algunos de nuestros empleados –le dijo.

–¿Empleados? –repitió ella nerviosa.

–Principalmente mi equipo de relaciones públicas, aunque tú tendrás tu propia secretaria, que te mantendrá informada de los eventos y todo lo demás. Mi padre quiere que concedas una entrevista al periódico más importante del país.

Zoe se quedó paralizada.

–¿Una… entrevista?

–Solo tendrías que contarles cómo te sientes al estar en la tierra natal de tu abuela y a punto de que se celebre la boda de estado. Mi equipo te aconsejará y estará a tu lado durante la entrevista. También tenemos una estilista que te ayudará a elegir un vestido apropiado para la ceremonia y ropa nueva.

–Pero es que ya he traído conmigo el vestido de novia y mi propia ropa –lo informó ella.

–Sería de mal gusto que ese día llevaras un vestido que compraste para casarte con mi tío –le contestó él.

Zoe no comprendía qué importancia tenía eso.

–¿No te parece que estás siendo algo puntilloso?

Raj la miró con el ceño fruncido.

–No. Sé lo que quiero y lo que no quiero. La idea de que lleves un vestido que compraste pensando en otro hombre me ofende.

Parecía que era más sensible de lo que había pensado, se dijo Zoe, y se puso a ayudar a la doncella a guardar su equipaje.

–En los próximos días estarás muy ocupada escogiendo el vestido para la boda y los complementos –le dijo Raj, alejándose hacia la puerta del dormitorio.

–¿Puedo usar tu móvil unos minutos? –le pidió Zoe, yendo tras él antes de que se fuera–. Tengo que recargar la batería del mío y querría hablar con mis hermanas y mi abuelo.

–Por supuesto –respondió Raj. Lo sacó del bolsillo y se lo tendió–. Nos vemos luego.

Le habría gustado que se quedara, pensó Zoe cuando se hubo marchado. Claro que una cosa era lo que podía esperar de él, dentro de unos límites razonables, y otra ser tan ingenua como para pensar que Raj iba a permanecer en todo momento a su lado, como un marido protector y solícito cuando en el sentido estricto de la

palabra en realidad no lo era.

Pero sí estaba ofreciéndole lo que ella necesitaba y ansiaba: una oportunidad para demostrarle a sus hermanas que podía valerse por sí misma durante unos meses en los que Raj y ella convivirían, pero manteniendo las distancias. ¿Por qué de repente aquel acuerdo ya no le parecía tan bien? ¿Por qué ahora la actitud de Raj se le antojaba como un rechazo hacia ella? Apartó esa extraña idea de su mente. Tenía que dejar de darle tantas vueltas a todo antes de volverse loca.

A su abuelo lo alegró mucho su llamada, quiso que le asegurara que Raj estaba tratándola debidamente, y le dijo que por supuesto asistiría a la boda. El orgullo que notó en su voz cuando dijo «boda de estado» fue tal, que Zoe reprimió un suspiro y puso los ojos en blanco. Winnie y Vivi, en cambio, no se tomaron tan bien lo del «cambio» de novio.

–Es mucho más joven que ese vejestorio con el que te ibas a casar –observó Vivi cuando habló con ellas–. Ten cuidado si ves que se toma demasiadas confianzas contigo; puede que tenga segundas intenciones –le advirtió.

Y cuando ella replicó, diciéndole lo amable y considerado que había sido Raj con ella, Winnie resopló y contestó:

–Es un príncipe, el futuro rey. Seguro que es un engreído. Además, he estado buscando información sobre él en Internet… y he visto que es increíblemente guapo. Así que cuídate, no vaya a intentar cambiar los términos de vuestro acuerdo.

Pero cuando Zoe se fue a la cama esa noche, seguía sin parecerle que fuese un engreído, o que fuera a intentar de cambiar los términos de su acuerdo. Hacía unas horas se había unido a ella para la cena en el patio privado de sus aposentos, y cuando habían terminado se había excusado diciendo que tenía que atender unos asuntos de trabajo.

A Zoe esa tarde le habían tomado medidas para hacerle ropa nueva, había estado mirando catálogos con la estilista para mostrarle cuáles eran sus preferencias… y al final del día estaba tan cansada que, en vez de quedarse a esperar a que volviera Raj, había decidido irse a dormir.

Raj trabajó hasta tarde y acabó durmiendo en el sofá del estudio porque le parecía la opción menos arriesgada. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza aquello de lo que había estado bromeando con Zoe: ella tendida desnuda en un diván. Y a las cuatro de la mañana se encontró mirando divanes en tiendas de muebles en Internet con su teléfono móvil, decidido a comprar uno

costase lo que costase. Gruñó de pura frustración por el conflicto que aquello le generaba. No quería complicaciones, pero le resultaba tan difícil controlar la atracción que sentía… ¿Por qué diablos iba a comprar ese diván?, se increpó. Y, sin embargo, al llegar a la foto de uno de color púrpura y se la imaginó allí tendida… ¡No!, se increpó de nuevo, nada de divanes, ni de flirteos, ni de sexo, se dijo con firmeza, y guardó el móvil.

–Para ser los aposentos del príncipe heredero, dejan un poco que desear –observó Vivi, antes de resoplar con desdén.

Zoe se mordió la lengua para no responderle mal. Su hermana había estado haciendo críticas como esa desde su llegada a palacio la noche anterior, y su actitud estaba empezando a irritarla.

–Pues a mí me parecen muy confortables, y Raj me ha dicho que puedo hacer que trasladen aquí muebles de otras estancias que no se utilizan o comprar muebles nuevos. Pero no creo que unos muebles modernos pegasen aquí. Además, tampoco he tenido tiempo de hacer ningún cambio, con todo el jaleo de la boda.

–Pero es que ese baño tan monstruoso es ridículo –opinó Vivi.

–Es que el rey no quería que se hiciera ninguna reforma estructural en el edificio. Quiere que se preserve el palacio tal y como era cuando él subió al trono, y lo entiendo. Es un edificio muy antiguo y con mucha historia, y él se siente más como su custodio, alguien que debe cuidarlo para las generaciones venideras, que como el amo y señor con derecho a hacer lo que le plazca –apuntó Zoe.

–En fin, por lo menos te veo con más confianza en ti misma, y eso es bueno –dijo su hermana mayor con cariño–. Y encima estás concediendo entrevistas a la prensa y todo. Jamás pensé que llegaría el día en que te vería hacer cosas así.

–Bueno, lo de la entrevista no fue tan difícil –replicó Zoe–. El equipo de relaciones públicas de Raj se encargó de desviar las preguntas demasiado personales y me aconsejaron qué ponerme y todo lo demás.

–Pero has escogido tú misma el vestido de novia –apuntó Winnie, mirándola de arriba abajo.

El ligero vestido de tul tenía mangas largas y un escote recatado, y estaba adornado con elaborados bordados, apliques de cristal y perlas. Además, le sentaba como un guante.

–Es muy chic –añadió.

–Deja de cambiar de tema, Winnie –la cortó Vivi, ansiosa por

dejarse de cháchara e ir a lo verdaderamente importante: proteger a Zoe–. Sabes que estás tan preocupada como yo; hablamos de ello anoche.

–Lo sé, pero no vamos a hablar más de ello –replicó Winnie, lanzándole una mirada implorante a su apasionada hermana–. Zoe tomó la decisión de hacer esto y ya está hecho; ya están casados.

–Sí, ¡y comparte dormitorio con él en un palacio del tamaño de una ciudad pequeña! –la interrumpió Vivi, que veía con suspicacia todo aquel asunto–. ¿Cómo podría defenderse de un tipo que es casi dos veces más grande que ella si intenta forzarla?

Los tintes que estaba adquiriendo la conversación hicieron palidecer a Zoe.

–Eso no va a pasar. Y Raj no duerme en la misma habitación que yo. No hemos compartido la cama. Además, la situación nos pilló desprevenidos, y Raj se disculpó por que no me hubieran dado una habitación para mí sola.

–Pues a mí me parece que ese Raj tiene el aspecto de un sofisticado depredador –apuntó Vivi, diciendo por fin lo que pensaba de verdad.

A pesar de su atractivo y de su voz aterciopelada, lo veía como una amenaza a su frágil e inocente hermana pequeña. ¿Cómo podría no ser un donjuán un hombre tan apuesto y rico? El intento de violación que había sufrido Zoe casi la había destrozado, y Vivi no quería que su hermana pudiera verse abocada a una situación que la alterase.

–No es un depredador –replicó Zoe–. Hasta ahora ha sido muy amable conmigo, cortés y considerado.

–Déjalo, Vivi –intervino Winnie–. Lo único que conseguirás es hacer que sienta aún más presión de la que ya tiene.

A Zoe le temblaba un poco la mano cuando se retocó los labios con la barra de carmín. La enfurecía que Vivi hubiera dicho de Raj que era un depredador cuando apenas lo había tratado una hora, durante la cena formal que el palacio había ofrecido la noche anterior. Su abuelo, en cambio, había admitido a regañadientes que estaba impresionado con Raj, y le había alegrado oírle decir que, al contrario que los maridos de sus hermanas, a Raj nunca lo habían tachado de mujeriego.

Cada vez que se movía, la luz arrancaba destellos de las joyas que llevaba. Raj había hecho que le llevaran a su habitación varios estuches con una tiara, un collar y unos pendientes, todos de diamantes. Como no había tenido ocasión de preguntarle, no sabía si pertenecían a su familia o los había comprado específicamente

para la ocasión. Apenas lo había visto en esas dos semanas, tras su llegada a palacio. Cenaban juntos todas las noches, pero se comportaba de un modo muy formal y distante, y no sabía cómo abrir una brecha en ese muro que había levantado entre ellos.

Y aunque lo había intentado para que el ambiente cuando estaban juntos fuera más distendido, Raj permanecía distante y excesivamente educado. Su actitud la frustraba enormemente. No sabía por qué se comportaba así, ni qué le pasaba por la cabeza cuando estaba con ella. El Raj cálido y cercano parecía haberse desvanecido, como si nunca hubiera existido.

Sin embargo, poco podía imaginar que el rey estaba aún más frustrado con la actitud de Raj…

–¡Cualquier hombre en su sano juicio querría retener a una mujer así a su lado! –increpó el rey Tahir a su hijo, que lo miraba impasible.

–Pero no es mi intención –replicó Raj sin alzar la voz–. Y lo sabías cuando acordamos este matrimonio.

–Pero si es una chica preciosa y encantadora… Todos los que la han conocido hablan maravillas de ella. Sería un activo de un valor incalculable para ti con su carácter y su linaje –contestó su padre resoplando–. ¿Y por qué estás durmiendo en el estudio cuando tienes a una esposa tan bella en tu cama? ¿Es que has olvidado cómo se corteja a una mujer?

Raj apretó los dientes irritado.

–Zoe solo accedió a un matrimonio temporal, y me atendré a ese acuerdo, igual que pienso atenerme al acuerdo al que llegué contigo.

El rey se paseó arriba y abajo y se hizo un pesado silencio, un silencio en el que se palpaban las diferencias sin resolver entre ambos, y el poso de resentimiento que con frecuencia caracterizaba sus encuentros. Al anciano le costó un buen rato retomar la conversación.

–Yo amaba a tu madre. Sé que no era feliz conmigo, pero la amaba muchísimo, y que se quitara la vida me dejó destrozado –masculló–. Tengo que vivir con mis errores y mis lamentaciones, pero sigo dándole gracias a Dios por el tiempo que pude compartir con ella.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Raj tragó saliva, sorprendido por aquella confesión. No sabía que su padre había amado a su madre, pero sí recordaba que, tras su muerte, su padre había vivido como

un ermitaño durante más de un año. Ahora comprendía que no había sido tanto por un sentimiento de culpa como por el dolor que lo había embargado, y esa nueva perspectiva del pasado disminuyó un poco el trauma que le había causado aquella pérdida.

Sin embargo, por irónico que fuese, aquello no disipó su pesadumbre. Iba a celebrarse una boda de estado, pero para él no había nada que celebrar. Iba a casarse con una mujer muy hermosa por la que se sentía atraído en todos los niveles, pero que después de unos meses se separaría de él.

Su madre lo había abandonado al quitarse la vida, Nabila lo había traicionado, y Zoe… No, ¿acaso no había estado él de acuerdo en aquel matrimonio de conveniencia?, se recordó, irritado consigo mismo. Era él quien había escogido ese camino y, cuando Zoe hubiera salido de su vida, se alegraría de recobrar su libertad.

La ceremonia fue tan solemne y tan formal, que a Zoe le dolían las mejillas de obligarse a sonreír. Además, la agobiaba ser el centro de todas las miradas, pero trataba de no obsesionarse con eso, porque era natural que en una boda todo el mundo mirase con lupa a la novia. En vez de pensar en eso se recordó lo afortunada que era de que hubiesen ido a darle su apoyo su abuelo, sus hermanas y los maridos de estas.

Era una lástima que, por la formalidad del evento, sus hermanas hubieran decidido que sería mejor dejar en casa a sus hijos, que aún eran muy pequeños. Sabía que Teddy, el hijo de Winnie, era un niño muy vivaz y su hijita de lo más traviesa, y los gemelos de Vivi no aguantaban mucho tiempo sentados y quietos, pero le daba pena no haber podido verlos porque le encantaban los niños y dudaba que ella fuera a tener nunca hijos.

Sin embargo, que se sintiera atraída por Raj y que hubiera disfrutado con aquel increíble beso le hacía pensar que tal vez aún hubiera esperanza para ella. Quizá algún día, después de todo, tendría una relación, como cualquier mujer normal, y tal vez traería al mundo a uno o varios hijos a los que daría todo su amor.

Lo que había descubierto sobre sí misma desde su llegada a Maraban la había convencido de que quedarse en el país de su abuela había sido lo mejor para volver, por así decirlo, al mundo de los vivos. Ahí fuera había todo un mundo por explorar, y por primera vez en muchos años se sentía llena de esperanza y optimismo.

Pero ahora tenía que centrarse en el banquete, seguir sonriendo,

y lidiar con Raj, que, por el contrario, no se había esforzado en fingir una sonrisa en todo el día. O, si lo había hecho, habría sido cuando ella no estaba mirándolo. En algún momento tal vez había asomado una media sonrisa a sus sensuales labios, pero nunca una sonrisa auténtica; ni siquiera durante el tenso y formal posado para el fotógrafo.

Sin embargo, Raj era el hombre del momento. Era evidente que los muchos invitados importantes que habían acudido al enlace celebraban el regreso del príncipe heredero: otros miembros de la realeza, magnates de los negocios, diplomáticos y celebridades locales. Su popularidad era innegable.

Ya había cumplido con la reina Ayshah que, valiéndose de Farida para que le tradujera, había hecho pasar mucha vergüenza a esta al pedirle que le explicara cómo debía comportarse para ser una buena esposa. Cualquier feminista se habría puesto negra al oír esas reglas tan anticuadas y machistas, pero la anciana reina se había criado en un mundo muy distinto en el que la felicidad y la vida de una mujer dependían enteramente de su capacidad de retener el favor de su esposo.

Por fortuna Raj no sería su marido por mucho tiempo, pensó Zoe minutos después, cuando se excusó para ir al cuarto de baño y refrescarse un poco. Sin embargo, al entrar en la enorme antesala que hacía las veces de tocador, se encontró con que había allí sentada una joven que se levantó cuando la vio llegar.

–Alteza, ¿podría hablar con usted un momento? –inquirió.

Tenía uno de los rostros más hermosos que había visto jamás: una piel tersa y perfecta, unos ojos castaños almendrados, unas pestañas espesas, una nariz de corte clásico y unos labios carnosos.

Vestía un sofisticado traje de chaqueta y falda que resaltaba su esbelta figura. La falda le llegaba a los tobillos, por respeto a las costumbres locales de decoro en el vestir. El tono dorado pálido del conjunto resalta su tez aceitunada y su melena negra rizada.

–Soy Nabila Sulaman –se presentó en un tono quedo–. Fui novia de Raj, y me imagino que sabrá que nuestra relación no terminó muy bien.

Completamente desconcertada, Zoe solo acertó a asentir vacilante mientras se preguntaba por qué aquella mujer podría querer hablar con ella.

–Dirijo una de las constructoras de su abuelo, y ha sido él quien me ha traído, junto con otras personas que trabajan para él. Como comprenderá, de otro modo no me habrían invitado –admitió Nabila, desconcertándola aún más–. Estoy muy centrada en mi

carrera, y no quiero que los errores de mi pasado salpiquen mi futuro ahora que he vuelto a Maraban para trabajar. Mis padres sufrieron mucho con todo lo que pasó. Mi padre es diplomático, y desde que pasé a engrosar la lista negra de la casa real no lo han tomado en cuenta para ningún ascenso. Me dirijo a usted porque ha pasado mucho tiempo desde entonces, y tenía la esperanza de que pudiera persuadir a Raj para que enterraran el hacha de guerra.

Zoe contrajo el rostro.

–Lo siento, pero no creo que sea la persona adecuada para interceder por su padre y por usted. Yo no me meto en la vida de Raj, y él no se mete en la mía.

–Vaya, parece que se ha vuelto muy moderno –apuntó Nabila con una sonrisa divertida, sacudiendo la cabeza–. En fin, creo que debería saber que estoy a cargo del Proyecto Josias como directora de Major Holdings y que eso significa que Raj y yo trabajaremos juntos muy pronto. Por favor, coménteselo. Yo me voy ya.

–Pero es que Raj está aquí; podría decírselo usted misma –apuntó Zoe.

–No, no quiero ponerlo en un aprieto, y menos delante de tanta gente –replicó Nabila–. Además, no nos hemos visto desde que rompimos.

–Ah –murmuró Zoe.

Y antes de que pudiera decir nada más la elegante Nabila se dio media vuelta y se marchó. Zoe se quedó allí de pie, pensativa. Nabila era una mujer de éxito, guapa, inteligente… y también la mujer a la que Raj había amado una vez y con la que había tenido intención de casarse. Pero de eso hacía mucho tiempo; ocho años, se recordó; una eternidad.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en aquel encuentro, y cuando volvió al salón del banquete se dirigió a donde estaba su abuelo para preguntarle su opinión sobre aquella mujer.

–¿Nabila Sulaman? Es un hueso duro de roer, y muy ambiciosa –le dijo Stam–. Claro que de otro modo no habría llegado tan lejos en el mundo de la construcción. ¿Y dices que fue novia de Raj? –repitió torciendo el gesto–. Si lo hubiera sabido, no la habría traído con mi equipo.

–Bueno, no es que a mí me moleste –se apresuró a asegurarle Zoe.

En ese momento aparecieron sus hermanas y tuvo que contarles también lo que había ocurrido.

–¡Qué mujer más descarada! –exclamó Vivi–. Ojalá hubiera estado contigo; le habría dicho cuatro cosas. ¿Es que no has

aprendido nada de nosotras?

Zoe parpadeó, contrariada por la exasperación de su hermana.

–¿A qué te refieres?

–Pues a que con las ex no se debe tener ningún trato. Y mucho menos darles información… Es que… ¡por Dios!, ¿cómo se te ha ocurrido decirle eso de que Raj y tú no os metéis en la vida del otro? –la increpó Vivi–. ¿Te parece que eso suena normal? A una ex siempre hay que hacerle creer que lo vuestro es el romance del siglo.

–Venga ya, Vivi… –intervino Winnie–. Zoe no tiene que fingir si no quiere. Es un matrimonio de conveniencia. Para ellos no es algo personal como lo pueda ser para ti o para mí.

Zoe palideció. No, no era personal, se repitió con firmeza, porque, a diferencia de sus hermanas y sus maridos, antes de casarse no había habido una relación previa entre Raj y ella.

Sin embargo, la verdad era que le habría gustado estrangular a Nabila por haberle hecho daño a Raj, y aquella reacción la tenía completamente descolocada. De eso hacía mucho tiempo, se recordó de nuevo. Y Raj era perfectamente capaz de cuidar de sí mismo.

Cuando las celebraciones casi habían acabado, Zoe subió a sus aposentos para cambiarse y ponerse algo más cómodo para el viaje de luna de miel. Estarían fuera dos semanas, lejos del escrutinio de los demás, y estaba impaciente por que se marchasen y poder recobrar así algo de intimidad.

Según parecía la familia real tenía una villa muy confortable en el golfo de lo que antaño había sido el reino de Bania, y Raj le había prometido mostrarle todos los lugares hermosos de la patria de su abuela, donde el paisaje era más verde y menos árido.

Se puso una falda y una camiseta y unas sandalias con tacón, de las muchas que tenía pero no se había puesto nunca. Tenía una verdadera pasión por los zapatos.

–Tenemos suerte de poder escaparnos de palacio tan pronto –le comentó Raj cuando se subió a la limusina con ella. Iba en vaqueros y camisa, y tenía el pelo despeinado, como si se hubiese quitado el traje de boda con tanta prisa como ella su vestido de novia–. Si mi padre no hubiera estado tan ansioso como estaba por que nos fuéramos de luna de miel, las celebraciones habrían durado toda la semana.

–Sí, Farida me comentó que por aquí las bodas duran días, aunque para nosotros era la segunda –apuntó ella. Su conciencia le decía que debería contarle lo de Nabila, advertirle que tendría que

trabajar con él en ese proyecto cuyo nombre no recordaba–. Por cierto, en el banquete conocí a tu exnovia, Nabila.

Raj giró la cabeza hacia ella con el ceño fruncido y una expresión intimidante.

–No puede ser; no estaba invitada. Sería otra persona; Nabila es un nombre muy común aquí.

–Según parece vino en el grupo de invitados de mi padre –insistió Zoe–. Es la directora de una compañía que se llama Major Holdings, y me pidió que te advirtiera que tendrías que trabajar con ella en no sé qué proyecto.

–El Proyecto Hospital Josias –masculló Raj. Sus ojos negros relampagueaban–. Pero no necesitaba ninguna advertencia; no soy tan sensible –gruñó.

Y no dijo otra palabra hasta que llegaron al aeropuerto, ni durante el vuelo, ni durante el trayecto hasta la villa en un todoterreno por una accidentada carretera. Aunque le había dicho que no era tan sensible como parecía creer Nabila, por su silencio estaba claro que era como una olla de aceite hirviendo sobre una fogata, pero que reprimía sus emociones con un férreo autocontrol que actuaba como una tapadera. Sin embargo, el saber eso y el admitir que no sabía qué podría estar pensando no la aliviaba en absoluto. Y por primera vez se sintió muy sola estando con Raj.

Capítulo 6

AUNQUE con dificultad, Raj dejó a un lado sus tortuosos pensamientos y se bajó del todoterreno. Como esperaba encontrarse con la enorme casa de los años veinte que había sido el hogar de veraneo de su familia desde su niñez, parpadeó con incredulidad al ver una nueva vivienda mucho más pequeña en su lugar, y llamó al jefe de su equipo de seguridad para preguntarle por aquel misterio. Un par de minutos después se giró hacia Zoe, que también se había bajado del vehículo.

–Parece ser que mi padre hizo que demolieran la antigua casa hace varios años porque se estaba cayendo a pedazos y era demasiado grande como para reformarla –le explicó–. La construyeron tus bisabuelos cuando la familia real de Bania tenía media docena de hijas. Mi familia la usó muy poco después de la muerte de tu abuelo materno. A mi padre le gusta el mar, pero a la reina Ayshah no.

Aliviada de ver a Raj hablándole de nuevo, Zoe le preguntó:

–¿Y tú venías aquí a menudo de niño?

–Cuando era muy pequeño, con mis padres. A mi madre este sitio le encantaba –murmuró, y sus facciones se tensaron–. La recuerdo correteando por la orilla del mar y riéndose. No le preocupaban la etiqueta ni el protocolo, o quién pudiera estar observándola o criticando su comportamiento. Cuando veníamos aquí podía volver a ser una persona normal y corriente, y eso le encantaba.

–¿Normal y corriente? –repitió Zoe.

Raj le dio la espalda para evadir esa pregunta; no le gustaba hablar de los traumas del pasado. Su experiencia contradecía aquello de que las penas compartidas se convertían en medias penas, y siempre prefería correr un tupido velo sobre esos asuntos. Por eso, optó por cambiar hábilmente de tema.

–Mi padre debería haberme dicho que la casa que hizo construir era más pequeña –murmuró, volviéndose de nuevo hacia Zoe–. Como viene aquí él solo puede que únicamente haya un dormitorio.

–¡No empecemos con eso otra vez! –exclamó Zoe, poniendo los ojos en blanco–. Somos adultos; nos las apañaremos. Y si hace falta dormiré en el suelo.

Raj se fijó distraído en cómo le brillaban los ojos a la luz del sol, y le puso una mano en la espalda para guiarla por el sendero de adoquines que llevaba a la casa porque ya estaba oscureciendo y Zoe apenas podía caminar sin tropezarse con esos tacones. La había estado observando todo el día, y la había visto tambalearse varias veces y agarrarse a lo que tenía más cerca para no perder el equilibrio. No sabía si llevaba tacones a menudo, pero era evidente que aún no los dominaba, y el pensar en que pudiera caerse y hacerse daño hacía que le entraran ganas de tirarle a la basura todos esos ridículos zapatos de tacón. Un pensamiento extraño, pensó frunciendo el ceño.

–Sabes que no te dejaría que durmieras en el suelo –le dijo.

–¡Y tú tampoco vas a hacerlo! –le advirtió Zoe cuando ya llegaban a la casa, que tenía un porche encantador y bien iluminado. Dos de sus guardaespaldas se adelantaron para comprobar la seguridad de la vivienda–. Por cierto, ¿dónde has estado pasando la noche todos estos días?

–En mi estudio.

–¿Tienes una cama allí?

–No, pero hay un sofá –contestó Raj, encogiendo un hombro.

–¿Es que me tienes miedo, o algo así? –le reprochó Zoe.

Él iba a responder, pero justo en ese momento reaparecieron los guardaespaldas que se habían adelantado, y le informaron de que todo estaba en orden y podían entrar. A Raj y a ella no les llevó mucho explorar el interior de la vivienda. En la planta inferior había un salón inmenso decorado con un estilo moderno, y una escalera de caracol subía al piso de arriba, donde había un espacioso dormitorio y un cuarto de baño.

–No me puedo creer que no haya una cocina –dijo Zoe cuando volvieron abajo, mirando la piscina a través de las puertas cristaleras del patio–. ¿Cómo nos las vamos a apañar sin cocina? –inquirió, volviéndose hacia Raj.

–Los empleados se alojan en otro edificio detrás de la colina; nos traerán la comida desde allí –le explicó él–. No es muy práctico, pero mi padre lo prefiere así porque cuando viene le gusta poder estar a solas sin que lo molesten.

–Pues no sé tú, pero yo estoy muerta de hambre –le confesó Zoe.

–Llamaré para que nos traigan la cena.

–Estupendo. Entonces subiré a darme una ducha y a ponerme

algo más cómodo –contestó Zoe alegremente.

Ya estaba subiendo las escaleras cuando Raj la llamó.

–Sobre lo que estábamos hablando antes… No es que te tenga miedo, ni pretendía sugerir que temiera que por compartir la cama contigo fueses a intentar seducirme y hacer que rompiera mi promesa –le aseguró–. Pero me enfada que mi padre me esté poniendo tan difícil proporcionarte una habitación propia para que puedas tener intimidad.

–¿Crees que lo está haciendo de un modo intencionado? ¿Por qué iba a hacer algo así? –inquirió Zoe.

Se le habían encendido las mejillas al oírle decir eso de que no había pensado que fuera a intentar seducirlo. No, jamás se atrevería a hacer eso, pero no podía negar que le gustaría que él sí lo intentase porque estaba ansiosa por explorar los sentimientos que despertaba en ella. Era algo completamente normal, se dijo, propiciado por sus hormonas; no tenía por qué avergonzarse por desearlo, o por fantasear con él.

También era mala suerte que se hubiese casado con un hombre tan honorable que estuviese enrocado en cumplir sus promesas y no aprovecharse de la situación. Su único consuelo era que jamás se atrevería a decirle que le gustaría que hiciera todo lo contrario, y así por lo menos se evitaba la humillación de ponerse en evidencia ante él.

Entretanto lo único que podía hacer era deleitarse con la belleza de Raj, con esos hombros anchos, esas caderas estrechas, esas fuertes piernas que atraían su mirada como imanes, esos ojos negros, esas facciones perfectas… No era de extrañar que estuviera obsesionada con él.

Además, Raj había derribado los muros que había levantado en torno a sí para protegerse, haciendo que experimentara sensaciones que jamás había pensado que pudiera llegar a experimentar. Solo que lo había hecho sin pretenderlo, y ahora ella se sentía encorsetada por las reglas del juego que él había impuesto.

–Mi padre cree que nuestro matrimonio no debería ser solo temporal. Confía en que se convierta en algo más que un matrimonio fingido, pero está claro que esos deseos no van a hacerse realidad, por más que eso le decepcione –contestó Raj.

Su franqueza dejó sin palabras a Zoe, que, dolida al oírle asegurar con tanta certeza que aquel matrimonio jamás sería otra cosa que un matrimonio fingido, continuó subiendo las escaleras y

no se detuvo hasta llegar al dormitorio.

Había tantas cosas que no sabía de Raj… Solo algunas cosas acerca de su pasado y que su primer amor lo había traicionado. Bueno, había dado por hecho que Nabila era su primer amor, pero tampoco lo sabía a ciencia cierta. Raj también se había cerrado en banda en el instante en que le había preguntado por su madre; estaba claro que Nabila no era el único tema del que no quería hablar, pensó mientras se duchaba. Y exhaló un pesado suspiro, preguntándose por qué sería que Raj tenía un carácter tan complejo y era tan reservado.

Raj, que estaba trabajando con su portátil en el salón, alzó la vista cuando oyó bajar a Zoe. Llevaba un vestido vaporoso de color pastel que dejaba prácticamente al descubierto sus hombros y tenía una raja que dejaba entrever una pierna. Ni el más severo de los críticos lo habría calificado de provocativo, pero sus pequeños senos rebotaron ligeramente cuando descendió el último escalón, y Raj maldijo para sus adentros al notar que se había excitado. Cada vez le costaba más controlar el fiero deseo que despertaba en él.

Como no le pidiera que se cubriese de la cabeza a los pies sería imposible evitar ese efecto que tenía en él, se dijo con sorna. Y tampoco creía que eso pudiera funcionar, cuando la había visto prácticamente desnuda y ese recuerdo asaltaba su mente en cualquier momento. Apretó los dientes, irritado por lo débil que lo hacía sentirse. Porque desear lo que uno no podía tener era una debilidad, y él llevaba a gala que ese era un error en el que no solía caer.

Nabila había sido su gran error, la clase de error que hacía mella en un hombre de por vida y que le había hecho darse cuenta de que su criterio no era infalible, que a veces la gente mentía y engañaba para conseguir lo que quería, o simplemente para dar una buena impresión y ocultar otros rasgos poco admirables de su carácter. Pero al menos ya no se sentía resentido con Nabila. El tiempo había curado su corazón roto y con los años había aprendido más acerca de la naturaleza humana.

Aun así, la perspectiva de tener que tratar con Nabila, y especialmente en un entorno laboral, rodeados de otras personas, le desagradaba en grado sumo. Y lo ofendía profundamente que Nabila se hubiera atrevido a acercarse a su esposa y presentarse sin más. Había sido de lo más descarado, y no alcanzaba a entender cómo podía haber hecho algo tan inapropiado.

–¡Madre mía… qué montón de comida! –susurró Zoe maravillada, al ver la variedad de platos que había en la mesa baja frente a él, que estaba sentado en el sofá–. No hacía falta que me esperaras; deberías haber empezado sin mí.

–Mujer, algo de educación tengo –murmuró él, mirándola divertido.

–No he dicho que no la tuvieras –replicó ella azorada, sentándose en el sofá de enfrente y tomando un plato para servirse–. Perdona que haya tardado tanto en ducharme. A lo mejor tú querrías haberte duchado también antes de cenar.

Raj cerró el portátil y se puso a servirse también. Habría preferido que se ahorrara esa mención sobre la ducha, porque de repente se encontró imaginando su delicada y curvilínea figura bajo el chorro de agua.

–No pasa nada; me di una ducha antes de que saliéramos de palacio.

–A mí no me dio tiempo, y hacía tanto calor en el coche, a pesar de que llevábamos puesto el aire acondicionado… –comentó ella con un suspiro. Se quedó callada un momento, y luego añadió–: Querría que fueras claro conmigo en ciertas cosas, porque si no lo eres podría meter la pata y decir algo embarazoso a otras personas –era la excusa que se le había ocurrido en la ducha para conseguir hacerle hablar de las cosas de las que no quería hablar–. Háblame de tu madre.

Raj se puso tenso y tragó saliva.

–Mi madre no era nadie a los ojos de la mayoría de la gente. Ayshah y la segunda esposa de mi padre, Fairoz, eran princesas de reinos vecinos, y mi padre se casó con ellas para forjar alianzas políticas poco después de cumplir los veinte años –le explicó–. Como ves, cumplió su deber al casarse para dar continuidad a nuestro linaje, y esperaba lo mismo de mí hace ocho años.

–Pero él creció en un periodo muy agitado de la historia de Maraban, en el que había constantes guerras y conflictos –apuntó Zoe, que había leído sobre ello–. Para ti era distinto, porque tú no habías vivido esas guerras, ni sufrido las privaciones que sufrieron las personas de su generación. ¿Por qué dices que tu madre no era nadie a los ojos de otros?

–Porque era una plebeya, una enfermera. Mi padre tuvo una operación de corazón a los cincuenta y tantos, y estuvo a su cuidado en el hospital.

Zoe sonrió.

–¿Y se enamoraron?

–La verdad es que yo siempre pensé que mi padre la tomó por esposa, aunque ya tenía otras dos, como última esperanza de que una mujer más joven podría darle un hijo –admitió Raj con una sonrisa triste–. Nunca imaginé que pudiera haberla amado… hasta que mi padre me lo confesó hace solo unos días. Me avergüenza el juicio equivocado que hice, aunque, en mi defensa diré que mi madre fue muy infeliz en su matrimonio, y eso es algo que recuerdo muy bien.

–¿Por qué no era feliz? –inquirió ella.

–Imagínate la situación –le dijo Raj con pesar–: dos esposas mayores que ella que no habían podido darle ningún hijo a mi padre, de repente se sentían «amenazadas» por la llegada de la nueva esposa, más joven. No la consideraban digna de respirar el mismo aire que su marido, y cuando al poco tiempo se quedó embarazada, algo que ellas no habían conseguido, los celos y el resentimiento que sentían hacia ella se tornó en odio. La trataron con crueldad, como si fuera basura. Mi padre quería que en su casa hubiera paz, y no se metía en las disputas entre sus esposas. Se limitaba a ignorar los problemas.

–Lo siento mucho –murmuró Zoe.

Raj debía haber sido lo suficientemente mayor como para comprender lo que le estaban haciendo a su madre. Probablemente la tensa relación con su padre y la reina Ayshah se remontaba a esa época.

–Mi madre llegó a tener una depresión tan severa que se quitó la vida con una sobredosis de somníferos. Yo tenía nueve años. Ocurrió aquí, en la antigua casa. Quizá ese fue el verdadero motivo por el que mi padre hizo que la demolieran –reconoció en un tono quedo–. Y eso es todo; ahora ya conoces la infeliz historia de mi niñez.

Zoe alargó el brazo hacia él y le apretó la mano con compasión.

–Gracias por contármelo –susurró–. No habría insistido si hubiera sabido que detrás había una tragedia tan terrible.

–Era una madre fantástica, muy cariñosa, pero pasaron muchos años hasta que fui capaz de perdonarla por haberme abandonado –le confesó Raj con tristeza.

–Yo no recuerdo a ninguno de mis padres. No era más que un bebé cuando murieron en un accidente de tráfico –le contó Zoe–. Atesora los recuerdos que tienes de tu madre e intenta tender puentes con tu padre. Todo el mundo necesita una familia, Raj.

–Yo prefiero no necesitar a nadie. Es mejor ser independiente, en la medida de lo posible –le dijo él–. ¿Te apetece algo de postre? –le

preguntó, cambiando de tema–. Hay un frigorífico oculto en ese armario de ahí. La doncella lo ha llenado de dulces.

Su conversación le había hecho perder el apetito, pero Zoe, sabiendo que él agradecería aquella distracción, se apresuró a levantarse para ir a por los postres. Parecía que de un modo u otro siempre metía la pata con él. Debería haber sido más paciente, haber esperado a que estuviera dispuesto a hablar, en vez de haber forzado la conversación y, como se sentía culpable por haber sido tan entrometida, al cabo de unos minutos fingió un bostezo y se excusó, diciendo que estaba cansada y se iba a la cama.

Raj estuvo trabajando una hora con el portátil, dándole tiempo a Zoe para que se durmiera. Cuando subió las escaleras, lo hizo del modo más sigiloso que pudo, para no despertarla, pero cuando entró en la habitación se encontró con que estaba despierta. Estaba tendida sobre la cama, leyendo un libro. Llevaba un camisón vaporoso y la lámpara de la mesilla de noche la bañaba con una suave luz dorada. Al oírlo entrar levantó la vista del libro y lo miró abriendo mucho los ojos. Sus hombros se tensaron y, cuando Raj vio como se endurecían sus pezones bajo el fino camisón de algodón, perdió la batalla. La ola de deseo que se alzó en su interior casi borró de su mente todo pensamiento racional. Zoe estaba justo donde la quería, y estaba irresistible.

Ella se quedó desconcertada cuando Raj cruzó la habitación como un felino selvático, se subió a la cama y la atrajo hacia sí, dejándola sin aliento.

–Raj, ¿qué…? –musitó vacilante.

–No sabes cómo te deseo… Me estoy abrasando por dentro –le susurró él con voz ronca–. Si me dices que te suelte, lo haré y me marcharé. No te forzaré a hacer nada que tú no quieras.

Zoe lo miró a los ojos y todo su cuerpo se tensó. Los latidos de su corazón resonaban con fuerza en sus oídos.

–Yo también te deseo –le confesó, incapaz de creer que se hubiese atrevido a decirlo.

Pero, si él lo había dicho, ¿por qué no habría de admitirlo ella también? Cuando los brazos de Raj la rodearon, lo sintió estremecer ligeramente, como de alivio, y tomó sus labios entreabiertos con una pasión que la sorprendió. Algo mareada, hundió los dedos en su cabello negro, deleitándose en su tacto sedoso. No sentía miedo, ni se sentía amenazada. Solo la invadía una maravillosa sensación de

libertad, y se arqueó hacia su cálido cuerpo mientras él la hacía reclinarse de nuevo. Zoe le tiró de la camiseta y él intentó asirla del camisón, pero acabaron haciéndose un lío de brazos y manos por la impaciencia de ambos.

–¡Parecemos dos adolescentes! –murmuró Raj con incredulidad.

Zoe se sonrojó, pensando para sus adentros que ella sí se estaba comportando como una adolescente porque su falta de experiencia con los hombres la colocaba probablemente a ese nivel. Su desarrollo se había visto truncado a los doce años, porque después del horrible episodio que había vivido, todo lo que tuviera que ver con los hombres y el sexo le había asustado de tal modo que se había cerrado en banda a ambos.

Se preguntó si no debería advertirle de que era virgen. Claro que, si se lo dijera, ¿no se enfriaría su deseo al saber que no tenía experiencia alguna? Era probable que se parase a plantearse si deberían hacerlo o no, y ella no quería eso.

A Raj, verla con las mejillas encendidas le causó una feroz satisfacción. Nunca había ansiado nada tanto como sentir sus manos sobre su cuerpo, y se echó hacia atrás para sacarse la camiseta por la cabeza.

Ella observó maravillada cómo se tensaban los músculos de su abdomen, y admiró su hermoso torso bronceado. Una ola de calor afloró en su pelvis, y apretó los muslos excitada. Se sentía exultante al pensar que por fin estaba experimentando lo que otras mujeres experimentaban cuando las invadía el deseo por tener relaciones con un hombre.

–Creía que no te iba el sexo –murmuró Raj.

«Hasta que te conocí», respondió ella para sus adentros. Solo que no podía decirle eso, o saldría corriendo.

–Bueno, creo que ya va siendo hora de que le dé otra oportunidad –masculló, rehuyendo su mirada.

–Me esforzaré para no decepcionarte –murmuró Raj.

Deslizó suavemente los labios por su clavícula, haciéndola estremecer con esa leve caricia y sus manos le levantaron poco a poco el camisón, rozándole los muslos y los costados y haciéndole sentir mariposas en el estómago.

Raj le sacó el camisón por la cabeza y lo arrojó a un lado, como había hecho antes con su camiseta. Zoe se incorporó para ocuparse de los vaqueros de Raj. Aunque fuera su primera vez, no iba a quedarse petrificada como una chica virgen de la era victoriana y dejar que lo hiciera él todo, se dijo con firmeza. Sin embargo, las manos le temblaban de tal modo que apenas pudo bajarle la

cremallera. Raj puso su mano sobre la de ella, presionando un instante la palma de Zoe contra su entrepierna antes de arquear las caderas para bajarse los pantalones. Los boxers se los quitó al mismo tiempo, y Zoe no pudo evitar quedarse mirando asombrada su miembro erecto. Con la boca seca y el corazón desbocado, como si hubiese corrido un maratón, alargó la mano para tocarlo.

Apenas lo había rozado cuando Raj la atrajo hacia sí con un gruñido de deseo y tomó sus labios de nuevo, introduciendo la lengua en su boca para acariciarle el paladar antes de enroscarla con la de ella. Una nueva ola de calor la recorrió, tensando sus músculos, y se apretó contra él, ansiosa por sentirlo pegado a ella. Le encantaba lo apasionado que era…

Raj la hizo tumbarse de nuevo sobre el colchón, y masajeó sus pechos con ambas manos antes de agachar la cabeza para tomar en su boca un pezón endurecido y dibujar círculos con la lengua en torno a él hasta que la espalda de Zoe se arqueó y un gemido ahogado escapó de su garganta.

Zoe nunca hubiera imaginado que esa parte de su cuerpo fuera tan sensible, y pronto notó que unos escalofríos deliciosos descendían por su abdomen hasta llegar a la pelvis, entre sus muslos, donde se estaba generando una especie de calor húmedo.

Sus caderas se despegaron de la cama, como si tuvieran voluntad propia, y se encontró gimiendo con una impaciencia que no podía sofocar. Cuando finalmente Raj la tocó donde ansiaba que la tocase, un cúmulo de sensaciones se apoderó de ella y poco después su cuerpo se doblaba y de sus labios escapaba un grito de placer. Había sido su primer orgasmo, y se quedó sobrecogida por lo intenso que había sido.

Raj le sonrió y la besó con ardor.

–Me encanta cómo respondes a cada una de mis caricias… –murmuró.

Zoe, que seguía allí tendida, aturdida por lo que acababa de experimentar, levantó los brazos, plantó las palmas en su pecho y las deslizó por él hasta que Raj le impidió que siguiera bajando, agarrándolas con las suyas.

–Ahora no –le dijo con voz ronca–. Estoy demasiado excitado y no puedo esperar más. ¿Utilizas algún método preventivo?

Por un instante, Zoe no supo de qué estaba hablando, pero luego comprendió de repente y se apresuró a sacudir la cabeza. Raj gruñó con fastidio y se bajó de la cama. Fue hasta su maleta, la abrió, desparramando todo su contenido por el suelo, y rebuscó entre las

prendas hasta encontrar un paquete de preservativos, del que sacó uno.

–No me quedan muchos; tendré que comprar más. Hacía bastante que no hacía esto. Pero es una suerte que aún me queden, porque debemos tener cuidado.

Zoe sintió una punzada de satisfacción al saber que hacía tiempo que no se acostaba con nadie, pero sus últimas palabras la extrañaron.

–¿Cuidado con qué? –inquirió frunciendo el ceño,

Raj la miró, sorprendido por esa pregunta.

–En nuestras circunstancias un embarazo sería un desastre… aunque supongo que sería poco probable. ¡Fíjate cuántos años le llevó a mi padre llegar a tener un heredero! –dijo con sorna–. Como eso sea hereditario…

–Pero hoy en día los métodos anticonceptivos son bastante seguros, ¿no? –insistió ella.

–Ninguno te ofrece una seguridad al cien por cien. Los «accidentes» y las «sorpresas» siguen ocurriendo –apuntó Raj, volviendo a subirse a la cama con una mirada ardiente–. Pero a nosotros no nos pasará.

Zoe se sonrojó al descubrirse imaginando cómo sería un bebé de los dos, ya fuera niño o niña, con los increíbles ojos negros de Raj. No, aquello era temporal, pero un día conocería al hombre de su vida y sería madre, se dijo. Raj solo sería alguien a quien recordaría con cariño como el hombre que la había rescatado de sus miedos; nada más.

Le rodeó el cuello con los brazos para atraerlo hacia sí y lo besó, deleitándose de nuevo con esa sensación de libertad para hacer lo que quisiera y de su recién adquirida confianza en sí misma. Una confianza que se había afianzado cuando había descubierto que Raj parecía desearla tanto como ella lo deseaba a él.

Raj le tiró suavemente del labio inferior con los dientes, y descendió beso a beso por la curva de su fino cuello. Zoe volvía a sentirse acalorada, y otra vez se notaba el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Y cuando por fin sintió a Raj colocarse entre sus muslos y empezar a penetrarla milímetro a milímetro, una miríada de sensaciones exquisitas e inesperadas la asaltaron.

–Qué estrecha es tu vagina… –masculló Raj sin aliento.

Cuando con una última sacudida de sus caderas finalmente rompió el himen, la punzada de dolor hizo que Zoe se tensara y gritara.

Raj se detuvo.

–¿Qué ocurre?

Azorada, Zoe contrajo el rostro.

–Es que… me ha dolido más de lo que pensé que me dolería; es mi primera vez.

Raj la miró patidifuso e hizo ademán de apartarse, pero ella lo agarró por los hombros para impedírselo.

–¡No, no te atrevas a parar! –le dijo–. He esperado tanto tiempo para experimentar esto…

En realidad ya había cruzado la línea, razonó Raj, pero la sangre le hervía en las venas de pensar que Zoe había decidido hacerlo con él como quien quería probar algo por el mero hecho de vivir sensaciones fuertes.

–Raj, por favor… no te enfades –lo urgió Zoe, mirándolo con ojos suplicantes.

Y él no pudo hacer otra cosa más que lo su cuerpo estaba pidiéndole: hundirse aún más adentro de ella con un gruñido de placer. Después no le hizo falta que volviera a insistirle más. Un calor abrasador empezó a aflorar de nuevo en la pelvis de Zoe, que hincó las uñas en la espalda de Raj. El sentirlo encima de ella, dentro de ella, hacía que la sacudieran una tras otra intensas oleadas de placer que la hacían estremecerse, y cuando alcanzó de nuevo el orgasmo fue algo explosivo.

Cuando los últimos ecos de este se disiparon, se encontró desmadejada y tan maravillosamente relajada, que se quedó aturdida cuando Raj se apartó de ella y se incorporó, jadeante, para increparla diciendo:

–Me debes una explicación. ¡Me has mentido!

Capítulo 7

AGARRANDO la sábana para taparse, Zoe se incorporó, apoyándose en los almohadones, y miró a Raj, que estaba poniéndose los vaqueros. Sin nada debajo, observó, poniéndose colorada. Era como si ya no tuviese el menor control sobre su mente. No podía apartar los ojos de su esbelto cuerpo bronceado, ni concentrarse.

–No te he mentido –replicó con aspereza.

–Ya lo creo que sí –insistió él iracundo–. Hace un rato me dijiste que te parecía que ya iba siendo hora de que le dieras otra oportunidad al sexo cuando está claro que no habías hecho esto antes.

–Bueno, puede que no fuera sincera del todo –balbució Zoe, poniéndose a la defensiva.

–¡No, me has mentido y si hay algo que detesto es que me mientan! –le espetó Raj con fiereza.

Su ira desató también la de Zoe, que lo increpó diciendo:

–¿Pero y a ti qué más te da que fuera virgen? Fui yo quien decidió…

–¡Si hubiera sabido que era tu primera vez, no te habría tocado! –contestó él–. Pero tú decidiste ocultármelo, y eso no estuvo bien…

–¡Venga ya, por amor de Dios…! –exclamó Zoe, apartándose un mechón de pelo rubio de su frente húmeda–. Solo ha sido sexo. ¿Por qué estás haciendo una montaña de un grano de arena? Los dos somos adultos, y ninguno de los dos tenemos una relación con otra persona.

Los ojos de Raj relampagueaban.

–A mí las relaciones no me van.

–Pues me temo que con esta no te queda otra que aguantarte –le recordó Zoe–. No puedes tenerlo todo: si no te van las relaciones, deberías estar contento, porque esto no ha sido más que sexo sin compromiso.

Raj enrojeció de ira y le lanzó una mirada fulminante antes de

salir de la habitación. Zoe oyó sus pisadas enfadadas escaleras abajo, y luego el ruido de la puerta de la entrada cerrándose con un golpe. Zoe apagó la luz de la mesilla, se bajó de la cama y fue hasta la ventana, desde donde vio a Raj bajando a la playa. Su torso desnudo y su pelo negro brillaban bajo la luz de la luna.

Se sentía avergonzada porque le había dicho cosas que en realidad no pensaba. Sí había sido decisión suya que su primera vez fuera con él, pero no era tan descocada como para acostarse con cualquiera, aunque hubiera sonado como si así fuera. Lo que había intentado decirle era que ella solo había querido experimentar lo que se sentía al hacer el amor, y que había querido hacerlo con él porque lo deseaba. ¿Acaso era algo malo? Fuera como fuera era maravilloso no tenerle ya miedo al sexo, no sentirse menos mujer que las demás por no haberlo experimentado.

Fue al aseo y abrió el grifo de la bañera para llenarla y darse un baño. Reconocía que había metido la pata, mezclando el sexo en lo que se suponía que iba a ser solo un matrimonio temporal por conveniencia, pero… ¿no había sido Raj el que había dado el primer paso? ¿Por qué no se lo había echado en cara? Era culpa suya que hubieran acabado haciéndolo. Además, ¿no le habría parecido mal que lo hubieran hecho si no hubiera sido su primera vez? ¿Había algo de malo en que no tuviera experiencia?

Cuando hubo salido de la bañera y se hubo secado, se puso un albornoz y unas chanclas, salió de la casa y bajó a la playa.

Raj, que estaba caminando por la orilla del mar, se volvió cuando la vio acercarse, e inspiró profundamente para sobreponerse, porque aún estaba enfadado e incómodo por lo culpable que lo había hecho sentirse.

–Está bien, siento no haberte dicho que era virgen antes de que lo hiciéramos –se disculpó Zoe–, pero fuiste tú quien me arrastró a la cama –le recordó, con las mejillas ardiendo–. Además, ya es un poco tarde para arrepentirnos de lo que hemos hecho; no va a cambiar nada.

–En mi cultura la pureza de una mujer es algo muy valorado y respetado. Puede que a ti te parezca anticuado, pero…

–Ya lo creo que sí. ¿Por qué tendría que reprimir sus deseos una mujer cuando un hombre no lo hace? –le espetó Zoe.

–Mira, lo que pasa es que me siento culpable por haberte despojado de tu inocencia –le dijo Raj con aspereza.

–¿Aunque fuera lo que yo quería? Ya no soy una adolescente que necesita que la protejan –replicó ella con vehemencia. La verdad era que a ella misma le sorprendía que tuviera tan clara aquella

decisión que había tomado–. Solo quería saber lo que se sentía al hacerlo, en vez de sentirme… rara –admitió a regañadientes.

–Pero te merecías algo más. No ha sido especial, y debería haberlo sido –dijo él con convicción.

–¿Fue especial para ti la primera vez que lo hiciste? –quiso saber Zoe.

Desconcertado por aquella pregunta tan inesperada y atrevida, Raj apretó los dientes y optó por ser sincero.

–No.

–Bueno, pues ahí lo tienes: no se puede predicar lo que uno no practica.

Su respuesta hizo reír a Raj. Era curioso que, con lo pequeña y delicada que era –apenas le llegaba al pecho–, tuviese el valor de decir siempre lo que pensaba aun cuando sabía que sus opiniones chocaban con las de él. También era demasiado terca e independiente como para admitir que, si se valorara más, no se habría entregado a él sin pensarlo. No estaba acostumbrado a que lo criticaran, ni a que le echaran en cara sus errores, pero Zoe no se amilanaba. Además, tenía razón: había sido él quien la había arrastrado a la cama.

–Y lo siento si tú no lo ves del mismo modo –añadió ella algo tensa–, pero a mí sí me ha parecido especial lo que hemos compartido.

Desconcertado de nuevo, Raj parpadeó y bajó la vista.

–Pues yo siento si te han molestado mis palabras, pero, como he dicho, odio las mentiras –murmuró.

–Y yo suelo ser muy sincera, pero no quería que te echaras atrás –le espetó Zoe.

–Solo querías hacerlo porque sentías curiosidad –replicó Raj.

No recordaba haber tenido nunca una conversación semejante con una mujer, una conversación en la que las dos partes se sinceraran hasta ese punto. Era una novedad agradable para él.

–Sí, bueno, te pido perdón si te he hecho sentir como un conejillo de Indias, pero… sí, sentía curiosidad –murmuró ella.

Raj se echó a reír. No, ninguna mujer se había atrevido a decirle jamás algo así, y tampoco había habido ninguna que hubiera dicho que hacer el amor con él hubiera sido algo especial.

–¿Puedo preguntarte qué nota me darías?

–No. No le haría ningún bien a tu ego –le picó Zoe alzando la vista hacia él.

Cuando los ojos de Raj, que brillaban con la luz de la luna, se

encontraron con los suyos, el corazón le dio un brinco en el pecho.

–Pues tú estuviste increíble –murmuró Raj, apartándole el cabello del rostro.

Zoe sintió que la recorría un cosquilleo cuando las yemas de sus dedos le rozaron las mejillas.

–Pero no debería haberte tocado –añadió Raj–, no tenía derecho.

–Estamos casados –le recordó ella.

–Sí, pero no es un matrimonio de verdad –precisó, haciendo que a Zoe le entraran ganas de darle un puntapié–. Se supone que no es real, pero está empezando a parecerlo, y eso me preocupa.

–¿Por qué?

–Se suponía que esto no debía ser así. Se suponía que íbamos a limitarnos a llevar vidas separadas y a hacer unas pocas apariciones públicas conjuntas.

–Bueno, sí, nos hemos salido del guion, pero no le hacemos daño a nadie –susurró ella, poniéndole las manos en la cintura. Al deslizar los dedos arriba y abajo por su abdomen, notó como se tensaban los músculos bajo la piel.

–Ya te lo dije: las relaciones no me van –le recordó él obstinadamente, pero se inclinó hacia ella, atraído por sus labios carnosos.

–¡Deja de engañarte!, ¡ya tenemos una relación! –replicó Zoe–. ¿De qué tienes miedo? ¿Temes despertarte una mañana y encontrarte atrapado, esposado al cabecero de la cama?

Raj la alzó en volandas, como si no pesara nada, y echó a andar con ella en brazos de vuelta a la casa.

–Si fueras tu quien me esposara a la cama, no me resistiría ni me sentiría atrapado –murmuró en un tono seductor.

–Creo que es lo más bonito que me has dicho hasta ahora, pero tengo que decirte que no tengo previsto hacer eso. Si no quieres compartir la cama conmigo, puedes dormir en el suelo –le dijo ella para picarlo.

–Creía que habías dicho que no dejarías que durmiera en el suelo.

–Supongo que he vuelto a mentir –dijo ella, juguetona.

–¿Y si yo sí quisiera que compartiéramos la cama? –inquirió él mientras entraban en la casa.

Zoe sonrió.

–Pues estaría encantada.

Raj cerró la puerta y la dejó en el suelo.

–¿Sabes?, creo que el sexo me abre el apetito –dijo Zoe,

arrojando a un lado las chanclas–. ¡Ya estoy otra vez con un hambre de lobo!

Raj se echó a reír antes de ir al frigorífico a buscar algo de comer y Zoe lo siguió con la mirada. Era sorprendente lo relajada que se sentía ahora con Raj. Los muros que había entre ellos se habían desmoronado después del encuentro íntimo que habían compartido. Sin embargo, el sentirse ahora más próxima a él también implicaba que sería más fácil que acabara con el corazón roto si no se andaba con cuidado. ¿Qué había sido de la Zoe precavida? ¿Y de su idea de que había ido allí para hacerse más fuerte e independiente? Ahora que su relación con Raj había cambiado, tenía sentimientos encontrados y eso la hacía sentirse insegura. De pronto se fijó en algo que le hizo fruncir el ceño.

–Raj, los platos que dejamos aquí anoche ya no están…

–Los habrá recogido el servicio –dijo él.

–Pero si es más de medianoche… ¿Es que no duermen?

–Tienen distintos turnos. Y llevan muy a gala que hacen sus tareas sin hacerse notar.

Tomaron unos aperitivos y volvieron arriba. Zoe fue la primera en meterse en la cama. Estaba empezando a acusar el cansancio del largo día. Apoyó la mejilla en la mano y observó a Raj mientras este se quitaba los vaqueros con una desinhibición envidiable, y se iba a dar una ducha. Claro que, quizá, si su cuerpo fuese tan perfecto como el de él, ella tampoco sentiría pudor, pensó adormilada. Ella tenías las piernas cortas, los pechos pequeños y un trasero algo grande.

–¿Qué vamos a hacer mañana? –le preguntó cuando Raj volvió al dormitorio y se subió a la cama.

–Ya es mañana –apuntó él–. Voy a llevarte al antiguo palacio, donde creció tu abuela, y luego tenemos un pequeño acto informal para saludar a los lugareños y hacernos unas fotos oficiales. Como verás, mi padre quiere sacar el máximo provecho posible de tu imagen mientras pueda.

–Bueno, era lo que entraba en el trato –murmuró ella soñolienta–. Será interesante ver dónde creció mi abuela Azra. Fue casi igual de interesante ver cómo se evitaban tu padre y mi abuelo en la boda, igual que tu tío Hakem y yo.

Al recordar aquello, frunció el ceño. El príncipe Hakem, tan anciano como su hermano el rey, le había parecido un hombrecillo gris, y no se imaginaba a alguien tan anodino consumiéndose de ira por dentro porque sus aspiraciones al trono se habían visto frustradas.

Raj se rio suavemente, rozándole el hombro con su cálido aliento.

–Fui yo quien convenció a mi padre para que invitara a tu abuelo a la boda, porque al principio se había empeñado en que no quería que viniera. Claro que es comprensible, porque tu abuela se fugó con él cuando se suponía que iba a casarse con mi padre.

–Pero, según tengo entendido, mi abuela y tu padre ni siquiera se habían visto cuando ella se enamoró de mi abuelo –apuntó Zoe.

–Sí, pero mi padre se lo tomó como un agravio. Y ahora duérmete –la urgió Raj–. Hoy también va a ser un día muy largo, pero te prometo que, después de ese acto oficial que tenemos en la agenda, durante el resto de nuestra estancia aquí podremos hacer lo que nos plazca.

Zoe pensó en lo nerviosa que había estado, al llegar a Maraban, ante la idea de tener que hacer apariciones públicas, y en cómo, curiosamente, la presencia de Raj a su lado disipaba sus temores. De algún modo la hacía sentirse segura, protegida, como si nada malo pudiera pasarle si él estaba cerca. Parecía absurdo, pero era lo que sentía, pensó, y al poco rato se quedó dormida.

Raj, que seguía despierto, se encontró admitiendo para sus adentros, con considerable inquietud, que sí, como había dicho Zoe, lo que había entre ellos era una relación. En realidad, se había iniciado en el momento en que se habían casado. El que hubieran hecho el amor solo había afianzado los lazos entre ambos y complicado las cosas. La verdad era que había sido muy ingenuo al no haber previsto ese giro de los acontecimientos, teniendo en cuenta la fuerte atracción que había entre ellos. Según Zoe solo era sexo, pero él no estaba seguro de poder decir lo mismo. ¿De verdad lo pensaba? ¿Y podrían asegurarse de que siguiera siendo una relación casual, que no se arrepintieran cuando llegara el momento de tomar cada uno su camino? Sería algo así como una relación de una noche muy, muy larga, pensó, aunque su cerebro le dijese que estaba engañándose como un tonto.

No quería tratar a Zoe como trataba a sus conquistas, de un modo distante, impersonal, escondiendo siempre su verdadero yo. Con ella se sentía mucho más cómodo, y quería hacerla feliz. Lo mejor sería fluir con la vida y no preocuparse de más, se dijo, y sería la primera vez en su vida que haría algo así con una mujer…

A la mañana siguiente Zoe se despertó en los brazos de Raj.

–¡Madre mía, qué calor das! Siempre estás ardiendo, como las

brasas del infierno –se quejó ella, haciendo ademán de apartarse para refrescarse un poco.

Sin embargo, Raj la atrajo de nuevo hacia sí, y al notar su miembro erecto contra su vientre Zoe puso unos ojos como platos y alzó la vista hacia él. Era tan guapo, con esos rizos negros cayéndole sobre la frente, esa brillante piel aceitunada, la barba de unos días… Y ella no podía negar lo mucho que lo deseaba.

–Si no quieres hacerlo porque tienes demasiado calor, lo entenderé –murmuró él.

Sí que estaba algo acalorada, pero el cosquilleo de deseo que sentía entre los muslos era imposible de ignorar.

–No, tampoco tengo tanto calor –mintió descaradamente–, pero debería cepillarme los dientes.

–Anda ya… hueles a fresas y a mujer –murmuró Raj con voz ronca, poniéndole las manos en las mejillas antes de besarla como si no hubiera un mañana.

Con el corazón desbocado, que parecía querer salírsele del pecho, y tremendamente excitada, Zoe se dejó llevar. Cuando Raj volvió a besarla, fue como si estallara en llamas, y cuando la tocó, jugueteando con sus sensibles pezones y explorando los húmedos pliegues entre sus muslos con sus largos y hábiles dedos, empezó a sentir que perdía el control, y se retorció de placer debajo de él. Para cuando él hizo que le rodeara las caderas con una pierna y se hundió en ella, Zoe estaba ya al borde del orgasmo, y las rápidas y fieras embestidas de Raj pronto la hicieron llegar a él con un gemido ahogado.

–Veamos si puedes repetir eso –murmuró Raj, penetrándola de nuevo, pero moviéndose ahora más despacio, más sensualmente.

Zoe apenas tuvo tiempo de recobrar el aliento. Su melena rubia yacía toda revuelta sobre los almohadones mientras Raj la miraba con esos ardientes ojos negros, y todo su cuerpo palpitaba aún por el orgasmo.

Raj mantuvo el mismo ritmo lento, sensual, calculado, dejando que la tensión erótica fuera en aumento, y pronto Zoe sintió que ya no podía aguantar mucho más. Deslizó las manos por su espalda, deleitándose en sus duros músculos, y sintió que las oleadas de placer empezaban a tensar su pelvis. Le rodeó la cintura con las piernas, y Raj se hundió hasta el fondo con una última embestida que la envió de nuevo directa al paraíso.

Pasado un rato, le apartó un mechón de la frente húmeda y la besó.

–Detesto tener que meterte prisa cuando vamos tarde por mi

culpa –le dijo–, pero, si quieres que veamos el palacio antes del acto oficial, tenemos que salir dentro de una hora…

–¿Una hora? –exclamó ella con incredulidad.

–Llamaré a tu doncella para que te ayude y te dejaré para que te prepares –añadió Raj–. Por cierto, me encanta esto de que seamos amigos con derecho a roce –dijo con picardía.

¿Era eso lo que eran?, se preguntó Zoe, contrayendo el rostro, mientras se daba una ducha. Siempre había pensado que las mujeres que tenían esa clase de relaciones eran lanzadas y despreocupadas, y a ella no le parecía que fuese ni lo uno ni lo otro, pero… ¿quién decía que no se pudiera cambiar? Además, se suponía que ese era el objetivo de su estancia en Maraban, descubrir quién era en realidad, sin que sus hermanas y su abuelo la tuvieran todo el día entre algodones, cuidando de ella. Se encontraba en un mundo nuevo y emocionante, y era normal que algunas cosas le resultaran desconocidas y le asustaran un poco, se dijo. Claro que también le estaba dando que pensar, porque para sus adentros tenía muy claro que lo que quería no era una amistad con derecho a roce… ni siquiera con Raj.

Para su sorpresa, la doncella personal con la que se encontró al salir del baño era la misma que tenía en palacio. Ya le tenía preparada la ropa sobre la cama –un vestido verde claro con la cintura entallada– y, al echarle un vistazo, Zoe pensó que la doncella no podría haber escogido mejor. A petición suya le recogió el pelo en una trenza –así pasaría menos calor–, y cuando bajó las escaleras, con el tiempo justo, Zoe iba con una sonrisa en los labios, pensando que tener una doncella con conocimientos de peluquería era un activo valiosísimo, y un lujo al que sería mejor que no se acostumbrase. Porque todo aquello era temporal, se recordó una vez más, como si le hubiese tocado un viaje a un lugar exótico. Y Raj también tendría solo una presencia temporal en su vida. Quizá eso fuera lo que hacía que aquel concepto de «amigos con derecho a roce» le sonase vacío y algo desvergonzado, pensó, pero contrajo el rostro, irritada, por juzgarse a sí misma de ese modo.

–¡No puedes ir con unos zapatos de tacón a recorrer un castillo antiguo! –exclamó Raj, que se quedó mirándole los pies con incredulidad al verla aparecer.

Zoe le lanzó una mirada furibunda.

–Está bien, si quieres me pondré unos zapatos planos y me llevaré estos para el acto oficial –claudicó ella de mala gana–. Pero no te pienses que vas a poder decirme qué puedo y qué no puedo ponerme, ¡porque no lo voy a consentir! –le espetó.

Y una sonrisa divertida asomó a los labios de Raj mientras ella subía a cambiarse de zapatos.

El que fuera antaño el hogar de la familia real de Bania era un antiguo y enorme castillo, y aunque estaba bien conservado, ya no se utilizaba como residencia. Sin embargo, albergaba un pequeño museo sobre la historia de Bania, y ofrecía a los turistas la posibilidad de visitar los aposentos de la princesa Azra.

–Ojalá hubiera podido conocer a mi abuela –dijo Zoe con un suspiro, estudiando las fotos en blanco y negro que colgaban de una de las paredes del museo. En ellas se veía a una joven Azra, rubia como ella, vestida con el traje tradicional del reino–. Mi abuelo me enseñó fotografías de ella. Estaba loco por ella –le contó a Raj–. Cuando desheredó a mi padre por negarse a estudiar Ciencias Económicas y trabajar con él, mi abuela le dijo que se estaba equivocando, y que debería dejar que mi padre escogiera su camino, pero mi abuelo era demasiado orgulloso y cabezota y no le hizo caso.

–A cada generación le cuesta entender a la siguiente. Y al revés. Yo tardé años en comprender que, al exigirme que me casara con la mujer que escogiera para mí, mi padre solo esperaba de mí lo mismo que él había hecho por nuestro país.

–Pero tú estabas enamorado –apuntó Zoe–. No podrías haberte casado con otra mujer que él te impusiera y tu resentimiento habría impedido que ese matrimonio funcionase.

–Mi padre cree que alguien de nuestra posición no puede permitirse que las emociones rijan nuestras decisiones. Y he tenido que aprender por las malas que tenía razón –concluyó Raj con amargura.

–Aún no me has hablado de tu relación con Nabila –le dijo Zoe.

–Creía que a las mujeres no les gustaba que un hombre hablase de sus anteriores relaciones –contestó Raj, mirándola desconcertado.

–Eso sería si yo estuviera enamorada de ti, pero no lo estoy –apuntó Zoe calmadamente–. Es solo que siento curiosidad.

Raj asintió, aunque seguía haciéndosele raro, porque estaba acostumbrado a que las mujeres quisieran de él más de lo que estaba dispuesto a darles. Y por eso hasta entonces su vida amorosa había consistido principalmente en romances pasajeros.

–Yo estaba estudiando precisamente Económicas en una

universidad del Golfo Pérsico –comenzó a explicarle Raj–. Allí fue donde nos conocimos. ¿Has estado enamorada alguna vez? –le preguntó abruptamente. La verdad era que él también sentía curiosidad.

–No, nunca –admitió Zoe con un nudo en la garganta–. Lo que me pasó a los doce años me hizo sentir aversión por los hombres durante mucho tiempo. Y la verdad es que cuando vi a mis hermanas enamorarse y pasarlo tan mal como lo pasaron no sentí precisamente envidia –le explicó–. ¿Y dices que conociste a Nabila en la universidad?

–Sí. Estuvimos juntos dos años. Yo estaba muy enamorado –masculló a regañadientes.

Cuando se encontró preguntándose de pronto qué haría falta para conseguir que Zoe se enamorara, se sintió confundido. ¿Por qué había pensado eso? ¿Sería por influjo de Zoe? Su primo Omar le había confesado que después de casarse se había descubierto teniendo pensamientos extraños, más propios de una mujer, y que sospechaba que era el efecto que tenía en los hombres la compañía constante de una mujer.

–Obviamente –asintió Zoe–. Quiero decir que si no no habrías desafiado a tu padre. ¿Y vivisteis juntos esos dos años?

–No, eso habría estado completamente fuera de lugar. Si quería que mi padre se tomase en serio mi deseo de casarme con Nabila, no podía haber sexo antes del matrimonio.

Zoe se paró en seco y alzó la vista sorprendida.

–¿Me estás diciendo que no te acostaste con ella?

–Por supuesto que no. Para casarse conmigo tenía que tener una reputación sin mancha. Habría sido irrespetuoso por mi parte haberle pedido a mi padre que le diese el visto bueno a otro tipo de relación. Es de una generación distinta. No comprende la liberación femenina. En su época el mayor tesoro de una mujer era su honra, y una mujer decente no renunciaba a su virginidad si no era a cambio de un anillo de boda.

–Vaya, pues yo me he vendido muy barata –murmuró Zoe, roja como una amapola–, porque como tú has dicho no estamos casados en el sentido estricto de la palabra.

–No digas eso –replicó Raj bajando la voz, porque había un guarda del museo observándolos desde el otro extremo de la sala. Le acarició la mejilla a Zoe y la tomó de la barbilla para que lo mirase–. Estuviste increíble, y yo no era digno en absoluto del regalo que me hiciste.

–Eso es solo palabrería –replicó Zoe, y se sonrojó aún más cuando sus ojos se encontraron y el estómago se le llenó de mariposas–. Lo hicimos porque queríamos hacerlo.

–Y cada vez que te miro me entran ganas de hacerlo de nuevo –le confesó Raj en un murmullo.

–Estabas contándome lo de Nabila –le recordó Zoe, luchando contra el cosquilleo de deseo que la recorrió–, no intentando convertirme en una adicta al sexo.

–¿Tú crees que podría? –inquirió él con voz ronca, sin despegar sus ojos de los de ella.

–Es posible –farfulló ella con fingida indiferencia–. ¿Y qué pasó con Nabila?

–Me dijo que era virgen. Supongo que era porque pensaba que era lo que yo quería oír. Pero no era así; a mí me habría dado igual que no lo fuera –le confesó Raj–. El caso es que por supuesto me creí lo que me dijo y estaba dispuesto a esperar hasta que estuviéramos casados, pero ella se cansó de esperar.

–Debe de ser difícil que te pongan en un pedestal y tener que fingir ser lo que no eres –apuntó Zoe pensativa.

–Sí, la tenía en un pedestal –admitió Raj torciendo el gesto–. Pero es que tenía veinte años y era un idealista.

–Eras demasiado joven para casarte –opinó Zoe–. ¿Y qué ocurrió?

–Había venido a Maraban de visita y le dije a mi padre que no iba a casarme con la mujer que había escogido para mí porque estaba enamorado. Me negué a renunciar a Nabila y mi padre me desterró. Volví al Golfo. Nabila me había dado una llave de su apartamento y no esperaba que regresara tan pronto. Me la encontré en la cama con un «amigo». ¡Me sentí como un estúpido! –rememoró Raj. Sus facciones estaban rígidas–. Había renunciado a todo por su amor, y allí estaba ella, la completa antítesis de la mujer que yo creía que era: ¡una mentirosa desvergonzada que solo estaba conmigo por mi estatus!

–Y probablemente también por tu cuerpo… –murmuró Zoe distraída. Raj frunció el ceño y la miró de reojo–. Debiste quedarte destrozado. Yo en ese sentido tengo suerte, porque nunca me han roto el corazón. Ni quiero que me lo rompan, claro.

Raj escrutó su hermoso y expresivo rostro, y se preguntó por qué le resultaba tan fácil hablar con ella sobre Nabila. Nunca había hablado de aquello con nadie. Tal vez fuera porque Zoe no tenía ningún interés personal en aquel matrimonio, o al menos no que él supiera, porque, por lo que había observado, su nuevo estatus de

princesa significaba más bien poco para ella.

–El acto oficial tendrá lugar en el piso de abajo dentro de media hora. Así que si insistes en ponerte esos zapatos de tacón…

–¿Si insisto? –repitió Zoe, lanzándole una mirada irritada.

–Pero si es que te cuesta horrores andar con tacones… –apuntó Raj, sin andarse por las ramas.

–Porque hasta ahora casi no salía a ningún sitio –le confesó ella–. Tengo una colección fabulosa de zapatos, y mis hermanas los tomaban prestados, pero yo hasta ahora no había tenido ocasión de usarlos. ¡Y pienso aprender a caminar con ellos! –le explicó con pasión.

–Comprendo –balbució Raj, dándose cuenta de que no había tenido ni pizca de tacto–. Pero… ¿por qué no salías a ningún sitio?

–Porque me entraba pánico si algún hombre intentaba ligar conmigo; no podía soportarlo –le confesó ella a regañadientes–. Aunque por alguna razón eso no me pasa contigo.

–A lo mejor es porque no te has enamorado de mí –sugirió Raj sin pensar.

Sin embargo, no podía negar que había sentido satisfacción al saber que estando con él se sentía segura.

–Sí, puede que sea por eso –contestó ella descalzándose. Sacó los zapatos de tacón de la bolsa que llevaba en la mano, y se agarró al brazo de Raj para calzárselos–. No te lo vas a creer, pero sentirme unos centímetros más alta me da mucha más confianza en mí misma –le confesó, guardando los otros zapatos en la bolsa.

Unos minutos después, mientras se tomaban un café en la cafetería del museo y ella sonreía y charlaba animadamente, Raj pensó que lo relajada que parecía en ese momento no tenía nada que ver con aquellos estúpidos zapatos de tacón. Pensó en su primer encuentro, en el ataque de pánico que había sufrido Zoe, y se maravilló de lo distinta que era la Zoe que tenía sentada enfrente. En realidad, también era cierto que el día que la había conocido había sido en unas circunstancias complicadas que habrían asustado a cualquier mujer. Mientras se levantaban para bajar al piso inferior, le puso una mano en el hueco de la espalda, y disimuló una sonrisa al pensar en los arañazos que le había hecho ella en la espalda, que para él eran un símbolo de orgullo por saber que había satisfecho a su Zoe. No, no era «su» Zoe, se corrigió de inmediato. Bueno, en ese momento lo era, y lo sería unos meses más, se dijo, y

ese pensamiento alejó los nubarrones negros que se cernían sobre su ánimo.

A Zoe se le pasó muy deprisa esa media hora antes de que les hiciesen posar en el elegante salón de recepciones del palacio ante los fotógrafos, y cuando hubieron terminado se sintió aliviada de saber que tenían por delante unos días de vacaciones los dos solos.

Iban de regreso al coche cuando un fotógrafo salió de detrás de unos árboles, a lo lejos, y les gritó para llamar su atención y que miraran al objetivo. La mitad de sus guardaespaldas salieron corriendo detrás de él. Al mismo tiempo empezó a sonar el móvil de Raj, y uno de los diplomáticos que había estado en el acto oficial apareció con expresión grave y se dirigió a ellos con algo en la mano.

–¿Qué demonios…? –masculló Raj, sacando el móvil del bolsillo para responder, al tiempo que ayudaba a Zoe a subir al coche que estaba esperándolos.

Zoe vio que el diplomático le tendía una revista a Raj, que la miró con incredulidad y apretó los labios. Se paseó arriba y abajo frente al coche, hablando por el móvil, gesticulando enfadado. Cuando por fin colgó y se subió al coche, Zoe le preguntó nerviosa:

–¿Qué ha pasado?

Capítulo 8

ES una ridiculez, pero mi padre se ha puesto furioso –le explicó Raj, resoplando exasperado–. El año pasado mi padre expulsó a la única revista de cotilleos que había en el país. Ahora tienen sus oficinas en Dubái y lo que han publicado estos últimos meses sobre nosotros ha ido siendo cada vez más ofensivo. Mi padre no debería haberse metido con ellos. Tiene que aceptar que hoy en día los medios toman nota de todo lo que hacemos y lo cuentan, y que no puede ser tan ingenuo como para creer que podemos seguir manteniendo tapadas ciertas cosas.

–Ya, supongo que se ha quedado anclado en el pasado. Es verdad que hoy en día los medios son más irrespetuosos con las instituciones –asintió Zoe–. ¿Pero qué es lo que han publicado en esa revista? –inquirió intrigada–. ¿Algún escándalo olvidado?

–Ni siquiera es un escándalo; solo una intrusión en mi vida privada –contestó Raj. Alisó la revista, que había estrujado entre sus manos, la abrió y se la tendió–. Naturalmente no podrás entender el texto, pero las fotos hablan por sí solas, y resulta que han ido a publicar esto justo en la semana de nuestra boda, sugiriendo que no se me permitió casarme con la mujer a la que amaba porque era una plebeya. Puede que sea embarazoso para mi padre, pero es una tontería.

Zoe miró las fotografías con la boca seca. Eran fotos de Raj y Nabila; antiguas, por supuesto. Se notaba que eran más jóvenes en ellas, pero le sorprendió el modo en que Raj miraba a Nabila en esas imágenes, con auténtica adoración. Y aunque no sabría decir por qué, le dolía el corazón al mirar esas fotos de ambos, paseando de la mano, sentados junto a una fuente, sonriéndose… Era como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

¿Pero qué diablos le pasaba? ¿Podía ser que Raj le importaba más de lo que pensaba? ¿Podría ser que tuviera celos, a pesar de que le había asegurado que no sentía nada por él? Esas preguntas la hicieron sentirse temblorosa, como si de repente hubiera desaparecido el suelo bajo sus pies. Sí, estaba empezando a sentir

un fuerte cariño por Raj, como ocurría cuando uno intimaba con una persona, y sí, sentía celos al mirar aquellas fotos, pero eso no tenía por qué significar necesariamente que estuviera enamorándose de él.

–Nabila fue mi primer amor, pero eso fue todo –continuó Raj, ajeno a la palidez de Zoe y a lo callada que se había quedado–. Muy poca gente se casa con su primer amor y, además, ¿qué importa si de todo aquello hace ya ocho años? Es un artículo estúpido, pero destapa una relación que hasta ahora nuestra familia había ocultado al pueblo. Lo que no entiendo es cómo han conseguido esas fotos, que son personales. Cuando rompimos, yo rompí las copias que tenía, y la persona que las tomó, mi primo Omar, jamás se las vendería a una revista.

–Bueno, antes has dicho que lo que dice el artículo es una tontería, pero en realidad es cierto que tu padre no quería que te casaras con ella.

–Sí, pero no porque fuera una plebeya, sino sospecho que porque mi padre había hecho que la investigaran y sabía más de lo que yo sabía de ella –admitió Raj con amargura–. Al menos tuvo la consideración de no restregarme en las narices lo que había averiguado sobre ella.

–O sea que como has dicho no es más que una tontería –murmuró Zoe con aspereza.

De repente ya no quería saber nada más de Nabila, y se encontró pensando que sería mucho más feliz si no oyera a nadie mentar su nombre siquiera. En cuanto a esas fotos en las que Raj la miraba todo arrobado, no podía negar que le habían sentado como un puntapié en la espinilla. Sobre todo teniendo en cuenta que para Raj lo suyo no era más que una relación de amigos con derecho a roce. ¿Cómo no sentir envidia?

No tenía duda de que en ese momento Raj estaba pensando en Nabila, recordando cuánto la había amado y deseado, y regodeándose en recuerdos cargados de sentimentalismo. Pues esa noche ella estaría muy, muy, muy cansada, decidió. Durante el día entero, de hecho, para que a Raj no se le ocurriera pensar que estaba de humor para satisfacer sus caprichos de amigo con derecho a roce.

–Aún no me has contado cómo pasó –le recordó Raj a Zoe.

Cuando quería saber algo, Raj era como un perro que se negaba a soltar un hueso. No hacía más que insistir en querer adentrarse en

aquel rincón de su memoria que ella prefería evitar. Zoe inspiró profundamente, cosa que no era sencilla, teniéndola como la tenía pegada de espaldas contra la pared de la ducha. Aún no se podía creer que estuvieran haciéndolo en la ducha, pero sí, había adquirido mucha experiencia en esas dos semanas. Se le hacía imposible mantenerse firme en su decisión de negarle el sexo a Raj cuando parecía estar intentando ganarse el título de «amante del año». Era la única analogía que se le ocurría para no pensar en él como un marido.

Pero sí, era evidente que se estaba empleando a fondo en intentar complacerla. Cuando se le había roto el reloj de pulsera, le había regalado uno nuevo con diamantes. Como a su móvil no dejaba de descargársele la batería, por la noche se había encontrado con uno nuevo sobre la almohada. Como sabía que no le gustaba que se cortasen las flores para ponerlas en jarrones, la había llevado de picnic a las colinas de Bania, en medio de un hermoso campo de flores silvestres.

Y aunque detestaba sus zapatos de tacón porque siempre andaba diciendo que un día se caería por las escaleras y se rompería el cuello, le había comprado unas sandalias espectaculares de tacón de aguja. Se las había puesto la noche anterior, cuando él la había llevado a cenar a un pequeño restaurante, donde la gente había fingido, sin demasiado éxito, que no sabían quiénes eran para que pudieran tener un poco de intimidad.

El único problema para Zoe, que estaba encantada con tantas atenciones, era que cada vez le costaba más negar que estaba empezando a sentir algo por Raj. Se recordaba una y otra vez que nada de aquello era real. Sí, era su esposo, pero aquello solo era un matrimonio de conveniencia. Como mucho podía decir que era un amigo, un amigo íntimo, desde luego, pero no se atrevía a dejar que sus pensamientos fuesen más allá. Le aterraba enamorarse de él porque, si cometiera ese error, sabía que él la rechazaría, y eso le destrozaría el corazón.

–Zoe… –murmuró, besándola y mordisqueándola en la nuca y en el cuello, y haciéndola estremecerse de placer–. Quiero saber cómo pasó.

–Y yo no quiero recordarlo.

–Pero sería bueno que hablaras de ello –insistió Raj.

–¡Como si tú hablaras mucho del acoso que sufriste en la academia militar! –le espetó Zoe. A pesar de lo irritada que estaba por su insistencia, echó el trasero hacia atrás y se restregó contra él. Gimió al notar su miembro erecto, aunque tampoco era algo que le

sorprendiera. Era como si Raj fuera insaciable–. Casi tuve que ponerte un cuchillo en el cuello para que me lo contaras –le recordó.

–Pues si yo te lo conté, tú también puedes hacerlo –replicó él deslizando una mano por su espalda.

–Esto se llama tortura sexual –le dijo ella temblorosa.

–Si quieres que pare, solo tienes que decírmelo –le susurró Raj, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Zoe irguió los hombros y murmuró volviéndose hacia él:

–Muy bien, pues te diré que pares, pero tú no podrás mirarme como me miras.

–¿Cómo te miro? –inquirió él.

Sus ojos negros brillaban de deseo. Así, así era como no soportaba que la mirase, porque hacía que ella lo desease a él también. Pero no era más que sexo, se dijo, intentando convencerse. Disfrutaba inmensamente del sexo con él, y para ella lo mejor era la liberación sensual que estaba descubriendo a su lado. Después del intento de violación del que había escapado en su infancia, jamás habría imaginado que un día pudiera llegar a superarlo como lo había superado.

–Muy bien, te lo contaré –claudicó finalmente en un tono quedo, saliendo de la ducha.

No sería capaz de contarle aquello con él tocándola. No quería asociar de ningún modo esos recuerdos traumáticos con hacer el amor con Raj. Salió al dormitorio y se sentó en el borde de la cama, cabizbaja, olvidándose de que ni siquiera se había secado.

Al verla reaccionar así, Raj se puso tenso y pálido. Le preocupaba haberla presionado demasiado en su insistencia por que se abriera a él. Se lio una toalla a la cintura, tomó otra más grande y fue junto a Zoe. La levantó de la cama y la envolvió en la toalla como a una muñeca, pero cuando intentó abrazarla ella se apartó y fue a sentarse en una silla que había junto a la pared.

–Había un chico mayor que yo. Bueno, no mucho mayor. Él tenía catorce años y yo doce –comenzó a decirle con voz temblorosa–. Estaba en el mismo hogar de acogida que yo. Solíamos jugar juntos a videojuegos… Creía que era mi amigo. Había una película que yo quería ver, una comedia romántica, y mi madre de acogida dijo que me llevaría él y cuidaría de mí…, pero no me llevó al cine.

–Zoe, no tienes que contármelo si no quieres –la interrumpió él con voz ronca.

–No. Mis hermanas solían decir que necesitaba hablar de ello, y por eso estuve mucho tiempo yendo a terapia –murmuró Zoe–. No me llevó al cine. Tomó por un camino que decía que era un atajo, y llegamos a una vieja cabaña. Yo iba quejándome porque estaba lloviendo a mares… había tormenta… y me estaba empapando –su respiración se tornó entrecortada–. Dentro de la cabaña había varios chicos esperando. Eran una banda en la que ese chico de mi hogar de acogida quería formar parte. La condición que le habían puesto para admitirle era que llevara allí a una chica virgen. Cuando intenté escapar, empezaron a pegarme, y quedé tan malherida que no podía moverme. Me rasgaron la ropa con una na… navaja… Ni… ni siquiera había nada que ver porque aún no… no me había crecido el pecho –murmuró, reviviendo el terror, el dolor y la vergüenza que había sentido entonces.

Raj se acuclilló frente a ella y tomó sus manos temblorosas, trayéndola de vuelta al presente.

–Eso ha quedado ya muy atrás –le susurró–. Esos recuerdos no pueden hacerte daño a menos que tú lo permitas. Y, como tú misma me dijiste, tuviste suerte… porque eres una superviviente.

Zoe levantó la cabeza, y al ver en los ojos negros de Raj la calma y la fuerza que a ella tan a menudo le faltaban, pudo responder con una voz más firme.

–Sí, es verdad… –murmuró–. Imagino que estarás preguntándote cómo logré evitar que me violaran –añadió–. Fue gracias a la policía. Llevaban varios días detrás de uno de los chicos de la banda, y los habían seguido hasta allí. Forzaron la puerta y me rescataron –le explicó–. Ahora ya sabes por qué sufro ataques de pánico. De hecho, hace unos años me desmoroné en la universidad, y comprendí que era porque no había superado lo que me había pasado. Pero ir a terapia me ayudó muchísimo.

Raj se llevó su mano a los labios y le besó los nudillos. Le temblaban las manos. Le hervía la sangre en las venas, pero se esforzó por contener esa ira que borboteaba en su interior. Lo que Zoe le había relatado era una auténtica historia de terror –ahora comprendía su miedo a los hombres–, pero de nada servía esa ira que sentía hacia aquellos desalmados que habían estado a punto de violarla. Gracias a Dios la policía lo había impedido, y suponía que habían sido castigados por ello. Pero con eso no bastaba, pensó enfurecido, no bastaba para reparar el daño que le habían hecho a Zoe. En Maraban el castigo habría sido la pena de muerte.

En el viaje de regreso en avión a la capital, ya concluida su luna de miel, Zoe se dio cuenta de que el haberle contado a Raj lo que le había pasado de niña había hecho que se volviera distante y taciturno otra vez. Contrajo el rostro y se retorció las manos, preguntándose por qué le habría contado aquello. Le inquietaba haberse abierto a él de ese modo. Se estaba comportando como una tonta; no era buena idea bajar la guardia, dadas las circunstancias.

–Te espera una sorpresa cuando lleguemos a palacio –le anunció Raj de repente.

–¿Una sorpresa?

–Tu cuñado Raffaele está en Tasit por negocios, y tu hermana Vivi lo ha acompañado para venir a hacerte una visita.

Para su sorpresa, Zoe no pareció alegrarse mucho. No era la reacción que había esperado. Parecía que estaba muy unida a sus hermanas, hablando como hablaba con ellas todos los días, y había creído que se pondría loca de contento al recibir la noticia de su visita.

En realidad tenía otra sorpresa para ella, pero la reservaría para más tarde, se dijo sonrojándose ligeramente. Al final había sucumbido a la tentación de comprar aquel diván que había visto por Internet, y no dejaba de sorprenderle hasta qué punto se había desviado de sus intenciones originales al regresar a Maraban por la petición de ayuda de su primo. Era como si la lógica y el sentido común se hubieran desvanecido en cuanto había posado sus ojos en Zoe. Así de simple.

Zoe, que casi nunca se enfadaba, estaba que trinaba ante la visita de su hermana, porque sabía que Vivi solo iba allí para controlarla.

–Qué sorpresa tan agradable… –mintió sonriente mientras abrazaba a su hermana mayor.

¿Cuándo aceptaría por fin que ya no era una niña? Vivi, que tenía una fuerte personalidad, se mostraba muy protectora con aquellos a los que consideraba más débiles, y a ella le dolía que la considerara débil y frágil.

–Quería ver cómo te iba.

–Pero si cada vez que hablamos por teléfono te he dicho que estoy bien –apuntó Zoe, mientras una criada entraba en el saloncito en el que estaban con café y unas magdalenas pequeñas.

Vivi contrajo el rostro.

–Bueno, es que, para serte sincera, en vez de tranquilizarme me

preocupaba, porque parecías tan feliz…

–¡Por amor de Dios!, ¿y desde cuándo el que alguien esté feliz es un síntoma de que hay algo por lo que preocuparse?

–Pero es que yo jamás te había oído tan feliz –le confesó Vivi–. De hecho, aunque sonrías, te rías y parezcas feliz, suele durar muy poco, y ahora, en cambio, cuando nadie lo imaginaría…

–¿Te has fijado en todos los cambios que he hecho? –la interrumpió Zoe, cambiando abruptamente de tema. Dejó la taza en su platito y se levantó de la silla para mostrarle las nuevas adiciones al mobiliario y la decoración–. Una persona del servicio tomó fotos de las estancias que no se usan y me las enviaron mientras estábamos fuera para que decidiera qué muebles y adornos quería traer a nuestros aposentos. ¿No te parece que ahora está mejor?

–Si te va el estilo medieval… –murmuró Vivi resoplando.

Se levantó también y se paseó por el salón, deteniéndose a observar una pieza tallada en madera que, a su juicio, habría quedado fantástica en una película de terror sobre una casa encantada.

–Deja que te enseñe el resto –le dijo Zoe, decidida a evitar a toda costa las preguntas de Vivi.

Porque sí, se sentía feliz, pero no quería pensar demasiado en los motivos.

Cuando entraron en el dormitorio, Vivi se fijó en las sirvientas que estaban deshaciendo las maletas de Zoe y Raj.

–Por cierto, ¿qué fue de aquello de que ibais a tener habitaciones separadas…? –comenzó a preguntar.

Zoe se apresuró a abrir la puerta del cuarto de baño, aunque allí no había cambiado nada, y se quedó de piedra al ver un diván de color púrpura que había aparecido allí en medio.

–¡Vaya, eso me gusta! –exclamó Vivi–. Tiene un toque sexy y decadente –murmuró, acercándose para acariciar el tapizado.

Zoe, que estaba recordando la conversación que había tenido con Raj sobre poner un diván allí en el baño, sintió que se le ardían las mejillas, y una ola de calor afloró en su vientre ante aquel… «desafío». ¿Se atrevería, o no se atrevería a hacer lo que le había dicho? Seguro que eso era lo que Raj habría estado preguntándose todo el día, pensó, y asomó a sus labios una sonrisa soñadora ante aquella idea tan erótica, que le quitó de un plumazo la tensión que le habían provocado la visita de Vivi y sus incómodas preguntas.

–Ya veo –murmuró Vivi–. No hace falta ni que te pregunte –añadió con un suspiro, antes de volver al salón, con Zoe detrás–. Está claro que eso de las habitaciones separadas duró bien poco y

estás durmiendo con él. ¿De quién fue la idea? ¡Porque dudo mucho que fuera tuya! Zoe, tienes que tener cuidado… no puedes dejarte llevar. ¿Qué pasará cuando esto se acabe?

–Da igual de quién fuera la idea –replicó Zoe en un tono quedo–. Lo único que importa es que no hay problemas de ningún tipo entre Raj y yo, y que cómo durmamos es asunto nuestro.

Vivi gimió, llena de frustración.

–¡Te has enamorado de él! Lo llevas escrito en la cara –la acusó, visiblemente preocupada–. ¡Ese maldito donjuán se ha aprovechado de ti tal y como me temía que pasaría!

–¡Vivi! –la increpó Zoe, cruzando el salón para plantarse frente a ella–. ¡No te permito que hables así de Raj!

Vivi, que nunca la había oído alzar la voz, la miró aturdida.

–¡No he dicho nada que no le diría a la cara! –replicó, poniéndose a la defensiva–. Solo intento protegerte, pero parece que llego tarde. Maldito abuelo… todo esto es culpa suya. Su estúpido esnobismo te empujó a este matrimonio y acabarás haciéndote daño a ti misma.

–¿Por qué dices eso?

–Porque lo veo en tu cara: estás enamorada de ese tipo, que solo se casó contigo para complacer a su padre, y para utilizar la memoria de nuestra abuela para mejorar su estatus ante su pueblo.

–No estoy enamorada de él –replicó Zoe con fiereza–. Me da igual que pienses que soy una golfa, pero entre nosotros no hay más que sexo.

Vivi dejó escapar un pesado suspiro.

–¿Y qué sabrás tú de una relación así?

Zoe alzó la barbilla.

–Estoy aprendiendo, como cualquier otra mujer. Necesito ser libre, aunque cometa errores. Hay que equivocarse para madurar –argumentó–. Y ya no soy una niña.

–Eso está claro –concedió Vivi a regañadientes–. Jamás pensé en que llegaría el día en que una mocosa como tú me llevaría la contraria –añadió con una media sonrisa.

–¡Eso lo hace hasta Winnie! –contestó Zoe riéndose, y le dio un abrazo a su hermana, aliviada de que aquella tensa disputa hubiera terminado.

Después de que Vivi se hubiera marchado, una hora después, Zoe volvió pensativa a sus aposentos. No estaba enamorada de Raj, se reiteró. Simplemente se sentía feliz a su lado. ¿Qué había de malo en eso? No había habido demasiada felicidad en su vida, y ahora estaba decidida a disfrutar de cada momento.

Entró en el cuarto de baño y se quedó mirando el diván, que parecía, como había pensado antes, un desafío, una invitación, y sonrió antes de salir al patio privado en torno al cual estaban dispuestos sus aposentos.

Todo lo que veía a su alrededor era una muestra del deseo de Raj por complacerla y hacerla feliz. En su ausencia, el patio, que antes de irse a su viaje de luna de miel había sido bastante triste, ahora era un espectacular estallido de verdes plantas de grandes hojas y flores exóticas. Hasta habían arreglado la fuente, que antes no funcionaba, y ahora borboteaba con un alegre murmullo.

Raj no le había dicho nada de aquello; lo había hecho para darle la sorpresa. Y tampoco esperaba nunca que le diera las gracias.

No necesitaba que la amara como había amado a Nabila; solo necesitaba esas pequeñas muestras de que le importaba, se dijo. ¡Y vaya si se lo demostraba a diario! ¿Qué más podría esperar en un matrimonio de conveniencia? Al fin y al cabo, le estaba dando muchísimo más de lo que ella jamás habría esperado recibir. Sabía que aquello tenía fecha de caducidad, pero lo había aceptado y lo había hecho por elección propia. Porque había decidido vivir el presente y preocuparse por el mañana cuando llegase…

Capítulo 9

CUANDO Zoe, que estaba en la cama, se incorporó, se notó mareada y con el estómago revuelto, y la asaltó la preocupación. Al principio había pensado que era un virus, pero habían pasado varias semanas, y seguía teniendo los mismos síntomas y el mismo malestar. Raj le había sugerido que la viera el médico de palacio, pero ella le había dicho que no porque estaba empezando a sospechar que pudiera ser otra cosa.

Se bajó de la cama para ir al cuarto de baño, y cuando vio en el espejo lo pálida que estaba frunció el ceño. Había perdido peso y sus ojos parecían demasiado grandes para su rostro. Tan pronto como se le pasaron los mareos se dio una ducha, intentando no empezar a angustiarse otra vez por el hecho de que no había vuelto a tener el periodo desde que había llegado a Maraban.

No podía ser que estuviese embarazada, por más que los mareos, las náuseas y el que se notase los pechos más sensibles de lo normal le recordase a los síntomas que habían experimentado sus hermanas durante sus embarazos.

¿Cómo iba a estar embarazada cuando Raj había utilizado preservativo cada vez que habían hecho el amor? Sin embargo, sí recordaba una ocasión, hacía unas semanas, en la ducha, en que se le había pasado. Ella había estado a punto de mencionarlo, pero al final no lo había hecho. Ahora lamentaba no haberlo hecho.

Claro que ningún método anticonceptivo era infalible, se recordó. ¿Pero cómo podría descartarlo si no podía salir sola de palacio para comprar una prueba de embarazo? Además, siendo como era la esposa del príncipe heredero, si la gente la viera comprando una prueba de embarazo se pondrían como locos. Resultaba irónico que algo que haría feliz al pueblo a ella la llenara de aprensión, porque no podía olvidar lo que Raj había dicho acerca de que en su situación algo así sería un desastre.

Y lo sería por supuesto, cuando aquel matrimonio solo era algo temporal, y porque si tuviera un hijo varón se convertiría en el heredero al trono. Si así fuera, tendría que quedarse a vivir en

Maraban al menos los próximos veinte años como exesposa de Raj, y desde luego aquella idea no la atraía en absoluto. Tendría que permanecer a un lado, viendo cómo Raj se casaba con otra mujer y formaba una familia.

Cuando salió del dormitorio con un vestido azul pastel, el cabello recogido en una trenza y perfectamente maquillada, la secretaria que le habían asignado, Bahar, una joven morena, estaba esperándola con una lista de sus compromisos para ese día.

La complacía tremendamente que, después de tres meses lejos de casa, hubiera adquirido la suficiente confianza en sí misma para visitar colegios y otros lugares sin tener que arrastrar a Raj con ella para sentirse respaldada. Ir a Maraban y casarse con Raj era la mejor decisión que había tomado para hacerse más fuerte y dejar atrás el pasado.

Cuando se sentó en el comedor y le llevaron el desayuno, a Zoe se le revolvió el estómago con solo mirar la comida, así que apartó el plato y se tomó solo una taza de té. Además, no quería arriesgarse a comer y que le entraran ganas de vomitar en público; sería muy violento, se dijo, estremeciéndose de solo pensarlo. Ya se tomaría algo más tarde. Y con un poco de suerte ya se le habrían pasado las náuseas.

Sin embargo, cuando estaba bajando el último tramo de escaleras empezó a preguntarse si no debería llamar a Raj cuando empezaron a entrarle sudores fríos. Las piernas le flaqueaban y tuvo que agarrarse a la balaustrada de piedra para mantenerse en pie, pero los mareos eran cada vez peores. Sintió que se tambaleaba, notó que alguien la sujetaba por detrás y perdió el conocimiento.

Cuando Zoe volvió en sí, contrajo el rostro al sentir el pinchazo en el brazo, y apretó la mano que estaba sujetando la suya. Parpadeó y vio a Raj inclinado sobre ella, diciéndole:

–No intentes volver a levantarte, no vayas a desmayarte otra vez. El doctor Fadel ha pensado que sería bueno hacerte un análisis de sangre.

El tono tan quedo en que le habló hizo a Zoe pasear la mirada por la sala y vio que detrás de él había varias personas mirándola preocupadas. Azorada, cerró los ojos de nuevo.

–Pero es que llegaré tarde al acto al que tengo que asistir –protestó.

–Hoy no saldrás de palacio –replicó Raj.

–Pero…

–No. No hasta que el médico nos diga qué te ocurre –le dijo Raj en un tono severo al que no la tenía acostumbrada.

Aturdida por su actitud, abrió los ojos para mirarlo, pero vio que se había alejado unos pasos para hablar con un hombre mayor que estaba cerrando un maletín de médico sobre un escritorio. Comprendió que estaba en el estudio de Raj, echada en el sofá en el que él había dormido los primeros días, cuando se habían casado, y se incorporó despacio, hasta quedarse sentada.

Raj volvió a su lado.

–Vuelve a tenderte y quédate quieta –le dijo airado.

Estaba furioso con ella. ¿Pero por qué? Probablemente por el revuelo que debía haber causado su desmayo, pensó avergonzada, porque la sala estaba llena de personas intentando hablar con Raj en su idioma, todos al mismo tiempo. Ella solo conseguía entender una palabra de cada tres, y solo cuando eran palabras sencillas. Se había propuesto aprender árabe, pero sus progresos eran muy lentos. Al cabo todos se marcharon y se quedó a solas con Raj.

–¿Puedo incorporarme ya, o te enfadarás otra vez si lo hago? –le preguntó en un murmullo.

Raj, que estaba en el otro extremo del estudio, la miró y se acercó, pero se quedó a unos pasos, como si se hubiera levantado de repente un muro invisible entre ambos.

–Perdona. No estaba enfadado contigo, sino conmigo, por no haberme preocupado lo suficiente de tu salud –admitió algo tenso–. Sabía que no estabas bien, pero te hice caso cuando me dijiste que no hacía falta que te viera el médico. ¡No debería haberte escuchado!

–Raj, fue culpa mía. Es este estúpido virus… Y, además, no me gustan demasiado los médicos.

–Pues tendrás que darle luego las gracias a tu guardaespaldas, Carim. Te ha salvado la vida al evitar que te cayeras por las escaleras. Podrías haberte roto un brazo, o una pierna… –le dijo con voz trémula por la ira y los puños apretados–. O algo peor; podrías haberte matado. Y podríamos haber evitado ese riesgo.

–Tienes razón –asintió Zoe.

–Te di mi palabra de que iba a cuidar de ti, y no he cumplido con mi deber –dijo Raj con voz ronca.

Zoe palideció.

–No es tu deber. Soy adulta, y tomé una mala decisión al no querer consultarlo con el médico, pero por favor no te culpes. El error ha sido mío.

–¿Cómo no voy a culparme? –le espetó él con incredulidad–.

Eres mi esposa, y estás en un país que no conoces. ¿Quién si no debería ser responsable de tu bienestar?

«No soy tu esposa de verdad». Esas palabras acudieron a su mente, pero no llegaron a salir de sus labios porque comprendió que, aunque no lo fuera, Raj seguiría considerando que era su deber asegurar su bienestar. Tres meses atrás le habría dicho esas palabras, pero ahora que lo conocía un poco mejor sabía de las pesadas responsabilidades que aceptaba sin protestar. Además, ahora que la salud de su padre, el rey, estaba declinando con la edad, y que había días en que no podía abandonar sus aposentos, las obligaciones del monarca iban recayendo cada vez más sobre sus hombros.

–Te pido disculpas si te ha parecido que te he hablado con rudeza, o enfadado –murmuró Raj–, pero es que estaba muy preocupado.

–Lo comprendo. Ya estoy mejor. De hecho, creo que me encuentro bien como para ir a ese acto público.

–No, iré yo en tu lugar –decretó Raj–. No dejaré que vayas a ningún sitio hasta que el doctor no nos haya dicho…

–Por el amor de Dios, Raj, estoy bien… –insistió ella, bajando las piernas del sofá para demostrárselo.

–Eso ya lo veremos –le dijo Raj con firmeza. Fue junto a ella, la tomó de la mano para ayudarla a levantarse y la atrajo hacia sí. Sus ojos negros escrutaron su delicado rostro–. Pero hoy te tomarás el día con calma. Además, tengo la tarde libre, así que, si te sientes con fuerzas para darme la bienvenida en ese sofá cuando vuelva, me harás muy feliz.

Zoe se rio suavemente y se puso de puntillas para besarlo en los labios. Y así, con ese sencillo gesto, Raj se olvidó por arte de magia de la inquietud que lo embargaba y respondió al beso con ardor.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Zoe lo agarró de la camisa con ambas manos, ávida por arrancársela. Lo notaba duro y dispuesto contra ella, y una ola de deseo la recorrió.

Raj tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para apartarla de él.

–No podemos. Están esperándome en ese acto –le recordó jadeante–. Pero esta es una de esas ocasiones en las que desearía ser libre para mandar a todo el mundo excepto a ti a paseo.

Zoe se sonrojó, sintiéndose algo culpable por haberlo tentado de esa manera, porque era egoísta entretenerlo cuando tenía obligaciones que atender. Pero recordó la promesa que le había hecho de hacerle el amor en el sofá del estudio a su regreso, y se estremeció de placer de solo imaginarlo.

¿Qué había sido de la tímida joven que había sido hasta hacía unos meses? No era nada tímida con Raj. De hecho, estaba haciendo cosas con él que jamás se habría imaginado haciendo con ningún hombre, cosas como comprar lencería muy provocativa y posar con ella para Raj, deleitándose al ver cómo se desataba el deseo en él. Estaba descubriendo facetas de sí misma que apenas acababa de empezar a explorar y era algo con lo que disfrutaba enormemente.

Cuando salieron del estudio, le dio las gracias al guardaespaldas que había evitado que se cayera por las escaleras, y el hombre le sonrió, diciéndole en un inglés chapurreado que habría preferido morir antes que dejar que le ocurriera nada, estando como estaba a su cuidado. Esas palabras la conmovieron tanto, que cuando iba subiendo las escaleras, de vuelta a sus aposentos, se dio cuenta de que hasta entonces no había sido consciente del valor que tenía como esposa del príncipe heredero para las personas que la rodeaban. Todas esas personas se llevarían una decepción cuando se separaran, pensó. No sabían que era una esposa de pega, que no era más que una mentira, convenientemente adornada, para ser exhibida en público, pensó apesadumbrada.

Zoe estaba almorzando cuando el doctor Fadel, el médico al que había visto en el estudio de Raj llamó a la puerta de sus aposentos. Era el médico personal del rey Tahir y, por suerte para ella, había estudiado en Londres y hablaba un inglés excelente.

Después de las cortesías habituales, le preguntó si podía pedir al servicio que se retirara, y ella asintió con el ceño ligeramente fruncido, tensa ante lo que le fuera a decir. Probablemente que sus hormonas estaban un poco revueltas, y la verdad era que no le habría gustado que hablasen de la ausencia de su periodo menstrual con los sirvientes de por medio.

–Me siento muy afortunado de poder ser yo quien le dé esta feliz noticia, alteza –le dijo con una sonrisa radiante–: está embarazada.

–¿Embarazada? –repitió Zoe, como si no hubiera oído antes aquella palabra.

Volvió a sentarse en la silla de la que se había levantado para recibirlo, aturdida por aquella noticia. Sus temores se habían confirmado, y era como si el mundo estuviese temblando bajo sus pies.

–El análisis de sangre lo confirmó. Claro que es imposible para mí decirle nada más sin examinarla –añadió el médico–. ¿Me lo permitiría?, ¿o preferiría que lo hiciese otro médico, quizá un

especialista? Puedo decirle que no me falta experiencia; atiendo a muchas mujeres aquí en palacio.

Zoe seguía aturdida. Se apoyó en la mesa para levantarse de nuevo. ¿Embarazada?, se repitió una vez más, angustiada, en su mente, preguntándose si no podría ser un error. Estaría dispuesta a dejar que la examinaran si con ello se desvelase que lo era, pensó atemorizada mientas acompañaba al doctor a su consulta, dentro del propio palacio.

El médico lamentó la falta de ascensores en el edificio, y le dijo que hablaría con Raj de la necesidad de instalar uno cuanto antes, porque no se podía pretender que una embarazada anduviera subiendo y bajando escaleras, y menos aún una que llevaba en su vientre a una criatura tan importante para todo el reino.

Zoe no estaba segura de que Raj fuera a verlo así, no cuando Raj había sido tan franco al respecto, diciendo que un embarazo en sus circunstancias sería un desastre. Y ella estaba hecha un lío. Por un lado, le encantaban los niños, y si de verdad estaba embarazada quería tener ese hijo, pero, por otro lado, casi esperaba que el médico se hubiera equivocado, por cómo reaccionaría Raj.

Ya en la consulta el médico la hizo tenderse en una camilla para hacerle una ecografía, y cuando vio la imagen en la pantalla y oyó los latidos del bebé palideció, sintiéndose como una tonta por haber pensado que el médico pudiera haberse equivocado. Y su sorpresa fue aún mayor cuando le dijo que estaba de tres meses, y casi a punto de entrar en el segundo trimestre, lo que significaba que se había quedado embarazada muy poco después de la boda.

El médico le dispensó unas vitaminas y la felicitó, mirándola como si fuera un milagro andante. Zoe supuso que, en comparación con la generación anterior de la familia real desde lego debía parecérselo, porque el monarca había tenido que esperar treinta años y casarse tres veces para concebir a Raj.

–Esta noticia hará al rey muy feliz –le dijo el médico alegremente.

–Pero… –balbució Zoe.

–A su majestad le hará mucho bien esa noticia con lo precario que es su estado de salud –insistió el médico, muy serio.

–Sí, pero querría decírselo primero a mi marido, y que sea él quien se la dé –replicó Zoe con firmeza.

Para sus adentros, sin embargo, sabía que estaba perdiendo el tiempo al pedirle aquello, porque ahora el médico, la enfermera, y quien hubiera llevado a cabo el análisis de sangre ya sabían que

estaba embarazada. Y fue consciente de lo rápidamente que se había difundido la noticia cuando, a los pocos minutos de volver a sus aposentos la doncella la llevó al dormitorio donde, junto a la cama, le esperaban una taza de té, unas galletas de jengibre y el libro que estaba leyendo, en una clara invitación a que descansase, como solía aconsejarse a las embarazadas.

Reprimiendo un gemido de irritación, se quitó los zapatos y el vestido y se tendió sobre la colcha, abrumada ante la idea de tener que contárselo a Raj cuando llegase, porque no le quedaba otro remedio. ¿Sería más fácil si se lo dijera después de que hiciesen el amor en el sofá de su estudio, como le habría prometido?, ¿o parecería un intento de manipulación por su parte?

Al final no llegó a tomar esa decisión porque se quedó dormida y durmió toda la tarde. Se despertó, sobresaltada, al oír cerrarse la puerta del dormitorio. Raj se acercó a la cama y sus ojos, oscuros de deseo, recorrieron su figura, allí echada en ropa interior. Se sentó a su lado, al borde de la cama.

–¿Cómo te encuentras?

–Bien. Con un poco de hambre ahora que las náuseas me han dado un respiro. El doctor Fadel ha dicho que con un poco de suerte pronto dejaré de tenerlas –le dijo–. Es que… verás, resulta que no estoy enferma como yo pensaba. Estoy embarazada…

Lo miró nerviosa, vacilante, esperando su reacción. Raj apretó la mandíbula y sus apuestas facciones se tensaron.

–Creo que debió ser aquella vez que lo hicimos en la ducha, poco después de la boda. Olvidaste ponerte preservativo. Debería habértelo dicho, pero no pensé que fuera a pasar nada por una vez… –reconoció incómoda, deseando que él dijera algo.

Raj parpadeó, porque por un momento se había olvidado de todo cuanto lo rodeaba. Lo que Zoe acababa de decirle era lo último que se habría esperado, pero también le hizo tener una revelación que lo dejó aún más aturdido, y palideció al darse cuenta de la situación en que se encontraban.

–La verdad es que en estos tres meses lo hemos estado haciendo casi sin parar –murmuró apesadumbrado–. ¿Qué puedo decir? La culpa es mía por ese descuido. Y ahora vamos a ser padres… Perdóname, es que todavía estoy aturdido, porque no me lo esperaba.

–Dijiste que si me quedara embarazada sería un desastre –le recordó Zoe vacilante.

No sabía cómo interpretar su reacción, y menos aún cuando se

levantó, como un resorte, y se puso a pasear arriba y abajo, como si estuviera demasiado inquieto para permanecer sentado.

–Bueno, un desastre más para ti que para mí –le aclaró Raj–. Habíamos acordado separarnos después de unos meses, pero no puedo dejar que te marches ahora que llevas un hijo mío en tu vientre. Además, tampoco querría que ese hijo se criara sin su padre, o sin su madre. A mí me parece que lo estamos llevando bien, y que podrías considerar quedarte más de lo previsto. ¿Qué opinas? –le preguntó, enarcando una ceja–. Si siguiéramos casados, podríamos criar a nuestro hijo juntos.

Zoe, que había estado conteniendo el aliento, resopló temblorosa. Sintió que le picaban los ojos, como si fuese a estallar en llanto.

–Entonces, ¿seguimos casados y ya está? –le preguntó.

–¿Por qué no? Creo que los dos nos sentimos cómodos con este matrimonio, ¿no? –inquirió él, poniéndose tenso.

Zoe asintió, aunque no pudo evitar desear que Raj hubiese mostrado algo más de emoción respecto a seguir casado con ella. Ya estaba otra vez, deseando lo que no podía tener, se reprochó. Recordó los celos que la habían asaltado al ver las fotos de Raj con Nabila, donde tan claramente se veía el amor que había sentido por ella. No podía hacer nada con respecto a esos sentimientos, salvo reprimirlos y ocultárselos a Raj. Además, teniendo en cuenta que aquel no había sido desde el principio más que un matrimonio de conveniencia, era absurdo y patético que deseara que Raj también se enamorara de ella.

–Has dicho que podría considerar quedarme «más de lo previsto» –murmuró con un nudo en la garganta–. ¿Cuánto tiempo sería eso?

Raj se puso tenso y se pasó una mano por el cabello.

–¿Hace falta precisar tanto?

Zoe tragó saliva al oír el tono de reproche en su voz.

–Bueno, sería más fácil para mí si pudiera saber cómo ves el futuro.

–Contigo y con nuestro hijo. No quiero imponer ningún límite. Querría que nos olvidáramos de las condiciones que acordamos, que hiciéramos de este un matrimonio normal –le dijo Raj sin vacilar–. Dios… Todavía no puedo creerme que estés embarazada.

–Yo tampoco –admitió Zoe, bajándose de la cama.

Raj se acercó y la rodeó con sus brazos.

–No creí que pudiera pasar con tanta facilidad… casi parece un milagro –murmuró Raj, sentándose en la cama con ella–. ¿Todavía podemos…?

–Pues claro que sí –asintió ella.

Sentía cierto alivio de saber que Raj quería seguir teniendo relaciones con ella. No era exactamente la situación que ella habría querido, admitió a regañadientes, no cuando solo quería seguir casado con ella porque estaba embarazada, pero que a partir de ese momento aquel fuese a ser un matrimonio de verdad y no solo una relación de amigos con derecho a roce ya era un enorme avance.

–¿En qué piensas? –le preguntó Raj cuando se tumbaron.

–En nada importante –contestó ella.

Y lo decía porque no le parecía que aquello fuera tan importante, aunque para sus adentros supiera que, antes o después, volvería a caer en la trampa de ansiar más de lo que él estaba dispuesto a darle.

Raj la besó con dulzura, y mordisqueó suavemente su labio inferior. Zoe enredó los dedos en sus rizos negros, y una sensación de calor afloró en su pelvis cuando Raj deslizó sus estrechas caderas entre sus muslos y notó lo excitado que estaba. ¿Le bastaba con eso?, se preguntó Zoe, ¿con que la deseara? ¿A pesar de saber que solo quería seguir casado con ella porque estaba embarazada? Apartó ese pensamiento de su mente. Había conseguido más de él de lo que jamás habría esperado conseguir. Querer aún más sería egoísta por su parte.

–No sabes cuánto te deseo… –murmuró Raj con voz ronca, incorporándose para quitarse la camisa y la corbata–. Saber que llevas un hijo mío en tu vientre te hace aún más sexy…

Raj la levantó un poco para desabrocharle el sujetador. Cuando sus pequeños senos quedaron al descubierto, gruñó de satisfacción. Se agachó para tomar un pezón endurecido en su boca, y Zoe gimió cuando empezó a pellizcarle el otro.

–Me vuelve loco cómo respondes a cada una de mis caricias… –murmuró–. Me encanta tu cuerpo…

No hacía falta que se lo jurara; no la dejaba tranquila ni a sol ni a sombra. Era incapaz de pasar a su lado sin tocarla de algún modo, y si estaban a solas casi siempre acababan en la cama, aunque también lo habían hecho en el sofá de su estudio una o dos veces y en una ocasión en la limusina. Tenía un apetito sexual sorprendente.

Raj le bajó las braguitas, se bajó la cremallera de los pantalones y acabó de desvestirse con esa impaciencia que siempre la excitaba. Y ahora era suyo, suyo de verdad, como una preciada posesión por la que hubiera estado luchando sin saberlo. Ella habría querido también su amor, pero ¿qué mujer no querría eso? Si él podía

contentarse con menos, ella también, se dijo mientras Raj descendía por su cuerpo, con pequeños besos y caricias que la abrasaban.

Y luego, por fin, se colocó entre sus muslos para darle el mayor placer de todos. Cuando los espasmos de placer empezaron a sacudir la parte inferior de su cuerpo, se aferró a su cabello con ambas manos y se retorció debajo de él, suplicándole. Raj la besó apasionadamente y sacudió las caderas contra las suyas, empujándole las piernas hacia atrás para poder llegar aún más adentro. Ella se arqueaba, jadeante, para responder a cada una de sus embestidas, y cuando pensaba que ya no podría sentir más placer le sobrevino un orgasmo salvaje que la hizo derrumbarse sobre el colchón, maravillosamente cansada y satisfecha.

Zoe, que todavía se hallaba presa de los últimos coletazos del intenso clímax, no había oído sonar el móvil de Raj, pero cuando se repuso se dio cuenta de que no la tenía entre sus brazos, como era su costumbre, cuando acababan de hacer el amor. Se giró y vio que se había levantado de la cama, y que estaba hablando por el móvil, paseándose desnudo por la habitación. Zoe se incorporó, apoyando la barbilla en el hueco de la mano, y se deleitó la vista siguiéndolo con la mirada. Sin embargo, empezó a inquietarse cuando lo vio hacer varias llamadas seguidas y se fijó en que había pasado de sonreír a ponerse muy serio. No sabía si había pasado algo bueno o malo.

–Me temo que voy a tener que marcharme –le dijo cuando colgó.

–Pero si es muy tarde.

–Los obreros han encontrado unos restos arqueológicos en el solar de Josias.

–¿Te refieres al proyecto de ese hospital que me comentaste que se iba a construir?

–Sí. Es un descubrimiento muy emocionante, pero implica también que no se podrá seguir con las obras hasta que lo hayan visto los peritos arqueológicos, y eso dejará el proyecto en el aire. Tengo que ir allí para hablar con los capataces. Puede que haya que abandonar el proyecto –concluyó Raj muy serio–, y sería un problema, porque hace mucha falta un hospital en esa zona.

Al recordar que Nabila era la directora de la constructora que estaba llevando a cabo ese proyecto, Zoe se incorporó inquieta, sabiendo que Raj iba a volver a reunirse con ella después de ocho años.

–¡Voy contigo! –le dijo.

–¿Para qué quieres venir? Voy a estar toda la noche reunido con los capataces, y probablemente buena parte de mañana –le dijo él sin mirarla, mientras entraba en el cuarto de baño.

–Aun así, me habría gustado ir… –murmuró Zoe en un hilo de voz, ahora que él ya no estaba.

Claro que tampoco sería buena idea mostrarse tan posesiva, se reprendió. Había pocas cosas que desagradaran más a los hombres que una mujer celosa e insegura, y sin duda Raj se cansaría pronto de ella si empezaba a comportarse como una paranoica solo porque iba a reencontrarse con su exnovia en un entorno de trabajo. Tenía que comportarse como una adulta, se dijo con firmeza. Además, nada iba a cambiar entre ellos a corto plazo: estaba embarazada y ahora su matrimonio era un matrimonio de verdad.

Pero… ¿qué sentiría Raj respecto a ese cambio? La verdad era que no tenía ni idea, y ese pensamiento la inquietó aún más, haciéndola sentirse insegura de nuevo. Por desgracia, lo más cerca que había estado Raj de expresar cómo se sentía al respecto era eso que le había dicho de que lo excitaba aún más sabiendo que estaba embarazada de él. Y había calificado aquel embarazo de «milagro», con lo que se suponía que el hecho de que se hubiera quedado embarazada lo complacía.

Zoe contrajo el rostro. Si era así, ¿no podría haberlo dicho, abiertamente? En realidad, mientras estaba recordando esa conversación con él, cayó en la cuenta de que Raj no le había dejado entrever emoción alguna, y en un hombre tan intenso como él aquello no la tranquilizaba precisamente.

Se preguntó si podría ser que el deber y el sentido de la responsabilidad hubieran sido lo único que lo había empujado a pedirle que siguiera casada con él. Y si fuera así, ¿qué podría hacer ella?

Capítulo 10

EL móvil de Raj no dejó de sonar hasta que abandonó el palacio. Se sentía culpable porque Zoe había estado muy callada cuando la había dejado. Pero de ninguna manera habría considerado la posibilidad de llevarla con él a esas horas, y menos estando embarazada como estaba.

Aunque no se quejaba, la veía muy frágil. Había perdido el apetito y bajado de peso. Y aunque él lo había notado, no había dicho nada porque jamás se le habría ocurrido que pudiera ser porque estaba embarazada. ¿Qué clase de marido era? No podía decirse que se hubiera comportado como un buen marido, desde luego, se dijo, molesto consigo mismo.

Y ahora iba a ser padre… Una sonrisa se dibujó en sus labios. Era maravilloso, casi un milagro, dadas las circunstancias. En ese momento, mientras esperaba su limusina frente al palacio, volvió a sonarle el móvil, y se quedó paralizado cuando el hombre al otro lado de la línea se presentó. Era un conocido periodista, que lo llamaba para darle una advertencia que lo dejó perplejo. Nada más colgar llamó a su primo Omar para ponerlo al corriente, y Raj le dijo que se reuniría en el solar de Josias con él.

A primeras horas del día siguiente, después de haber estado en planta toda la noche y de haber inspeccionado el hallazgo con los entusiasmados arqueólogos, que tenían la esperanza de que fuera una legendaria ciudad perdida construida hacía siglos por Alejandro Magno, Raj estaba deseando acostarse y dormir un poco.

Cuando entró en el pequeño hotel en el que había reservado una habitación, se alegró de no haber dejado que Zoe lo acompañara, porque allí no habría podido ofrecerle las comodidades que requería una mujer en su estado. Como su padre le había dicho unas horas antes, cuando lo había llamado para darle la buena noticia, en adelante debería tratar a Zoe como la reina que un día sería.

Aquel recuerdo le hizo sonreír, y se lo contó a su primo Omar, que estaba a su lado cuando abrió la puerta de la habitación. Y entonces recordó también la advertencia del periodista, que había

olvidado porque hasta ese momento no se había encontrado con Nabila. Nabila… que estaba dentro de la habitación, sentada en la cama. Al oírlo entrar dejó caer la sábana con la que estaba tapada, dejando al descubierto sus pechos desnudos, y se apresuró a cubrirse, con fingido puritanismo, cuando vio a Omar a su lado.

–¡Por el amor de Dios, dile a Omar que se vaya! –lo urgió Nabila.

Raj, aún con la mano en el picaporte, la miró furibundo.

–No me voy a ninguna parte –le espetó Omar. Nabila nunca le había resultado simpática, por muy enamorado que Raj hubiera estado de ella–. Me congratula saber que no me equivocaba, que eres capaz de caer aún más bajo de lo que esperaba.

Raj avanzó hasta el pie de la cama en un par de zancadas.

–¿A qué diablos estás jugando? –la increpó.

Nabila decidió ignorar a Omar y miró a Raj con ojos seductores.

–Te deseo, y me da igual lo que tenga que hacer para hacerte mío –lo miró largamente–. Mírame y dime que no sientes curiosidad por saber cómo sería acostarte conmigo.

Raj la miró repugnado, se dio media vuelta y salió al pasillo, donde esperaban sus guardaespaldas.

–Sacadla de aquí… y pedidme otra habitación –les ordenó con impaciencia.

–No te pido que te cases conmigo –le insistió Nabila, que se había levantado de la cama, envuelta en la sábana–. Sería tu amante… tu fantasía secreta…

Raj se volvió hacia ella y antes de alejarse, le respondió con aspereza:

–Mi esposa es la suma de todas mis fantasías secretas hechas realidad.

Unas horas después, Raj estaba disfrutando de un desayuno de trabajo en la terraza del hotel junto con Omar y el equipo directivo de Major Holdings, incluida Nabila, que había tenido la desfachatez de sentarse frente a él. Raj la ignoró lo mejor que pudo, sin dignarse siquiera a mirarla cuando hablaba.

–¡Raj! –exclamó ella en un momento dado, sobresaltándolo, y alargando el brazo para poner su mano sobre la de él.

Esa familiaridad fuera de lugar y la expresión suplicante en su rostro lo desconcertó de tal modo, que se quedó paralizado por un momento antes de apartar su mano, increpándose por no haber reaccionado antes a aquella amenaza. Porque Nabila era una

amenaza, sí, se dijo furioso, una amenaza para su matrimonio.

No tenía la menor duda de que debía haber un fotógrafo oculto en las proximidades, probablemente con una cámara con teleobjetivo, de que habría captado esa imagen de ella con su mano sobre la de él, y de que la intención era publicar esa foto robada recortando al resto del grupo, para que pareciera que estaban a solas.

Zoe se giró en la cama, soñolienta, preguntándose qué la había despertado, y no se dio cuenta de que su móvil, que se había quedado sobre la cómoda a un lado de la cama, se había encendido. Palpó el otro lado de la cama, y entonces se acordó de que Raj le había dicho que pasaría toda la noche fuera. Con un suspiro, apartó la mano del colchón, se recordó que no debía ser tan dependiente, que no podía esperar que estuviese todo el tiempo con ella, y volvió a dormirse.

Cuando volvió a despertarse, se quedó atónita al encontrar a sus hermanas junto a su cama.

–¿Qué hacéis aquí? Y a esta hora del día… –les preguntó, parpadeando con incredulidad.

–Estábamos de compras en Dubái, así que no nos pillaba muy lejos –le explicó Winnie con cierta tirantez–. Queremos que te vengas con nosotras. Y el abuelo está de acuerdo.

Zoe se incorporó.

–¿Por qué diablos iba a querer irme?

–Porque Raj ha estado engañándote cuando estás enamorada de él –le contestó Vivi–. ¡Es una sanguijuela!

Zoe frunció el ceño.

–No… Raj no me haría algo así –replicó muy segura. Confiaba plenamente en él.

Winnie le plantó su móvil en la cara, y Zoe parpadeó al ver una foto de Raj con Nabila. Estaban sentados en una especie de cafetería, y ella tenía su mano sobre la de él. Raj estaba muy serio, y ella lo miraba implorante. ¿Pero implorándole qué? Un sudor frío le recorrió la espalda y de repente sintió náuseas y tuvo que correr al cuarto de baño para vomitar.

–¿De cuándo es esa foto? –les preguntó, asomándose a la puerta abierta del baño–. Raj se fue anoche.

¿Acaso importaba cuándo se hubiese tomado?

–El abuelo ha recibido esta mañana una llamada, ofreciéndole la

posibilidad de pagar por esa foto para evitar que se publicase –le dijo Winnie repugnada–. Imagino que la hizo algún paparazi ambicioso, que pensó lo que podría valer esa foto si se la vendiera a algún periódico.

Zoe, que aún estaba débil por haber vomitado, se inclinó sobre el lavabo para enjuagarse la boca.

Vivi la ayudó a sentarse en el diván.

–Pon la cabeza entre las piernas e inspira profundamente –le dijo–. ¿Qué te pasa?, ¿estás enferma?

–Embarazada –murmuró Zoe, que aún estaba aturdida por la foto.

No podía soportar el dolor que la inundaba. Raj se había negado a llevarla con él la noche anterior, y ahora comprendía por qué…

–¡¿Embarazada?! –exclamó Vivi, y Winnie y ella se enzarzaron en una discusión.

Zoe las ignoró, porque tenía cosas más importantes en las que pensar, decisiones importantes que tendría que tomar. ¿Cómo podría seguir casada con un hombre que amaba a otra mujer y estaba viéndose a sus espaldas con ella?

–Te seré franca –le dijo Vivi en un tono quedo–: tú estás enamorada de Raj, él te está haciendo daño, y nosotras te queremos y no podemos quedarnos de brazos cruzados y permitirlo.

–No estoy enamorada de él –mintió Zoe para aparentar fortaleza, aunque los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

No, no podía negar la verdad, la verdad que había reprimido y a la que no se había querido enfrentar. Estaba perdidamente enamorada de Raj por un montón de motivos equivocados. Motivos como su sonrisa, el sonido de su voz, lo apasionado que era cuando hacían el amor… Motivos como el té inglés que había hecho que le compraran porque era su favorito, o los maravillosos zapatos que le había comprado y había dejado en el vestidor sin siquiera decírselo…

Winnie también estaba al borde de las lágrimas.

–Vente con nosotras a Atenas… ¡por favor!

El primer impulso de Zoe fue decir que no, hasta que consideró las alternativas que tenía. Podía plantarle cara a Raj, y probablemente él admitiría la verdad, lo cual no sería ningún consuelo. Podría fingir que no había visto aquella fotografía, y sufrir en silencio, lo cual sería aún peor. O podría hacer caso a sus hermanas, marcharse para tomar distancia y decidir qué iba a hacer. No sería huir, se dijo, sino darse tiempo para controlar sus

emociones y resolver aquello como una adulta. Si se quedaba, no podría evitar llorar delante de él, dejándole entrever que le había hecho daño, ¿y de qué serviría eso?

Pero… ¿y si en realidad Raj no la hubiera engañado? Raj no era de esa clase de hombres, se dijo, preguntándose si no estaría aferrándose a un clavo ardiendo. Lógicamente no quería pensar que él hubiera podido serle infiel, pero Nabila y ella no estaban al mismo nivel. Raj había estado enamorado de ella. ¿Habría sido capaz de resistir la tentación de poder hacer suya por fin a la mujer a la que había amado? Además, el hecho de que ella tuviera la esperanza de que no hubiera sido así no hacía sino confirmar que estaba intentando excusarlo. Avergonzada por ser tan tonta, un rubor asomó a sus pálidas mejillas, y decidió que haría caso a sus hermanas, que sabían mucho más de los hombres que ella. Si Winnie y Vivi creían que Raj había sucumbido a los encantos de Nabila, probablemente tenían razón.

Hizo que su doncella le preparase solo una maleta. No quería que nadie sospechara que iba a marcharse para no volver. Haría que le enviaran más adelante el resto de sus cosas, se dijo, aunque, ahora que lo pensaba, la mayor parte de la ropa que había en el armario se la había comprado Raj, y decidió que no quería nada que la recordara a él.

Sus guardaespaldas la acompañaron al aeropuerto, y se negaron en redondo a dejarla allí. Zoe reprimió un suspiro y dejó que subieran con ella al jet privado de su abuelo. Raj les haría volver cuando hubiera leído su nota y hubiera visto la foto que le había mandado al móvil. No necesitaría ninguna otra explicación de su marcha.

Cuando Raj vio la foto que Zoe le había enviado al móvil, sintió que la ira se apoderaba de él, y Omar tuvo que contenerlo para evitar que le gritara a Nabila delante de todo el mundo lo que pensaba de sus sucias tácticas.

Raj volvió a palacio a toda prisa para poder hablar con Zoe, pero al llegar se encontró con una escueta nota que decía que jamás podría compartirlo con otra mujer. Y no podría haberse quedado más sorprendido que cuando supo que se había marchado a casa de su abuelo en Grecia con sus hermanas.

Poco después recibió una tensa llamada del propio Stamboulas Fotakis, que lo acusó de faltarle al respeto a su nieta del modo más grosero y ofensivo posible, y además en público, cuando era un

hombre casado. Y, por si todo aquello no era castigo suficiente, su padre lo llamó a su presencia y lo increpó, diciéndole que la culpa era suya por haber dejado que esa arpía de Nabila se acercara a él.

–Cuando traigas de vuelta a tu esposa, haré que la expulsen del reino –le aseguró.

–Si es que consigo convencer a Zoe para que vuelva… –murmuró Raj, tratando de refrenar su ira.

Expulsar a Nabila solo provocaría otro escándalo, con el que esta estaría encantada.

Cuando llegó a Grecia esa noche, ya de madrugada, se dio cuenta de que no iban a ponerle las cosas fáciles. Stam Fotakis le dijo que Zoe estaba en la cama, y que no iba a dejar que la molestase.

–Ahora mismo está muy frágil –le dijo en un tono acusador–. Necesita que la protejan de quienes se han aprovechado de la bondad de su corazón para hacerle daño.

–Yo no he…

En ese momento Vivi, una de las hermanas de Zoe, irrumpió en el estudio de su abuelo, y se puso a increparlo, pero Raj no estaba dispuesto a aguantarle a nadie que lo acusaran de algo que no había hecho, y se armó tal bronca entre ellos que Stam Fotakis acabó perdiendo la paciencia y los mandó a los dos a dormir.

–Puede quedarse, y hablar con Zoe mañana por la mañana –le dijo a Raj en un tono que no admitía discusión.

Raj, sin embargo, no estaba dispuesto a obedecer, y si acompañó al sirviente que lo condujo a una de las habitaciones de invitados fue solo para zafarse del anciano y de Vivi. No tenía la menor intención de esperar para poder ver a su esposa. Y, tan pronto como se quedó a solas, averiguó dónde estaba su habitación llamando al móvil a uno de sus guardaespaldas.

Zoe estaba acurrucada en una tumbona del balcón de su habitación, observando el mar a la luz de la luna. Una profunda tristeza la envolvía, y se sentía como si le faltara el aire. Todavía no había acabado de aceptar lo vacía que sería una vida sin Raj. Cada vez que lo pensaba era como si alguien estuviera arrancándole la piel, solo que el dolor lo sentía por dentro. ¿Cómo podía haber llegado a ser tan importante para ella?, ¿cómo podía ser que su mundo hubiera acabado girando en torno a él? La aturdía y la enfurecía al mismo tiempo que hubiera sido tan débil y tan tonta

como para enamorarse de él cuando desde un principio había sabido que nunca sería suyo de verdad.

Cuando se abrieron las puertas correderas detrás de ella, contrajo el rostro, pensando que sería una de sus hermanas, que iba a verla para ofrecerle otra vez sus deprimentes consejos. No quería que le dijeran otra vez que olvidaría a Raj, que lo superaría. No quería que le dijeran que encontraría a otro hombre digno de su amor cuando, contra toda lógica, ella solo podía pensar en él.

–¿Zoe…?

Ella dio un respingo al oír aquella profunda voz, se levantó como un resorte y se volvió.

–¿Raj? –murmuró con incredulidad.

–Shhh… –la chistó él, llevándose un dedo a los labios–. Si tu familia se entera de que estoy aquí, los veo capaces de sacarme a rastras, y no quiero que se desate una pelea entre mis guardaespaldas y los de tu abuelo. Pero no permitiré que nadie me diga cuándo puedo ver a mi esposa.

–Pero es que no soy tu esposa; no de verdad –protestó Zoe–. Nunca lo he sido.

Raj escrutó su pálido rostro y sintió una punzada de culpabilidad.

–He venido porque tengo que explicarte lo que pasó con Nabila.

–No, no me debes ninguna explicación –se apresuró a cortarlo Zoe–, pero no puedes esperar que siga viviendo contigo y haga como que no sé que tienes una aventura con esa mujer.

–¿Por qué iba a tener una aventura con ella? ¿Te lo has preguntado siquiera? –le espetó Raj.

La alzó en volandas y la depositó de nuevo sobre la tumbona, antes de apartarse y apoyarse en la pared del balcón.

–Porque aún la amas… –masculló Zoe apesadumbrada.

–¿Por qué seguiría amando a una mujer que se acostaba con otro a mis espaldas? –le preguntó Raj con suavidad–. ¿De verdad me crees tan estúpido como para seguir amando ciegamente a una mujer que no se merecía ni mi amor ni mi respeto?

Zoe se sonrojó y rehuyó su mirada.

–No digo que seas estúpido, pero a veces las personas no pueden controlar sus sentimientos, aun sabiendo que deberían –contestó incómoda.

–Pero ese no es el caso. Mi amor por Nabila se apagó en el instante en que supe lo equivocado que había estado con ella. Además, fue mi primer amor; solo tenía veinte años. También creía que no amaría nunca a ninguna otra mujer, pero era muy joven y

estaba equivocado. Me di cuenta de que no podía seguir amando a una mujer que me había mentido y me había engañado con otro. No podía amar a una mujer que solo me quería por mi dinero y porque un día sería rey.

–Pero, si eso es verdad, ¿cómo explicas esa foto? –quiso saber Zoe.

–Ayer, antes de salir de palacio, recibí una llamada de un periodista que me abrió los ojos –comenzó a decirle Raj–. Sí, sé que estás impaciente por que te explique, pero escúchame, por favor –le pidió, cuando ella resopló de frustración–. Ese periodista me dijo que Nabila se había puesto en contacto con él, y que le había dado unas fotos que probaban que había habido un romance entre nosotros en nuestra juventud.

–¿Fue ella la que le dio esas fotos a la revista de cotilleos? –exclamó Zoe sorprendida.

–Sí. Supongo que quería que se publicara esa información como un primer paso para intentar volver a entrar en mi vida –dijo él–. Y es evidente que dio por hecho que yo sería tan tonto como para perdonarla y darle otra oportunidad –Raj apretó los labios–. El caso es que ese periodista me llamaba para advertirme de que Nabila pretendía arruinar nuestro matrimonio, y que había contratado a un fotógrafo para intentar algo.

–Pero si a los periodistas les encantan los escándalos. ¿Por qué iba a advertirte? –inquirió ella suspicaz.

–La revista publicó esas fotos porque era un antiguo romance que poca gente conocía, pero el dueño de la revista, ese periodista que te he mencionado, es un súbdito leal, y se negaba a tomar parte en el infame plan de Nabila para dañar nuestro matrimonio.

–Pues parece que su advertencia no te sirvió de mucho –le dijo ella con aspereza.

–Me puso en guardia y le pedí a Omar que me acompañara. Esa noche, cuando subí a mi habitación del hotel con él, nos encontramos con que Nabila estaba esperándome metida en la cama. Hice que mis hombres la sacaran de allí, y ni siquiera hablé con ella porque no tenía nada que decirle.

Zoe lo miraba como si no estuviera muy convencida.

–Omar puede confirmarte que no pasó nada –le dijo Raj–. Y también estaba presente en el desayuno, cuando puso su mano sobre la mía.

–Pero… ¿cómo podía estar Omar contigo si estabais a solas? –inquirió ella, frunciendo el ceño.

–No estábamos solos. Esa foto es engañosa. Había tres compañeros de trabajo de Nabila en la mesa además de nosotros –le dijo Raj. Sacó el móvil y se acercó para enseñarle la foto–. Si te fijas, aquí puedes ver la manga del hombre que estaba sentado junto a mí –dijo señalándosela.

Zoe escudriñó la foto y vio que tenía razón, que se veía lo que parecía el brazo de otra persona.

–Nabila debió pedirle al fotógrafo que la recortara para que pareciera que estábamos a solas. Y cuando puso su mano sobre la mía me quedé tan desconcertado que tardé en reaccionar. Fui demasiado educado como para decirle lo que habría querido decirle delante de los demás –murmuró Raj con visible enfado–. Creía que después del incidente de la habitación del hotel la noche anterior le habría quedado claro que no quería nada con ella y me dejaría en paz, pero es evidente que me equivoqué, y no sabes cómo lo lamento. Pero no tengo que disculparme por nada más.

Zoe escrutó su rostro, repasando mentalmente lo que le había contado, e intentando encontrar alguna grieta por donde su relato hiciera agua.

–¿Y ahora qué sientes con respecto a ella?

–Siento alivio de haberme dado cuenta a tiempo de la clase de persona que era antes de cometer el error de casarme con ella –le contestó Raj con amargura–. Si es necesario, Omar está abajo. Ha venido conmigo para ejercer de testigo.

Zoe tragó saliva antes de que se le escapara sin querer una risita.

–¡Raj, si mataras a alguien, Omar enterraría el cuerpo por ti! ¡Si sois uña y carne! Presentar a tu primo como un testigo fiable da risa.

Raj se arrodilló junto a la tumbona y la miró, llenó de frustración.

–Pues entonces haré que vengan las otras personas que estaban sentadas en la mesa durante ese desayuno –le dijo con fiera determinación.

Zoe sintió verdadera adoración por él en ese momento porque por fin le creyó, sabiendo que sería capaz de hacer cualquier cosa por probar su inocencia. Ahora comprendía que, después de la advertencia del periodista, había creído que había tomado suficientes medidas para protegerse, pero aun así Nabila había logrado hacerle caer en su trampa. El problema era que Raj no tenía la suficiente malicia como para tratar con una mujer tan desvergonzada. Era demasiado honorable, leal, sincero… y la enfurecía que Nabila hubiera intentado aprovecharse de su

honradez.

–No, eso no será necesario –le dijo con ternura–. No hace falta que te rebajes a eso por mí.

–Me da igual rebajarme si con eso te quedas más tranquila –replicó Raj–. Es lo único que importa.

–No, lo que de verdad importa –murmuró Zoe con firmeza– es que te creo.

–Pero si has dicho que Omar no te servía de testigo –le recordó él, contrariado.

–Estaba bromeando –se disculpó Zoe–. Te creo; creo que lo que me has dicho es la verdad.

–Alabado sea Alá –murmuró Raj.

–¿Cuánto tiempo te llevó olvidar a Nabila? –le preguntó Zoe con curiosidad.

–¡No mucho cuando me di cuenta de lo idiota que había sido! –le confesó Raj–. Pero sí debo decir que aquella experiencia me dejó un poco tocado. Y antes de conocerla ya lo había pasado muy mal por el suicidio de mi madre. Esas dos cosas hicieron que me resultara difícil volver a confiar en ninguna mujer.

Zoe le acarició la mejilla con la mano.

–Es normal –susurró con compasión–. Lo debiste pasar muy mal tras la muerte de tu madre, y lo que te hizo Nabila fue humillante. Lo comprendo.

–Pero lo que probablemente no imaginas es que no había vuelto a tener una relación seria hasta que te conocí –le confesó Raj–. Solo tuve una sucesión de sórdidos romances de una noche.

–¿Sórdidos? –repitió ella.

–Así es como lo siento ahora que los comparo con lo que he encontrado en ti –le dijo Raj.

–¿Y qué has encontrado? –inquirió ella en un murmullo.

Sus ojos estaban fijos en los de él, y el corazón le palpitaba con fuerza mientras esperaba su respuesta, porque le pareció ver en ellos lo que durante tanto tiempo había ansiado ver y había creído que jamás vería.

–Amor –le contestó Raj con sencillez–. Un amor que jamás he sentido por nadie, y mucho menos por Nabila. Aquello fue un amor juvenil, pero el amor que siento por ti es un amor adulto. Lo eres todo para mí. No encuentro otra manera de describir lo importante que eres para mí…

–Vas muy bien –lo animó ella, al verlo vacilar.

–También odio estar lejos de ti. No sabes cómo te eché de menos

ayer, cuando pasé la noche en ese hotel y esta mañana me desperté sin ti. Allá donde estés tú, es donde está mi hogar. Y cuando sonríes siento que mi corazón se vuelve más ligero –le explicó–. Al principio –añadió con voz ronca– creía que lo único que sentía por ti era pura atracción sexual. No sabes cómo intenté resistirme… pero no podía. Desde entonces he descubierto que eres lo mejor que me ha pasado en la vida, y que me haces inmensamente feliz.

Zoe sintió que le faltaba el aliento. Raj acababa de hacer realidad todos sus sueños. Había acabado de un plumazo con todas sus inseguridades. Sin embargo, aún tenía algunas preguntas.

–Pero… ¿por qué no me dijiste lo que sentías cuando te dije que estaba embarazada?

–Porque entonces no sabía si tú sentías algo por mí –le contestó Raj, como si fuese algo evidente–. Además, lo había liado todo yo mismo desde el principio. Me preocupaba que quisieras dejarme y volver al Reino Unido para divorciarte de mí como habíamos acordado, y no hacía más que pensar qué podría hacer para que cambiaras de idea. No me había sentido tan aliviado en toda mi vida como cuando me dijiste que estabas embarazada, porque eso nos daba una excusa para seguir juntos.

–Pero yo no necesitaba ninguna excusa –le dijo ella–. Ni tampoco quería dejarte. Bueno, no fue así al principio, pero cambié de opinión en nuestro viaje de luna de miel, o quizá antes. Hace semanas y semanas que me di cuenta de que me estaba enamorando de ti, pero no me atrevía a decírtelo.

Raj se levantó y la alzó en volandas para sentarse luego en la tumbona con ella en su regazo, y la abrazó con fuerza, como si temiera que de repente fuera a escapar de él.

–Todo este tiempo he estado intentando negar lo que sentía por ti, pero me haces tan feliz que ya no puedo seguir ocultándolo –le confesó–. Y saber que tú también me amas es más de lo que jamás podría haber esperado porque te quiero tanto que ese amor me abrasa por dentro…

De pronto se oyeron unos pasos y aparecieron Vivi y Winnie.

–¿Qué diablos…? –exclamó Vivi al ver a Raj, que se levantó con Zoe en brazos.

–Es un mal momento, Vivi –le dijo Zoe–. Mi marido me ama y queremos intimidad; ya nos veremos en el desayuno.

Winnie se rio y tiró a Vivi de la manga.

–Pues será un desayuno muy divertido, Raj –comentó–, con el abuelo gruñendo y Vivi mirándote con suspicacia, pero, si Zoe confía en ti, yo también.

–¡Eres una chaquetera! –la increpó Vivi, pero Winnie la había agarrado por el brazo y ya estaba llevándosela de allí.

–¿Dónde estábamos? –le preguntó Zoe a Raj. Este la dejó sobre la cama y fue a echar el pestillo, una idea sensata que no le pudo parecer mejor–. Ah, sí, me estabas diciendo que el amor que sientes por mí te abrasa por dentro…

–Es como un fuego que no se apaga –le aseguró Raj, todo poético–. Mi corazón será tuyo de por vida.

–Gracias a Dios –murmuró Zoe, recorriéndolo de arriba abajo con una mirada posesiva–, porque no me gustan los cambios. Así que espero y exijo el por siempre jamás, como en los mejores cuentos de hadas.

–Perfecto –murmuró Raj con voz ronca.

Tomó su rostro entre ambas manos y la miró con adoración, antes de besarla con pasión.

Y sí, todo era perfecto, porque dejaron atrás sus dudas y miedos, y se deleitaron en esa confianza recién descubierta. La pasión los unía tanto como el amor, y el miedo que habían pasado porque podrían haber perdido al otro no hacía sino intensificarla aún más.

–Te quiero tantísimo… –susurró Raj minutos después, cuando yacían el uno junto al otro.

–Y yo a ti –le contestó ella, rodeándolo con sus brazos de un modo posesivo.

Y una maravillosa sensación de paz y felicidad la invadió, dándole aún más confianza en sí misma.

Epílogo

DIECIOCHO meses después Zoe se reía mientras observaba a su hijo de un año correr como un borrachín para ir a saludar a su padre. El día anterior había empezado a andar, y Raj se había sentido decepcionado de haberse perdido sus primeros pasos porque había estado en Moscú por negocios. Zoe le había mandado un vídeo por el móvil, que lo había consolado, pero solo en parte. Tomó al niño en brazos, repitiéndole lo orgulloso que estaba de él, y la carita de Karim se iluminó de satisfacción.

Raj era un gran padre. Había insistido en que quería que su hijo creciera con las menores restricciones posibles, y sin las ataduras de las costumbres que a él lo habían encorsetado en su solitaria infancia. Karim podía jugar con otros niños, y tenía la suerte de tener muchos primos por ambas partes de la familia. Además, las hermanas de Zoe iban a visitarlos con frecuencia. Incluso el rey Tahir se volvía menos serio cuando estaba presente su alegre nieto.

Todo Maraban seguía celebrando el nacimiento de su hijo como si fuese un completo milagro. El nivel de interés que despertaba le parecía a Zoe un peso muy grande para que un niño tan pequeño lo llevase sobre sus hombros, y hacía todo lo posible para asegurarse de que tenía una infancia lo más normal posible, aunque vivieran en un palacio y sus dos abuelos parecieran rivalizar por quién le hacía los mejores regalos.

Zoe era maravillosamente dichosa en su matrimonio, y Raj convertía cada día que estaban juntos en una celebración. La amaba como jamás había soñado que pudiera llegar a amarla alguien, y le daba todo su apoyo en cada cosa que hacía. Incluso había hecho un esfuerzo por mejorar su relación con sus hermanas y su abuelo, y había llegado a convertirse en el nieto político favorito de Stam Fotakis, mientras que Vivi le había pedido disculpas por haber dudado de él.

Zoe se llevó la mano al vientre, ligeramente hinchado. Dentro de unos cuantos meses Karim tendría un hermanito o una hermanita con quien compartir su cuarto. El embarazo de su primer hijo había

sido bastante tranquilo después de los primeros meses, y también un buen parto, y estaba ansiosa por que naciera su segundo bebé para que pudieran jugar juntos. Y quizá tener algún hijo más dentro de un par de años. Raj le había dicho que podían esperar un poco más si lo prefería, pero a ella le encantaban los bebés y le había dicho que no quería esperar.

La niñera se llevó a Karim para bañarlo, y Raj interceptó a Zoe antes de que pudiera ir tras ellos.

–Creo que nuestro principito podrá arreglárselas sin su madre por un rato –le dijo.

–Pero…

–Nuestro hijo también tiene que compartirte conmigo –apuntó Raj, mirando con amor el rostro sonriente de su bella esposa–. Además, esta tarde, cuando lleguen tus hermanas para celebrar tu cumpleaños, os pondréis a parlotear y a reíros de vuestras cosas, como hacéis siempre, y no me harás ningún caso.

–Bueno, si fueras capaz de esperar hasta la hora de irnos a dormir no tendríamos ese problema –lo picó Zoe.

–¡La última vez sí que esperé! –le recordó Raj, inclinándose para besarla en la clavícula. Zoe se estremeció y sus mejillas se tiñeron de rubor–. ¡Y no viniste a la cama hasta las tres de la madrugada!

Zoe sonrió divertida.

–¡Lo hice para que aprendieras a ser paciente!

–Se me da fatal esperar cuando se trata de ti –le confesó Raj, alzándola en volandas para llevarla al dormitorio–. Igual que te echo muchísimo de menos cuando estoy fuera. Y es aún peor cuando tengo que dormir sin ti.

–Solo has estado fuera dos días, pero yo también te he echado de menos –le confesó ella a su vez, con un suspiro de felicidad cuando la dejó en la cama.

Un cosquilleo de deseo la recorrió cuando Raj empezó a quitarse el traje, dejando al descubierto ese cuerpo atlético y bronceado que adoraba.

–Me pregunto si es normal hacerlo tantas veces como lo hacemos –murmuró ella distraídamente.

–Es una manera estupenda de mantenerse en forma –le aseguró Raj, provocando las risas de su esposa–. Y muy gratificante, si se hace bien.

Los ojos de Zoe brillaban.

–No me extraña que te quiera tanto –le dijo–. ¡Tú siempre lo haces bien!

–Pero solo contigo –murmuró él.

Cuando su esposa deslizó las manos por su piel gimió de placer, tomó sus labios con un beso apasionado… y ya no hubo más conversación.